

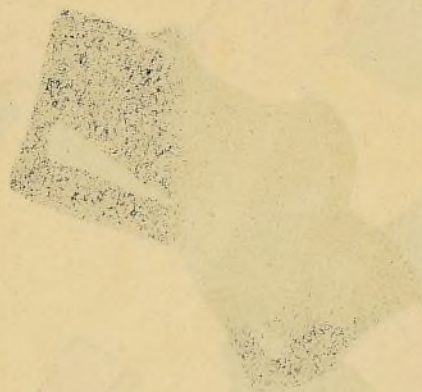
Almanaque

1924

1 pta



Charlot



ALMANAQUE CHARLOT

1924

ARRIBA EL TELÓN

¡Ánimo!... ¡Arriba el telón!
¡Mago telón de la risa!
¡Arriba, arriba deprisa!
que va a empezar la función.
Mas ¿por qué tal precisión
dais al pobre maquinista
que, por mucho que resista
sudando la gota está?
¡No empezáis a reir ya
siendo él el protagonista?

J. M. Surroca

EDITORIAL CHARLOT

Alfonso XII, 42

Barcelona



UN AÑO MAS!

F. M. SANCHEZ

Me siento trágico,
me siento lóbrego,
me siento lúgubre
y hasta infernal;
me siento inpávido,
me siento extático
y, al fin, me siento
a trabajar.

Porque la crítica
que el año inspírame
es triste y horrible
como el carbón,
y siento escrúpulos
de hablar del pésimo
año que el cielo
nos deparó.

Año estrambótico
de horribles crímenes
y atracos múltiples
y robos fué...

¿Por qué mi peñola,
benigna y mística,
ha de nombrarte?
Dime, ¿por qué?

Ni fuiste armónico,
ni fuiste plácido,
ni fuiste próspero,
ni original...

Fuiste monótono,
oso y apático...
Fuiste, tan sólo
un año más.

Ni los políticos
con sus dictámenes
en ti, ¡galápagos!
lograron na
y, hasta la homérica
guerra de África,
sigue, como antes,
bastante mal.

En tu maléfico
reinado hicieronse
cambios insólitos
de personal.

Hombres enérgicos
que al Moro fueron
y que cansáronse...
de pasear.

Si yo nombrárate

los mil desórdenes
que tu alma cándida
nos endosó,
corriendo, al éter,
ante el ridículo,
te irías antes
de acabar yo.

Y eso que omitote
las huelgas célebres
y atracos monstruos
por compasión...

Pues, ¿y los bárbaros
temblores sísmicos
de negros cráteres
en erupción?...

Fuiste un insípido,
fuiste un letárgico...
¿Por qué, gran zán-
[gano,

naciste así?
Corriendo márchate
a tu antro anónimo
donde no vea

sombra de ti.
dice solícito
que ya las doce
van a sonar,

y, doce vástagos
Mas, mi cronómetro,
de parra fértil,
en este instante

voy a embaular.
Y, si a mi estómago
hago esta dádiva,
que en esta témpora

muy cara está,
lo hago creyéndome
que, el año próximo,
si como uvas

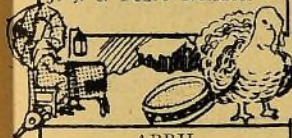
mejor será.
Si equivocárame
y fuese pérfido
el año incógnito

que va a venir,
con este mágico
Almanaque cómico
¿quién está triste?

¡¡Reid, reid!!...
CHARLOT

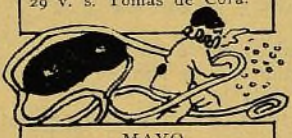
ENERO

- 1 m. Circunc. SEÑOR.
- 2 m. s. Isidoro, ob.
- 3 j. s. Daniel, mr.
- 4 v. s. Rigoberto, ob.
- 5 s. s. Telesforo, papa.
- 6 d. ADOR. SRO. REYES.
- 7 l. s. Raimundo Peñ.
- 8 m. s. Teófilo, diac.
- 9 m. s. Julián, mr.
- 10 j. s. Guillermo, arz.
- 11 v. s. Alejandro, ob.
- 12 s. s. Arcadio, mr.
- 13 d. s. Gumersindo, pb.
- 14 l. s. Hilario, ob.
- 15 m. s. Pablo, pr. erm.
- 16 m. s. Fulgencio, ob.
- 17 j. sta. Rosalina, mja.
- 18 v. Cated. de S. Pedro.
- 19 s. Sagrada Familia
- 20 d. Dulce Nomb. de J.
- 21 l. s. Fructuoso, ob.
- 22 m. s. Vicente español.
- 23 m. s. Ildenfonso, arz.
- 24 j. s. Timoteo, ob.
- 25 v. Convers. de S. Pablo.
- 26 s. s. Policarpo, ob.
- 27 d. s. Juan Crisóstomo.
- 28 l. s. Julián, ob.
- 29 m. s. Francisco de Sales
- 30 m. s. Hipólito, phro.
- 31 j. s. Pedro Nolsaco.



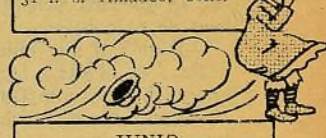
FEBRERO

- 1 v. s. Ignacio, mr.
- 2 s. LA PURIFICACIÓN DE NTRA. SRA.
- 3 d. s. Blas, ob.
- 4 l. s. Andrés Corsino.
- 5 m. sta. Calamanda.
- 6 m. s. Guarino, ob.
- 7 j. s. Ricardo.
- 8 v. s. Juan de Mata.
- 9 s. s. Donato, mr.
- 10 d. sta. Escolástica.
- 11 l. Nuestra Señora de Lourdes.
- 12 m. sta. Eulalia, vg.
- 13 m. sta. Catalina de R.
- 14 j. s. Dionisio, mr.
- 15 v. s. Faustino, mr.
- 16 s. stos. Elías e Isaías.
- 17 d. s. Rómulo, mr.
- 18 l. s. Simeón, ob.
- 19 m. s. Mansueto, ob.
- 20 m. s. Cenobio, mr.
- 21 j. s. Severiano, ob.
- 22 v. sta. Margarita.
- 23 s. s. Pedro Damián.
- 24 d. s. Matías, ap.
- 25 l. s. Sebastián Apar.
- 26 m. s. Donato.
- 27 m. s. Nestor, ob.
- 28 j. s. Baldomero, cf.
- 29 v. s. Tomás de Cora.



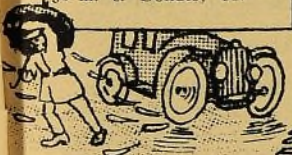
MARZO

- 1 s. s. Rosendo, ob.
- 2 d. Carn. S. Simplicio.
- 3 l. s. Celedonio mr.
- 4 m. s. Casimiro, rey.
- 5 m. Cenita. S. Eusebio.
- 6 j. s. Olegario de R.
- 7 v. sto. Tomás de A.
- 8 s. s. Juan de Dios.
- 9 d. s. Paciano de B.
- 10 l. s. Melitón, mr.
- 11 m. s. Constantino, cf.
- 12 m. s. Gregorio el M.
- 13 j. s. Ramiro, monje.
- 14 v. sta. Matilde, reina.
- 15 s. sta. Madrona, vg.
- 16 d. s. Román, mr.
- 17 l. s. Alejandro, mr.
- 18 m. s. Gabriel, arcáng.
- 19 m. SAN JOSÉ, e. N.ª S.ª
- 20 j. s. Ambrosio de S.
- 21 v. s. Benito, abad.
- 22 s. s. Deogracias, ob.
- 23 d. s. José Oriol, cfr.
- 24 l. s. Timoteo, mr.
- 25 m. ANUNC. NTRA. SRA.
- 26 m. s. Braulio, ob.
- 27 j. s. Ruperto, ob.
- 28 v. sta. Fortunata, vg.
- 29 s. s. Eustasio, abad.
- 30 d. sta. Margarita, vg.
- 31 l. s. Amadeo, conf.



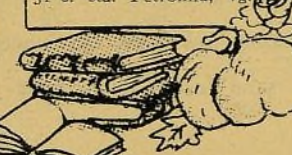
ABRIL

- 1 m. sta. Teodora, mr.
- 2 m. s. Francisco de P.
- 3 j. s. Benito de Pal.
- 4 v. s. Isidoro, arzob.
- 5 s. s. Vicente Ferrer.
- 6 d. Pasión. S. Celest.
- 7 l. s. Saturnino, ob.
- 8 m. s. Alberto el M.
- 9 m. s. Demetrio, mr.
- 10 j. s. Ezequiel, prof.
- 11 v. Dolores Ntra. Sra.
- 12 s. s. Julio, papa.
- 13 d. Ramos. S. Máximo.
- 14 l. s. Justino el Filón.
- 15 m. sta. Anastasia, mr.
- 16 m. s. Toribio, ob.
- 17 j. Santo. S. Aniceto.
- 18 v. Santo. San Perfecto.
- 19 s. Santo. S. Hermóg.
- 20 d. Pascua Resurrec.
- 21 l. s. Anselmo, ob.
- 22 m. stos. Sotero y Cayo
- 23 m. s. Jorge, pat. de C.
- 24 j. s. Eusebio, mr.
- 25 v. s. Marcos, evang.
- 26 s. s. Marcelino.
- 27 d. Nuestra Señora de Montserrat.
- 28 l. s. Prudencio, ob.
- 29 m. s. Emiliano, mr.
- 30 m. s. Donato, ob.



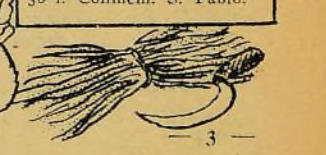
MAYO

- 1 j. sts. Felipe y Jaime.
- 2 v. s. Anastasio, ob.
- 3 s. s. Alejandro, papa.
- 4 d. sta. Mónica, vda.
- 5 l. sta. Crencencia.
- 6 m. s. Juan A. P. L.
- 7 m. s. Estanislao, ob.
- 8 j. Apar. S. Miguel A.
- 9 v. s. Gregorio Nac.
- 10 s. s. Antonio, ob.
- 11 d. Patrocinio S. José.
- 12 l. sto. Domingo Calz.
- 13 m. s. Pedro Regalado.
- 14 m. s. Bonifacio, mr.
- 15 j. s. Isidro Labrador
- 16 v. s. Juan Nepomuceno
- 17 s. s. Pascual Bailón.
- 18 d. s. Félix de Cantal.
- 19 l. s. Pedro Celestino.
- 20 m. s. Bernardino de S.
- 21 m. s. Donato.
- 22 j. s. Faustino, mr.
- 23 v. s. Desiderio, ob.
- 24 s. sta. Susana.
- 25 d. s. Gregorio IV, p.
- 26 l. s. Felipe Neri, dr.
- 27 m. La Stma. Trinidad.
- 28 m. s. Justo de Urgel.
- 29 j. Asc. DEL SEÑOR.
- 30 v. s. Fernando, rey.
- 31 s. sta. Petronila, vg.



JUNIO

- 1 d. s. Fortunato, phro.
- 2 l. s. Eugenio.
- 3 m. sta. Paula.
- 4 m. s. Francisco Carac.
- 5 j. s. Doroteo.
- 6 v. s. Alejand., ob. mr.
- 7 s. s. Pedro Valaboso.
- 8 d. Pascua Pentecostés
- 9 l. s. Primo.
- 10 m. sta. Margarita, r.
- 11 m. s. Bernabé.
- 12 j. s. Onofre.
- 13 v. s. Antonio de Pad.
- 14 s. s. Eliseo.
- 15 d. s. Modesto.
- 16 l. sta. Justina.
- 17 m. s. Ismael.
- 18 m. s. Amando.
- 19 j. SMO. CORPUS CHR.
- 20 v. sta. Florentina.
- 21 s. s. Luis Gonzaga.
- 22 d. s. Paulino de Nola.
- 23 l. sts. Félix y Juan.
- 24 m. LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA.
- 25 m. s. Guillermo, conf.
- 26 j. sta. Perseveranda.
- 27 v. Sag. Corazón de J.
- 28 s. s. León II, papa.
- 29 d. STOS. PEDRO y PAB.
- 30 l. Conmem. S. Pablo.





Inesita, era una niña muy buena. Sus papás la querían mucho y la compraban todos los juguetes que pedía. Era sola, no tenía ningún hermanito, y por eso algunas veces, sentada en el suelo entre sus muñecos, se quedaba pensativa y preguntaba a su "Polichinela" de vestido lleno de cascabeles:

—Dime: si soy buena, ¿tendré un hermanito...?

Pero el muñeco seguía con su risa estúpida y no contestaba; y entonces Inesita, compungida le decía:

—Contéstame, jorobadito; yo quisiera tener un hermanito para que jugara conmigo...

Y ante el silencio de "Polichinela", Inesita preguntaba a todos sus muñecos y muñecas; y viendo que todos seguían sonriendo y mirándola fijamente con sus ojos de cristal, decía apretando un poquito los puños:

—¡Sí, sí, reiros...! Si vosotros no tuvieráis un hermanito, no os reirías, no...

Por eso, como era sola y sola se aburría, bajaba a jugar con ella todas las tardes, Antoñita, una niña que vivía con su pobre madre en la bohardilla.

Inesita, depositaba en ella parte del cariño, que allá en un rincón-cito de su pequeño corazón, tenía guardado para cuando le trajeran el hermanito.

Una tarde, en cuanto bajó Antoñita, Inesita la dijo:

—Mira, acabo de escribir a los Reyes; les pido una muñeca rubia; ¿tú les has escrito ya...?

Y Antoñita, mirando a su amiguita tristemente y bajando la cabeza contestó:

—Mamá dice que los Reyes no dejan juguetes a los niños que viven tan alto...

Pero la otra la atajó:

—No hagas caso, tonta, los Reyes llevan unas escaleras muy altas, muy altas, y llegan hasta el tejado. En cuanto subas arriba escríbeles; verás, como te mandan lo que les pidas...

Y convencida por los argumentos de Inesita, Antoñita, dando palmadas de gozo, exclamó:

—¡Sí, sí...!; tienes razón. Les pediré una muñeca; como tú...

.....
Apenas se despertó, saltó Inesita de la cama y acercándose a sus

zapatitos que había colocado junto al balcón, lanzó un grito de júbilo. Una muñeca, una preciosa muñeca de cabellos rubios y rosado vestido de seda, reposaba con los ojos cerrados, en su caja, en medio de los zapatos.

Inesita, quedóse extasiada; la muñeca superaba a sus deseos. Y mientras la atusaba los ricitos que le caían sobre la frente, murmuró: ¡Que buenos son los Reyes!

Después, por detrás de los cristales miró la nieve que cayendo en gruesos copos tapizaba de blanco la calle y los tejados.

Terminaba de vestirse, cuando entró Antoñita saltando alegremente y estrechando contra su pecho una muñeca de peluca negra y vestida con un modesto trajecito de franela.

—¡Mira, mira...! Los Reyes me han traído la muñeca. Mira que bonita es; tiene la cara de china...

Pero sus ojos se dirigieron alternativamente a su muñeca y a la que Inesita mecía amorosa y bajando los ojos al suelo murmuró tristemente, quedo, muy quedo:

—¡Que fea es mi muñeca!

Y jugaron juntas; alegre como siempre Inesita; un poquito triste y pensativa Antoñita.

Una voz llamó en la habitación continua:

—¡Inés! ¡Inesita!

Y Antoñita, quedó sola mirando con tristeza a las muñecas. Alrededor de ella, esparcidos por el suelo, reían con su sonrisa de siempre, los demás muñecos.

A ella hacía daño aquella risa, pues creía que se alegraba de su dolor. Porque la niña sufría al contemplar juntas a "Pepita" y "Lolita" (que así las habían bautizado ya); y entonces le parecía más bonita aún que antes la de Inés; más fea que nunca, la suya.

A su imaginación acudió una idea, y pensó:

—¡Si la mía tuviese ese vestido...!

Sus manos, casi inconscientemente, desabrocharon el fino vestido rosa, de "Pepita". Pronto quedó su muñeca vestida con el traje de seda; pero cuando apresuradamente ponía a la otra el rumilde vestido de franela, Inesita, apareció en la puerta y viendo aquella transformación exclamó:

—¡Pero qué haces, Antoñita?

Esta, algo turbada al verse sorprendida, pero lentamente, como midiendo la mentira, contestó:

—Verás, verás...; cuando te fuistes se acercó a mí tu muñeca y llorando me dijo: "Tengo frío con este vestido"... y... claro... yo prefiero que el frío lo pase la mía...

ABEL A. LUNJÁN



Un soldado de verdad (Cuento de Reyes)



1 El bueno de don Sabino cumple con su obligación poniéndole en el balcón un regalo a su sobrino.



2 Su sirvienta, por igual, cumple un deber imperioso abriéndole a Sinforoso, su prometido formal.



3 No sería media noche cuando atacó al buen señor un pajolero dolor haciendo de gas derroche.



4 Y a la furiosa llamada de auxilio, de precisión, metió al punto la criada a su novio en el balcón.

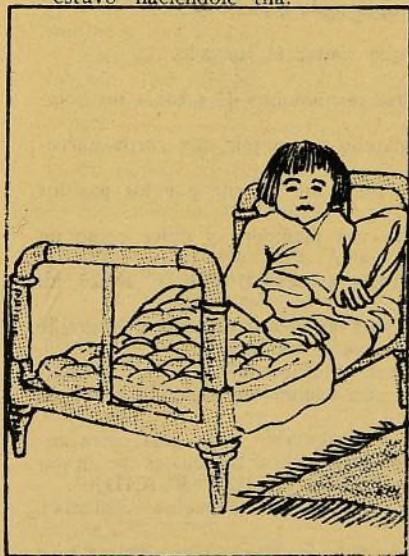
— 6 —



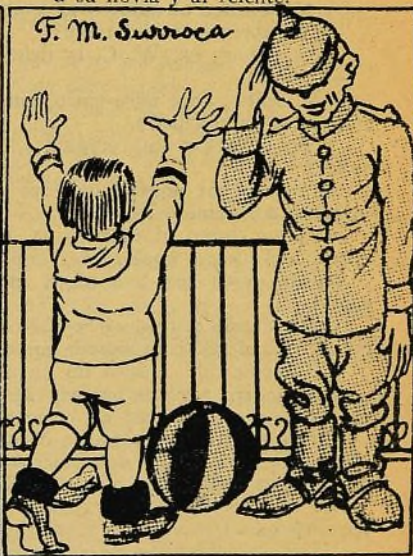
5 Con la conciencia intranquila y un poco miedo, poquito, toda la noche, a su amito, estuvo haciéndole tila.



6 Mientras su novio, impaciente, estaba aguantando mecha y mil maldiciones echa a su novia y al relente.



7 A la siguiente mañana, el muchacho despertó y en ver lo que le dejó su Rey, se apura y se afana.



8 Y quedóse entusiasmado viendo su deseo cumplido: los Reyes le habían traído un verdadero soldado.

— 7 —

● Fragmentos de unas memorias ●

Era un domingo por la tarde.

Los tranquilos ciudadanos salían de sus respectivos domicilios, con dirección al café o al teatro. Una muchedumbre alegre y con el júbilo rebotante de un condenado a muerte que le llega el indulto unos segundos antes de la ejecución, discurría por los paseos, parques y otros sitios de recreo económicos.

Un servidor de ustedes tenía aquel domingo una cita con un guardia urbano, para tratar de asuntos del Ayuntamiento, pues yo, aunque parezca *filfo*, no quiero pagar la cédula personal aun que me atornillen la cabeza (suplicio espantoso empleado en la China para los que cazan grillos en tiempo de veda).

Un dolor espantoso de abdomen me obligó a visitar el hermoso W. C. que tenemos como la joya más preciada de nuestra ciudad. Un empleado me exigió los o'ro estipulados y me guió hasta una puertecilla numerada con el 15.

El empleado, para cerciorarse de la soledad del pequeño recinto, golpeó suavemente la puerta con los nudillos de los dedos. ¿Se puede?

Una voz vinosa, por cuyo acento comprendí que el dueño de la voz tenía barba, dijo groseramente:

—Con mucho trabajo...

El empleado, ruborizado, hizo la misma operación en otra puertecilla. ¿Se puede?

—¡Regularcillo, buen hombre!

Amoscado ya el digno empleado, y ante mi protesta, me dijo con misterio:

—¡Vaya usted al número 13 y no diga nada a nadie!

—¿Es abonado el del trece?

—No, señor; ese W. C. lo tiene que visitar el juzgado.

—¿...?

—Sí, señor; hace unos cinco minutos terminamos de sacar a un hombre que se ha suicidado.

Y sin aguardar mis preguntas, marchó a cumplir con otros parroquianos.

Admirado por aquel misterioso suicidio, me interné por los pasillos en busca del número 13.

Al pasar junto al número 11, una voz plañidera y dulce como un arrullo del viento, imploró:

¡Seáis quien seáis; hombre, guardia, usurero o militar, echad un papel!

Compadecido por aquel hombre de tan higiénicos principios, le arrojé por la ventanilla un prospecto que tenía en el bolsillo.

El desconocido musitó un ¡gracias! enternecedor.

Por fin encontré el número 13, y sin vacilar un segundo entré en él, decidido a satisfacer mi curiosidad.

En el rincón más obscuro, olvidado y aburrido como una ostra anciana, divisé un libro de cubiertas negras, sobre las cuales se destacaban unas letras que decían: "HISTORIA DE UN SUICIDA".

Lo cogí emocionado, y ávido por saber lo que us páginas contenían, me dispuse a leer aquellas memorias:

"Soy un pobre hombre demente, incapaz de asesinar una mosca ni a traición.

Oíd esta confesión:

Vivía feliz; mi vida se deslizaba tranquila como un río de poco cau-

dal; ninguna emoción, nada que alterara un átomo mis costumbres. Encerrado en la casita que heredé de mis padres, pasaron los primeros años de mi juventud. Un buen labriego me aprovisionaba de manjares, no de los más selectos, pero al fin, manjares.

Los vecinos de Almoradín de Arriba, admiraban lo poco que bajaba hasta el pueblo, y entre ellos me llamaban el anacoreta.

Pero, como la felicidad es más corta que cinco céntimos de longaniza, llegó mi hado fatal y mi existencia se derrumbó aplastándome en sus escombros.

Llegó hasta mis oídos, que una compañía de Saltimbanquis trabajaba en Almoradín, y que por las noches impresionaban una película titulada "Los comedores de corazones o el asesino de una familia".

Aquella noche decidí echar una cana al aire como vulgarmente se dice.

Llegué en el mismo momento que sobre el lienzo de dudosa blancura, se cometía un asesinato.

Quise huir pero una fuerza misteriosa me retenía en el lugar del crimen.

No sé que influencia malsana se filtró en mi espíritu, y obsesionado por aquellas escenas horribles de crímenes y robos, me acosté en mi lecho.

Una pesadilla atroz invadió mi imaginación; desperté sobresaltado, y arrojándome de la cama me armé de una tranca enorme salpicada de nudos y bultos.

Llegué arrastrándome hasta el pueblo, y protegido por las sombras me introduje en casa del alcalde.

Tuve miedo unos segundos, me bebí lo primero que cogí, creo fué un florero, y una vez más tranquilo llegué hasta la pequeña caja de caudales forzándola con una pluma.

Y... perdón señores jueces; robé.

Huí como un demente hasta mi guarida y conté lo robado, 137 perras gordas y dos medallas!

Este fué mi primer pecado. Creo que si no me hubiera muerto habría llegado a ser terrible. ¡Ojalá no hubiera visto aquella película policiaca!

Dionisio Alpagata, el alcalde de Almoradín de Arriba, fué el robado, y pido, con los ojos arrasados de lágrimas, que me perdone.

Adiós humanidad; y si algo necesitan de mí, aquí dejo las señas de mi nuevo domicilio: infierno bajo Caldera, núm. 13.

CIPRIANO PALANGANA

Medité profundamente. Aquel desgraciado era uno de tantos que, in-fluídos por las emocionantes películas, llegaron a trastornarle el juicio.

Y como este hombre hay muchos niños en cuyas tiernas imaginaciones queda impreso el heroísmo de cualquier bandido, a cuya figura han procurado darle un realce falso, en perjuicio de las sencillas inteligencias fáciles de suggestionar.

Embebido en mis meditaciones, cruzó por mi mente aquel axioma que dice:

*Si eres justo en el pensar,
te será fácil obrar.*

En este momento, el empleado del W. C. llamó precipitadamente.

— Señor... señor...

— ¿Qué sucede?

— Salga... que viene el juzgado.

Dejé el libro de aquel desgraciado en un rincón y salí con el alma impresionada.

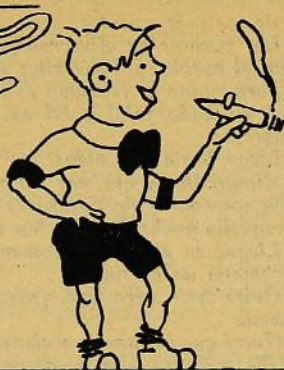
Veinte céntimos que puse en la mano del empleado, me valieron un gracias y una onrisa.

TOM DE LYSS

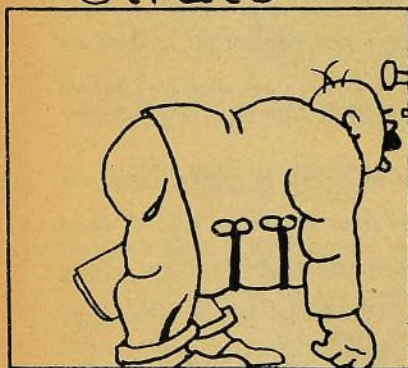
Los cinco sentidos..



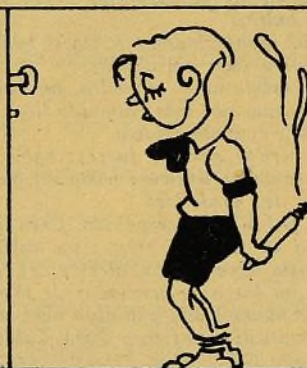
Olfato



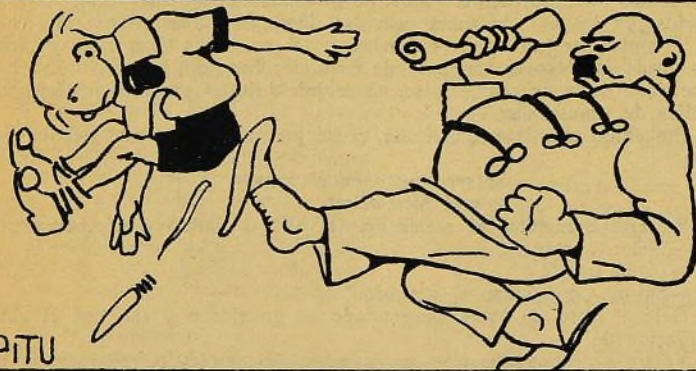
Gusto



Vista



Oído



Pitu

Tacto



MUSICA CELESTIAL

Uno y dos. ¡Do-re-mi-fa, sol-la-si-do!

Pues *si*, querido lector: como tres y dos son siete (*si* la Geografía no miente) y a fe que me llamo Charlot (*si* mi cédula no ídem), te aseguro por lo dicho, que entre los muchos amantes al "arte de bien combinar el tiempo y el sonido", figuro en *primera escala*.

¡Do-si-la-sol; fa-mi-re-do! Uno y dos.

Si estoy en casa; soy un continuo en *fa-do* de *m-fa-mi-lia*, arman-do y desarman-do un precioso *re-loj*, por *tocar piezas nuevas*. La tarde que salgo de paseo; lo hago en días nublados, por pasearme, *bajo un solfeo*. Cuan-do alguien me convida, *solo* tomo *fe-frescos* por que en estos días aprieta el *sol* y es *natural*. Y para que veas que en torno *mi-o to-do* es música te contaré en un *séis* (léase dos por tres que es igual) un ensueño que tuve noches pasadas, en el que los nombres de obras, notas y demás signos musicales revolotean, movidos por un *aire* que tiene algo de *allegro*, poco de *vivo* y nada de *gracioso*.

"Me encontraba *bajo profundo silencio*, envuelto en *blancas sábanas* y *re-vuelto* en la *mayor oscuridad*, cuan-do noté con extrañeza que cuatro *figuras* negras y fantásticas, me transportaban frente al balcón de mi amada, que es una *dulce habanera*, hija de la "La viuda alegre" y nieta de "la viejecita" que en *tiempos* re-motos fué cocinera del "Rey que rabjó."

"Para llegar hasta ella, tendí *mi escale*, fui *as-cen-dien-do*, templé mi *la-ud* y al dar un *dó* de pecho, la dije, que ella me diera un *si* aún cuando fuese de espaldas y empezó el *canto*... a caer un gran canto que se desprendió de la pared, viniendo a tierra el *canto*, la *escala* y yo; cayen-do sobre el *acompañamiento* de un entierro que pasaba, y *contra-bajos* y no pocos esfuerzos, logré calmar aquel enjambre humano que sobre mi gritaban: ¡Maldito *contratiempo*! (que *negras* las pasé). Las *primeras voces* eran fuertes, las *segundas débiles*, *dis-mi-nu-yen-do* la cuestión hasta razonar todas en un *tono natural* que después fué *sostenido* y decente."

"Cesó el ruido. Me despedí de *mi-a-do-rada* y emprendí una *marcha* lenta que tuve que hacer regular por que empezaba a llover; mas como la lluvia crecía, yo también fui *a-cre-cen-tan-do* el paso, hasta terminar con un *paso doble*."

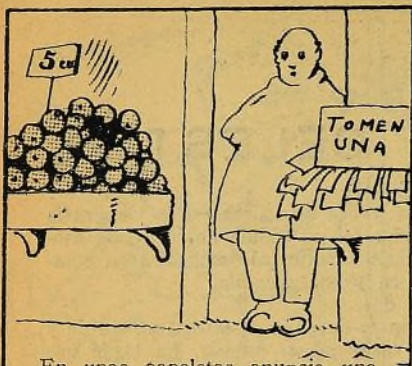
"Por llegué a mi casa que está *si-tuada* en una de las *principales* calles de la Corte (pero no de Faraón) y entré en mi *habitación* que es una bonita *pieza*, a *tiempo* que un *vivo* trueno iluminó la estancia y un ronco *re-lámpago* (o a vercevisa) hizo *re-temblar* los adoquines del *teja-do* que algunos se estrellaban contra las tejas de la calle."

"El viento *redoblaba* en los cristales, la lluvia silbaba, los truenos cegaban y los *re-lámpagos* ensordecían; y en medio del *estruendo* que formó "La Tempestad", desperté sobre-azucar-tado (no digo sobre sal, por que acababan de servirme el desayuno, y esto con sal no *re-sulta*."

Si ha *si-do* mi *re-la-ta-do* ensueño, amable lector, algo pesa-do y solamente he consigui-do ponerte la cabeza como un *bombo*; espero de tu bondad me dispenses, aunque desde luego comprenderías que *música tan solo fuera*.

EL CARO LÓPEZ

Broma charlotesca



En unas papeletas anuncia una rebaja y pone un cartel diciendo que tomen una



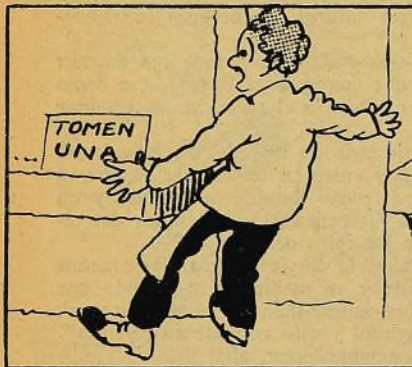
Pasa por allí Charlot y cambia los carteles.



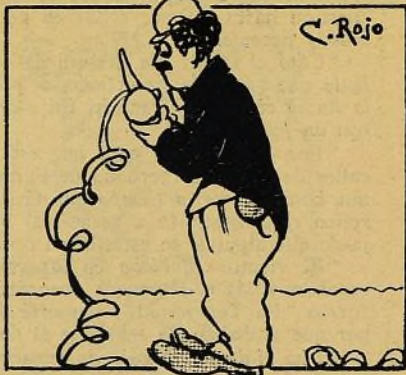
Y ¡claro! la gente, que no es tonta...



acude allí ante tal ganga...



dejando al vendedor sin una naranja de muestra.



Y aquí tenéis a Charlot tan tranquilo, comiéndose el producto de su broma.

PRIMAVERA

F.M. Surrera

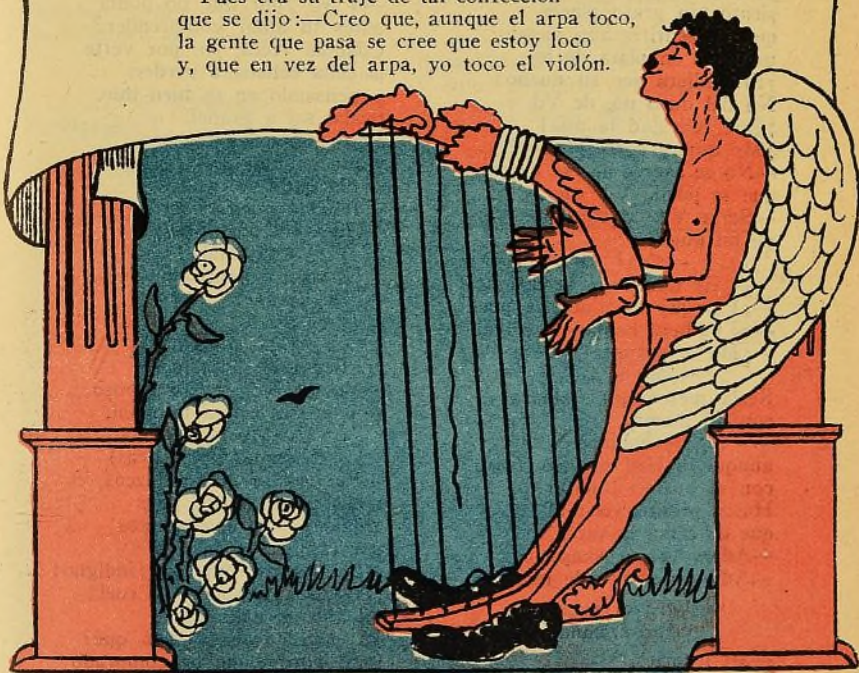
Charlot, que era un ángel, vivía en el Cielo una vida mansa de monotonía.

Por no llevar traje, ni usaba pañuelo y, aunque feliz era, se cansó y, un día, al calvo portero de aquella mansión, pidióle permiso y algo de dinero; refunfuñó algo, mas cedió el portero y él buscó en la Tierra solaz distracción.

Cantaban los mirlos y los ruiseñores, revoloteaban bellas mariposas, brindaba la tierra sus frutas hermosas y el aire perfume de plantas y flores. Mas, cuando embriagado del aire fragante Charlot intentaba hacer un versículo, advirtió confuso que hacía el ridículo y, en verdad, estaba muy extravagante.

Y dejando el arpa que entonces tañía, creyó más del caso que componer odas, dedicarse al punto a estudiar las modas e irse de corrido a una sastrería.

Pues era su traje de tal confección que se dijo:—Creo que, aunque el arpa toco, la gente que pasa se cree que estoy loco y, que en vez del arpa, yo toco el violón.





FASES AMOROSAS

(DE VENTANA A VENTANA)



CUARTO CRECIENTE

—Buenos días vecinita.

—Muy buenos los tenga V.

Ya empiezo a tenerlos buenos,
pues solo el poderla ver,
es para mí, dicha inmensa.

—muchas gracias.

—No hay de qué.

—Admirando enamorado,
de su cuerpo la espeltez,
me parece un maniquí
de una tienda de corsés,
su imagen por todas partes
me acompaña; en el café,
por la calle, en el casino
cual si fuera un perro fiel,
pero al verla frente a frente
siento tan grato placer
que no sentiría aún viendo
un duro en plata de ley.

¡Si pudiera ser su dueño!
No del duro no, de Vd.

¡Qué felicidad la mía!

¿Me quiere corresponder?

—No se asome de ese modo
que se puede Vd. caer.

—Sería Vd. la causante
de mi muerte.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Es tan larga la distancia!

—¿Por qué no la acorta, pues?

—Si pudiera hablar de cerca.

—¿Me lo permite?

—No sé...

Sería mejor que hablara
con mi mamá.

Le hablaré.

aunque hablar preciso fuera
con el mismo Lucifer.

Hasta pronto vecinita
que de cerca la veré.

—Adiós vecino simpático.

—Adiós cacharro de miel.

LUNA LLENA

(Aproximándose)

—Mi lucerito.

—Amor mío.

—Terrón de azúcar.

—Café

que disuelves los terrones.

—Y tú que lo endulzas. ¿No es
este mundo un paraíso
para nosotros, mi bien?

—Estás hecho un Adán.

Y tú, Eva debes ser.

¿Por qué no nos conocimos
antes? dímelo, ¿por qué?

¿Por qué perdí tantas horas
hablando con mi bebé
que mirando a la ventana
me hacía el efecto que
estaba yo contemplando
un cuadro de Raphael?

—Y yo ¿por qué no podía
antes tu amor comprender?
Cuantas veces, yo, por verte
la cena echaba a perder,
y pensando en ti, bien mío,
tiraba sal a granel.

Pero ahora soy dichosa,
y mucho más lo seré

el día que nos casemos,
y feliz te pueda hacer.

—Que será muy pronto.

—¿Cuándo?

—Es seguro dentro un mes.

—¿De veras?

Sí.

—¿Cuánto tarda
en llegar el día aquél!

—Ya quisiera ser tu esposo

—Y yo tu esposa también.

CUARTO MENGUANTE
(Escenas domésticas)

—Es preciso que reduzcas
tanto gasto inútil, pues
siguiendo así quedaremos
sin capital, ni interés.

—Tú no me quieres, ¿indigno!

¡Avaro! ¡Déspota! ¡Cruel!

Al año de matrimonio
ya pones trabas, ¿por qué?
total porque me he comprado

cinco trajes de satén,
 veinte sombreros, diez boás,
 y tres abrigos de piel,
 doce pares de calzado
 y quince docenas de...
 —¡Basta ya! Lo dicho, dicho.
 y no lo repetiré.
 Pues vas muy equivocado
 lo dicho no puede ser.
 ¿Qué dirían las de Monios?
 ¿las de Cáscaron de nuez?
 ¿las de Villacachirulo?
 ¿las de Topos? y ¿el Marqués
 —No sigas; soy tu marido.
 Me tienes de obedecer,
 cuanto más que lo que digo
 te lo digo por tu bien.
 —¡¡Por mi bien! Al fin yo gas
 el dinero que aporté.
 Si no te gusta me vuelves
 con mis padres otra vez.
 —¡Que desvergüenza!
 —¡Pirata!
 —¡Desobediente!
 —¡Soez!

... ..
 (Insultos, gritos, ruidos
 de destrozos por doquier.)

LUNA NUEVA
 (Un mediador)

—¿Maridito?
 —¡Qué hay! ¡Qué quiere
 —Nos mandan en el *express*

ni yo sé cómo decírtelo,
 un... un hijito.
 —¡Rediez!
 sólo nos faltaba un hijo
 y que inoportuno que és;
 hoy que la vida es tan cara
 vaya un tiempo de nacer.
 —¿No te da alegría?
 —No,
 pero sí... no... sí... no sé.
 Prepárate en recibirlo
 como es debido.

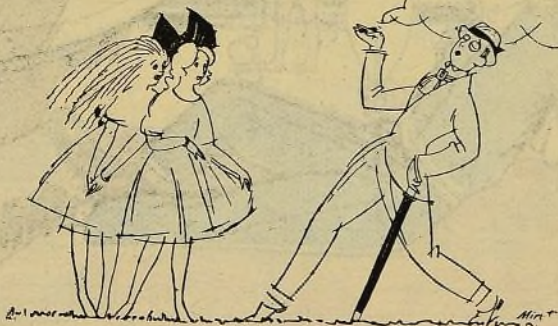
Así haré.

... ..
 —Monín, rico...
 —Dame un beso.
 —A mí dos.
 Pues a mí tres.
 —Ven con papá.
 —Con mamá.
 —Con los dos.
 —No puede ser.

... ..
 Aquellas luchas domésticas
 no existen al parecer.
 y todo son, besos, mimos,
 y caricias al *bebé*.
 A no ser que un día estalle
 dura batalla otra vez
 y aquel chiquitín que puso
 paz en el hogar aquél
 sirviera de proyectil
 que muy bien podría ser.

PACO V.

INGENUIDAD



Una. — Parece un hombre disfrazado de mujer...
 Otra. — O una mujer disfrazada de hombre.

VERANO

Gastó el angelote bastante *parné*
en un traje *dandy* de chillón color;
pero, así que el tiempo avanzando fué,
murieron las flores y vino el calor.
Y viendo que el traje le hacía sudar,
y sudar le hacía también el sombrero,
fué otra vez al sastre y, con Don Dinero,
logró, de la moda, colocarse al par.
¡Oh!— pensaba entonces el sentimental
con un dejo *amargo* de triste dulzura:
—¡Tan bien como estaba con mi celestial
traje invariable, *de tanta frescura!*

Y llegó un momento del cruel verano
en que ya no pudo Charlot resistir.
Decidióse el ángel, cortó por lo sano,
y se quitó el traje que le hacía sufrir.
Con muy buen acuerdo y mucho pudor,
por si su figura resultaba charra,
colocóse una hojita de parra
y, de esta manera, dominó el calor.

Pero no hay invento que sea perfecto,
porque, atesoraba tan dulce figura,
¡clafó!... Olieron dulce y no hubo un insecto
que no lo obsequiase con su picadura.



OTOÑO

Poco a poco, el tiempo, se fué refrescando
y, del sufrimiento tuvo al fin consuelo.
Fuéronse, las moscas, por fin retirando,
y no echó de menos el clima del cielo.
No lo echó de menos haciendo excepción
de una corajina, por cierto, no floja;
la hoja pudorosa, ¡la mística hoja!
cayó de su sitio cual cae el telón.

Aquí es donde empieza su triste odisea
pues, aunque ángel fuese y un poco patudo,
les dió a los chiquillos, al verlo desnudo,
por darle el obsequio de una atroz pedrea.
¡Oh turba inocente!... ¡La verdad no ve!
¡A un ángel pegarle!... Mas, ángel y todo,
Charlot, asustado, corría de un modo
que, ríanse ustedes de un 100 H. P....!

Hubiese acabado el *cross* en desastre,
de no haberse, el ángel, aprisa metido
en casa del sabio y famoso sastre
y comprar en ella decente vestido.

—¡Hurra, hurra, hurra!—gritó entusiasmado.

¡Con esto no siento ni calor ni frío!...

Adoptó una *pose* de pollo engomado

y fuese diciendo:—El mundo ya es mío.



¡GUERRA!

Redobles de tambores
dijeron la partida;
del pueblo acongojado
partió en formación,
grey fuerte y animosa,
gente ella decidida,
que con el arma al hombro
formaba un batallón.

Ya la torre del pueblo
perdióse en lontananza;
el polvo del camino
tornóse cegador,
y siempre bulliciosa
hacia adelante avanza
la marcial comitiva
con aire triunfador.

De aldea en aldea
aumenta el grupo aquél,
que crece y multiplica
su bélica actitud;
entre ellos se prometen
derrotar al infiel
y obligarle a humillar
su insolente acritud.

Caminan luengos días,
mas no sienten sufrir;
son gente recia y sobria
nacida en un solar
que el cielo con sus dones
dignóse bendecir,
y que en bellas estrofas
cantó siempre el juglar.

Sus filas engrosadas
con amplia multitud,
es un bizarro grupo
que demanda un honor.
Su legión es inmensa;
su arma, la juventud;
su fin y su manía,
deshacer un error.

Son huestes invencibles
plenas de decisión,
que levantan al Celo
la su altiva cerviz;
el fuego y la sangre
serán su comunión,
y quiere que se quiebre
su vida en fuerte lid.

No sienten la nostalgia
de la separación;
aunque todo lo amado
quedóse en el lugar,
saben bien contenerse;
viven con ilusión
y su ánimo no oscila
ni puede flaquear.

Acciones temerarias,
orgullo de un blasón,
emergen de sus pechos
que no saben gemir;
sus tímpanos no extrañan
el ruido del cañón,
ni su mano vacila
cuando tiene que herir.

Defender su bandera
con tesón sin igual,
producto de ello es
reciente cicatriz
que en noble frente ostentan
trazada en diagonal
y cuya huella sangra
escarlata matiz.

... ..
¡Leones de la España
que ofrenda lealtad;
cachorros de la tierra
que cría lo viril;
humanos cuyo brío
pasó a la Eternidad
marcado con un lema
sereno y varonil!

... ..
Trompetas y clarines
a vibrar tornarán,
anunciando el regreso
de los héroes de ayer;
de algunos, en su pecho,
insignias penderán
muy justa recompensa
al cumplir su deber.

... ..
Y con su cuerpo en brechas
llagadas en dolor,
otros dirán: ¡cuerpos
de cómo a un rival
midiendo friamente
la regua del honor,
blandió sobre la testa
la hoja de un puñal!

... ..
...Y el polvo del camino
tórname cegador.
Al pueblo ya regresa
aquella juventud
que un día de amargura,

con aire arrollador
partió muy decidida
moviendo su segur...

... ..
Pero todos no vuelven;
más de un plomo, al azar,
atravesó algún pecho
heroico y español.
Los hjos anhelantes
no podrán ver llegar
al padre que la Muerte
inclemente inmoló.

... ..
¡Victoria y aleluya!
¡A quien venció, loor!
Y el aire vibra y tiembla
al estruendo febril.
Nadie llora al que muere;
tan sólo una oración
musitan tristes labios
de un rostro de mármol.

... ..
¡Embriaguez de victoria;
olvido triunfador!
Que nadie en su memoria
conserva ya la historia
del mártir del dolor.

Fermín Gutiérrez Mayo



INVIERNO

Mas pronto empezaron los soplos helados
y fríos malditos del odioso invierno
y, Charlot, entonces, vocablos airados
le dirigió al sastre que le vendió el terno.
Saliéronle en todos sitios sabañones
y horrible martirio sufrió el infeliz;
constante gotera tuvo en la nariz
y pasaba el día dando tiritones.

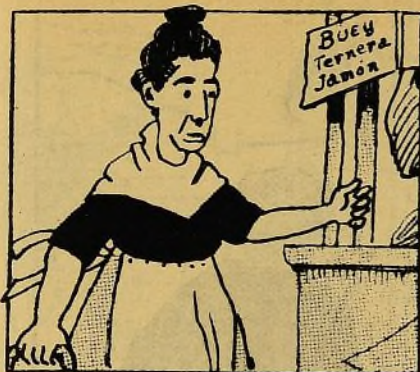
Comprendiendo que era su situación mala,
emprendió el viaje con rumbo hacia el cielo;
arrojó su traje y, ahuecando el ala,
abandonó este miserable suelo.

Y, ¡oh, cruel designio de la suerte impía!...
San Pedro, advirtiéndole su nariz hinchada,
con malos modales nególe la entrada
porque así su rostro no reconocía.
Desde aquel instante, el ángel Charlot,
para todo tiempo un traje ha adoptado.
Fué duro el principio; mas, ya acostumbrado,
al sastre y al tiempo, declaró el boicot.
El rey de la risa es Charles Chaplin.
¿Quién diría, al verlo, que angelito fué?
Vedle: imperturbable va con su *chaqué*,
con sus pantalones y con su bombín.

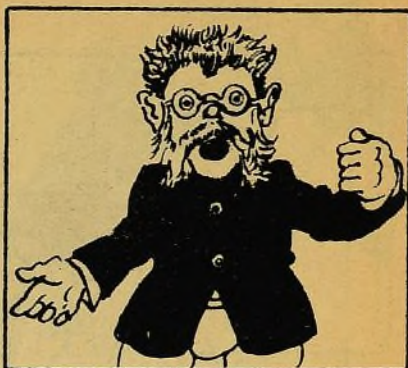
J. MARTÍNEZ SURROCA



La criada sisona



Hizo comprar don Andrés tres libras de carne a Inés.



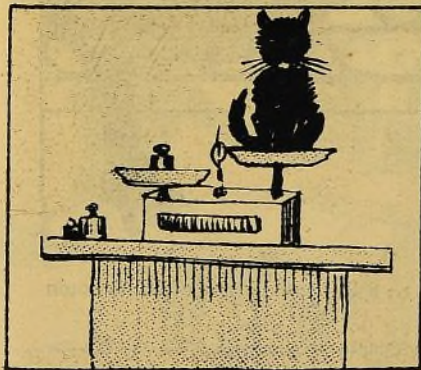
Y como faltaran dos exclamó.—¡Válgame Dios dos libras de sisa, en tres!



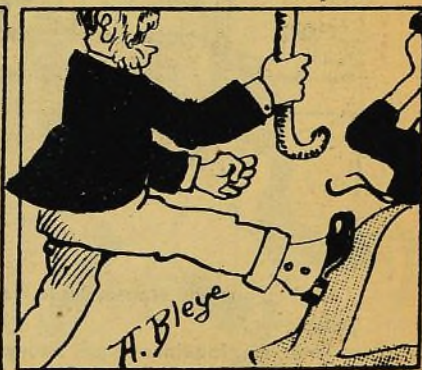
Ella echóla culpa al gato



y él por ver si era comedia, de una balanza en el plato



puso al gato... y el ingrato sólo pesó libra y media.



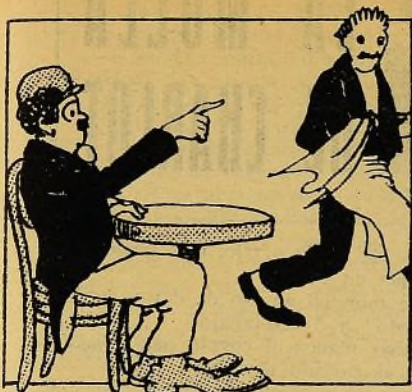
El amo que es avisado nunca le engaña el criado.



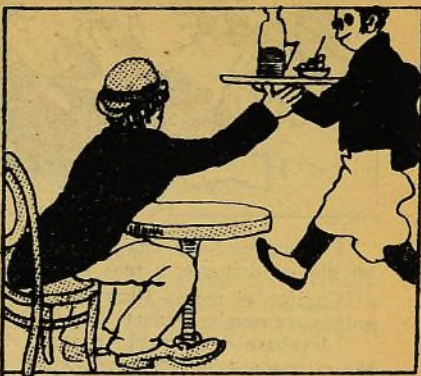
—Veo que a tu esposo, desde que os habeis casado, no le falta un botón en la ropa.

—Sí hija, lo primero que hice en cuanto me casé, fué enseñarle a co-sérselos.

El vermuht



—Sírvenme un vermuht. ¡Ligero!
—¡Va!—responde el camarero.



—¡Camarero!... ¡Oye!... ¡Tú!
¿Cuándo me traen el vermuht?



—¿Y el vermuht?—vuelve a decir
¿Cuándo lo vais a servir.



Como aún no lo han traído
a otro mozo lo ha pedido.



Y tantos sus gritos fueron
que todos se lo sirvieron.



LA MUELA DE CHARLOT

Érase que se era una de esas tardes de lluvia y frío, más tristes que un día de difuntos y más oscuras que un cine...

Charlot, el ínclito Charlot, campeón mundial en eso de dar y recibir golpes, caminaba pensativo, "cabizbundo" y "meditabajo".

Llevábase de "cuando en vez" ambas manos al cogote para apagar los espantosos dolores que sentía en el carrillo derecho.

—Pero, ¿qué me pasará?—lloriqueaba el pobrecillo restregándose los ojos con la manga de la chaqueta. ¿Será que me está saliendo la muela del juicio? ¿Será que me ha llegado la hora de ver a San Pedro?... ¡No! No lo creo. Me hubiera avisado la criada temprano y mi mujer me hubiera dado dinero para el viaje. ¡Ea! se acabaron las contemplaciones. Voy a casa de un dentista y que me mire los colmillos.

Y mientras platicaba de esta manera, atraído por completo en la extracción de raíces, no se fijó en que bajaba una pendiente mal adoquinada. Resbalóse un chanelo,—que dicho sea de paso, parecía por su tamaño un acorazado—y fué a dar con el consiguiente contra el suelo.

—¡Ay, mi... muela!—dijo, por no decir una expresión más gráfica pero mal sonante.

Y acto seguido, quitando las manos de los carrillos superiores, colocólas sobre los centrales...

De pronto abrió los ojos del tamaño de un huevo. Ensanchó las narices hasta ponerlas como una ventana, encrespáronse los pelos del bigote, y soplando como un fuelle siguió diciendo a gritos como si hablase consigo mismo:

—¡Que me traigan sal! ¡Que me traigan vinagre! ¡Que me traigan un panecillo!... ¡Ay, ay, ay!...

Y gimoteando más que un nene de pañales y sosteniendo con los diez dedos la parte más carnosa, levantóse del sitio donde había tenido la desgracia de estropearse el físico.

Y echóse a andar calle abajo con más cuidado.

Daban las doce en un reloj (naturalmente que tenía que ser en un reloj, no iba a ser en una escupidera), cuando el bueno de Charlot, maltratado por el mal pavimento que había tenido que recorrer, llegaba a la puerta de la casa de don Canuto Pelillos de la Cabeza, especialista en enfermedades de la idem; odontólogo y veterinario, todo a la vez.

Tiró del cordón de la campanilla, y, tan fuertemente lo hizo, que a pocas se le estropea la garganta.

Abrióse la puerta y apareció una "gilda" despeinada y con las manos perdidas de hollín; parecía un negro del Senegal. Charlot sintió aumentársele el dolor.

—¿Está el doctor?—preguntó, cerrando los ojos.

—Sí, señor; ¿qué se le ofrecía?

—Verle.

—¿Nada más que verle?

—Y que me vea.

—¿Qué le tiene que ver?

—Esto—respondió Charlot. Y como en aquel momento sintiese un fuerte punzazo en el sitio donde recibió el golpe, en vez de señalar el rostro, llevóse ambos manos a la parte dolorida.

—¡Pues, no señor, gritó encoraginada la sirvienta. Eso no es de la de la especialidad del Doctor.

—¡Cálmese, ninfa doméstica, cálmese, que usted ha confundido los términos! Me refería a este otro carrillo. Y señalaba el auténtico.

—¡Ah, vamos, eso ya cambia! Usted perdone. Pase usted.

Y Charlot fué introducido en una estancia llena de aparatos, cuya sola vista le hizo estremecerse, poniéndosele la carne de gallina.

Volvióse de repente y pensó en la fuga. Pero encontróse con las narices de carabinero de la criada y del susto siguió adelante.

—Espere usted un momento que el doctor viene en seguida, porque está calentando unas tenacillas.

—¡Repuños!—exclamó Charlot dando un salto sobre su butaca.

Pero ya la criada se había marchado dejando la puerta bien cerrada.

Al cabo de unos minutos que al infeliz le parecían siglos, giraron los goznes y penetró el doctor, serio, grave como cuando se va a la presidencia de un duelo.

—¡Caramba, amigo Charlot! ¿Usted por aquí? ¿Cómo es eso?...

—Pues hoy, verá usted; como he podido, arrastrando...

—¿Eh?

—Arrastrando los pies.

—¡Ah!... ¿Y qué le trae por esta su casa?

—¡Hombre! Como traerme, no me trae nadie; vengo yo sólo.

—Digo ¿qué mal es el padecimiento que le obliga a venir?

—Pues mire usted. No es uno; son dos. Uno aquí (señalando el rostro) que no me lo explico pero que debe ser una muela constipada, y otro aquí (señale el lector donde sospeche), que me lo explico perfectamente.

—Bueno,—respondió sentenciosamente el doctor.—No pase usted cuidado alguno por lo que a mí toca. Voy a dejarle a usted como nuevo en un periquete. Siéntese en estas parrillas. Así; muy bien. Ahora, abra usted la boca. ¡No tanto, hombre, no tanto que parece un buzón!... A ver... Estése tranquilo que al tercer tirón sale. A la de una; a la de dos; y... a la de tres.—Y a medida que el doctor contaba, Charlot dió un respingo, luego otro y luego otro.—¡Ya está, ya está! Mírela usted, es más grande que un melocotón. Y parece que está algo dorada; es extraño. Efectivamente, era una muela rara. Charlot la miró, la remiró y sonrió. Luego cogiendo el sombrero y el bastón encaminóse a la puerta. En el pasillo dióse de narices con la doméstica. Preguntóla: —¿Es usted la mis...?

—No, señor. Soy la criada.

—Digo, ¿si es usted la misma de antes

—Sí, señor.

—Pues, ojalá la pise los callos un tranvía eléctrico.

Y siguió andando hacia la puerta. Ya en el dintel, díjole el doctor:

—Amigo Charlot. Sin duda alguna se ha olvidado usted de pagarme.

—No; no me he olvidado. Es que no me da la gana.

—¡Hombre!

—Puesto que se pone usted necio le voy a decir dos palabritas. Lo que me sacó no era una muela.

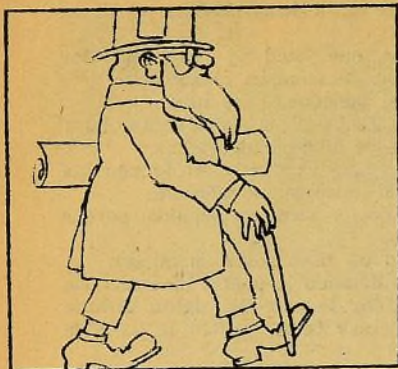
—¿Qué dice usted?...

—Lo que oye. ¿No se fijó que era algo dorada?... Pues era que, anoche, cenando, se me quedó entre los dientes una patata frita.

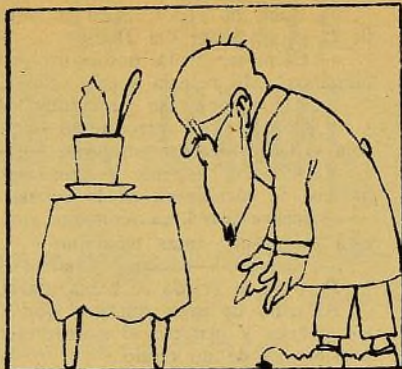
Y echóse a bajar las escaleras de cuatro en cuatro, porque el doctor, furioso, quería convertirle en albondiguillas.

LEONARDO G. COLOMER

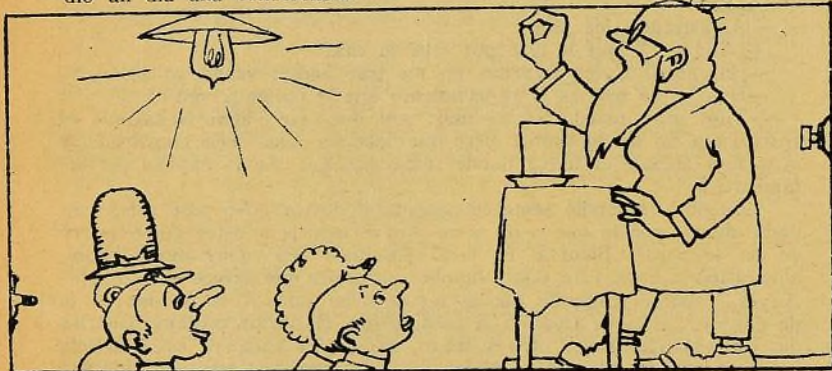
Una lata colosal con una huida final



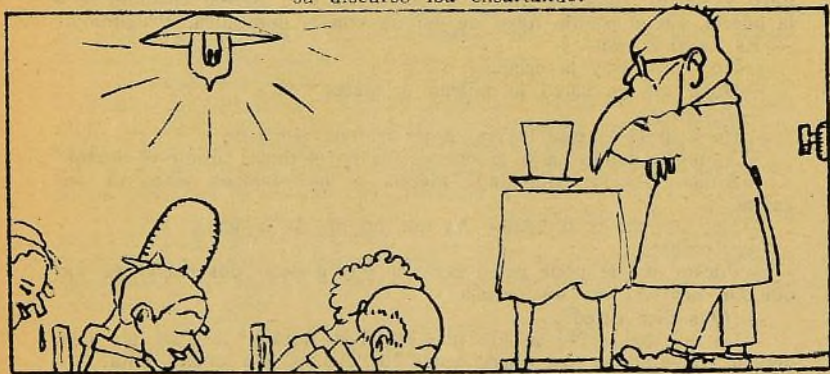
Un sabio de mucha ciencia
dió un día una conferencia.



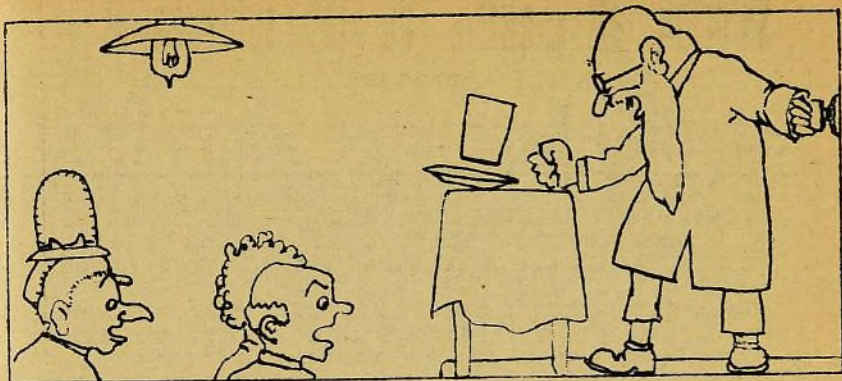
Saludó profundamente
antes de hablar a la gente.



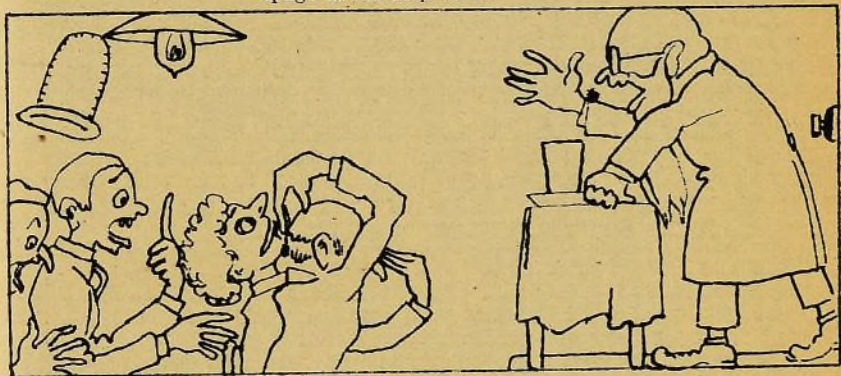
Y en seguida perorando
su discurso iba ensartando.



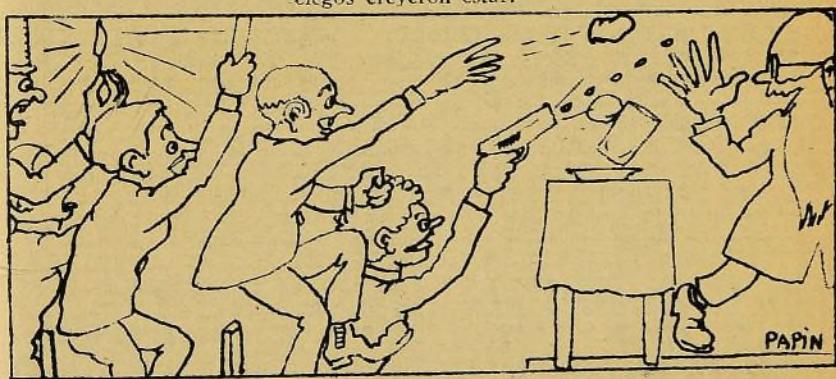
Pero de pronto advirtió
que la gente se durmió.



Y al contemplar tanto tonto
apagó la luz de pronto.



Al oír al sabio hablar
ciegos creyeron estar.



Pero farsa tan sencilla
la descubrió una cerilla;

y el sabio el final temiendo
tuvo que salir sonriendo.

— 27 —

Solución al conflicto de las subsistencias

A consecuencia de una terrible guerra que en aquel entonces estaba asolando los países limítrofes, los pacientes vecinos de Memolandia sufrían una escasez de víveres atroz. La vida, en toda aquella nación neutral, resultaba cara a más no poder. Las gentes adineradas, a duras penas podían comer. Escuso, pues, decirles a ustedes, que la clase media y los obreros se estaban muriendo de hambre. Un ojo de col costaba un ojo de la cara; de modo que no es de extrañar que allí todo el mundo acabase tuerto.

Pero un día cayó como una bomba, una noticia estupenda. Un ex maestro de escuela y eminente profesor de hipnotismo y sugestión mental acababa de descubrir un milagroso sistema de alimentación.

En las columnas de una pequeña revista científica de la cual era director el citado ex maestro, venía el anuncio redactado en los siguientes términos:

"Se acabó la miseria. No más hambre. Mañana por la tarde, en el salón de actos de la Academia Espiritista, calle *tal* número *tantos*, el celebrado profesor de sugestión Ruipérez, dará públicamente una interesante conferencia práctica sobre el sistema de alimentación barata, de su particular invención."

Realmente, la cosa valía la pena; y no se trataría de un *canard*, puesto que la seriedad de la revista que tal portento anunciaba, así como la oficialidad de la Academia donde tenía que darse la conferencia presentaban todos los aspectos de una solemnidad y eran segura garantía de todo cuanto se susurraba.

Inútil decir que mucho antes de la hora anunciaba los escaños de la citada entidad se hallaban atestados de público, entre el cual, dominaban eminentes personalidades de la ciencia médica y grandes higienistas; sobre todo, lo que más abundaba eran padres de familia con numerosa prole, padres de esos que aspiran a tener trece o más hijos para optar al premio de 300 pesetas que el Ayuntamiento de la localidad ofrecía todos los años.

Al dar el reloj de la Academia la primera campanada de las cinco, se presentó en la tribuna el ex maestro de escuela, rodeado en sus diez y seis hijos, adorables retoños raquíticos y anémicos, que agrupados a su alrededor parecían en conjunto un paquete de mondadiantes.

Una vez expuesta su teoría, que era sencillísima, pues no consistía sino en "cambiar el procedimiento alimenticio real por el procedimiento ilusorio", pasó el conferenciante a la parte práctica de su peroración.

—Fíjense mis amables oyentes—exclamaba, lleno de unción y de fe, como un iluminado, el sabio Ruipérez.—Con mi sistema se soluciona de una vez para siempre el intrincado y gravísimo problema de las subsistencias. Para demostrarlo vamos ahora a pasar a la parte práctica.

Y el ex maestro de escuela iba llamando de uno a uno a sus hijos.

—Manolita, acércate. Mirame fijamente a los ojos.

Y una vez le hubo echado una buena cantidad de fluido magnético, cuando observaba que la niña se había dormido decía:

—Hija mía; te hallas delante de un plato de lentejas. Toma el tenedor y come.

La niña, venga mover el brazo como quien se pone algo a la boca.

—Qué te parece?... Están buenas?

—Riquísimas.

En seguida llamaba a otro de sus hijos, y, después de hipnotizarle:

—Arturo,—le decía—ahí tienes un plato con un pedazo de pierna de carnero asada. Aprovecha la ocasión que es toda para ti.

Y el muchacho venga engullir carne magnética.

Luego llamaba al más chiquitín y continuaba la misma ceremonia.

—Oye, Alfredito. Ya sabemos que te gustan mucho las sopas. ¿Que tal encuentras este *Julienne*?

—Exquisita, papá, exquisita.

Al poco rato se hallaban todos sus retoños en fila ante él, dormidos por medio de la sugestión como unas *marmotas*.

—¡Opiparo banquete, hijos míos!—les decía.—¡Comed, comed, muchachos!... Ahora viene el lenguado... ¿Verdad que está bueno el lenguado?... Para todos habrá. Y lomo con judías, y pastelillos de carne, y *roast-beef* y langosta a la americana, y *foigras*. Todo es para vosotros; quiero que comáis, os lo mando, os lo exijo... ¿Verdad que todo está muy rico?

—¡Muy rico, papá! ¡Muy rico!—repetían con entusiasmo los muchachos hambrientos.

Y todos los *sugetos* de su propia familia, gracias al prodigioso poder del pensamiento y a la extraordinaria fuerza magnética de Ruipérez, no cesaban de atracarse de supuestos manjares, hasta que el ex maestro de escuela se acercaba a cada uno de ellos y les soplaban en la frente, entre los ojos, y despertaban del opiparo letargo.

—¡Eso es asombroso!... ¡Pirámida!—iba diciendo la gente del público,—efectivamente, con el sistema de la sugestión se resuelve el problema de la miseria. Desde hoy queda *abolido* por siempre jamás el pavoroso conflicto de las subsistencias.

Entonces bajó de los escaños un médico y preguntó intrigado al coniferenciante:

—Y diga usted, señor Profesor, ¿no hay ningún peligro en aplicar ese maravilloso sistema?

Ruipérez se rascó la cabeza y contestó:

—El único peligro, si se les da mucha comida, es... la indigestión. Pero, afortunadamente mi ciencia lo tiene todo previsto. Mañana les daré a mis hijos una purga *magnética*.

CAROLÍN

EL MEJOR REMEDIO

—Pero, hombre, ¿estás loco? ¡Comprar un trombón cuando nos trae locos el del principal!

—Pues, precisamente es ése el que he comprado.

Jack

MAL HALLAZGO

Un individuo que tiene fama de tragón, encuentra a un amigo y le dice:

—¡Estoy loco!

—¿Qué te pasa?

—He perdido el apetito.

—Pues, desgraciado el que se lo encuentre,

Guillermo

—Señor detective; ése es el sugeto de la fotografía. ¿No lo ha conocido?

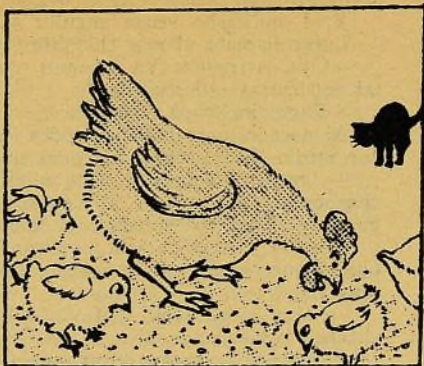
—¡Hombre, no! Porque en el retrato sólo se le ve la cara.

Los ingenieros de la escuadra inglesa matan tiburones metiendo un cartucho de dinamita en un pedazo de carne de cerdo y arrojando éste al agua teniéndolo sujeto por medio de un alambre puesto en comunicación con una batería eléctrica. Cuando el tiburón muerde el cebo, el ingeniero aprieta el botón y la explosión mata al pez.

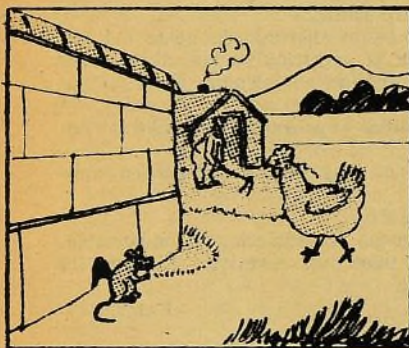
El gato, el ratón y la gallina



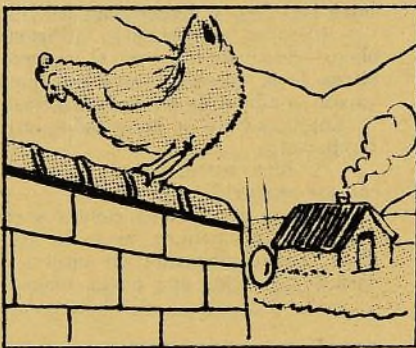
Buscaba Misifú a un atrevido ratón que entre el maíz hizo su nido



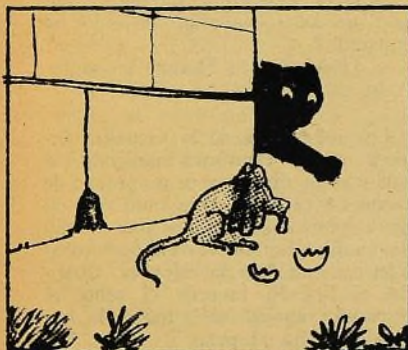
Y a fuerza de escarbar con tanto celo quedó esparcido el grano por el suelo.



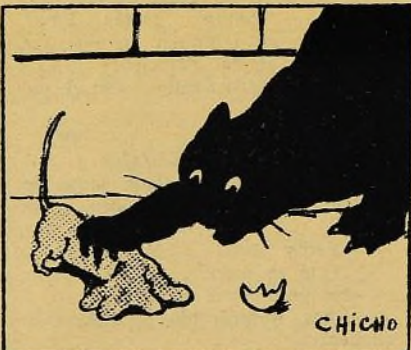
Las gracias puedes darme tú vecina! decíale el ratón a la gallina.



Y ésta agradeciendo la pitanza al astuto ratón un huevo lanza.



El huevo al caer quedó estrellado dejando al roedor medio tapado.



Y echándole la zarpa con arrojo exclama Misifú:—¡ Por fin te cojo!

❁ ¿QUIÉN ES ELLA? ❁

Cuando dejo la cama, *ella* aparece
ante mi vista inquieta:
si dormido, entre sueños me parece
descubrir su silueta.

No la puedo apartar, siempre conmigo,
constante me persigue,
no puedo desterrar este castigo
o sombra que me sigue.

En mi mente la llevo grabada,
que en todas ocasiones
la impresión me produce de una espada
clavada en los riñones.

Al Retiro, calado hasta los huesos,
me marché decidido
a saltarme la tapa de los sesos
bajo el *Angel caído*,

y al ir a disparar, como de un demonio,
me horrorizó su acento:

“Que no se le haga tarde, don Antonio”,
quedé sin movimiento.

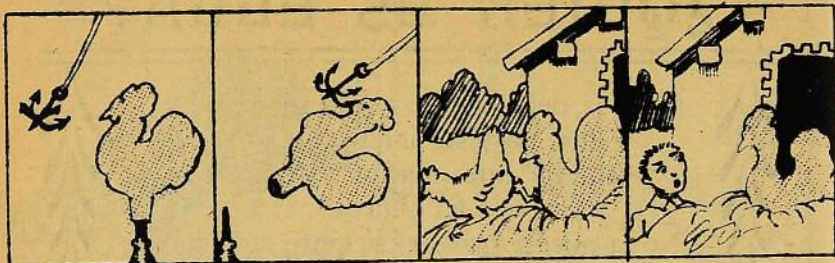
¿Queréis saber quién es la mala estrella
que en horrores me envuelve
o como suele decirse, *quién es ella*
que tísico me vuelve?

Lo diré francamente: ¡Mi patrona!
porque no la he pagado
vocífera, que quiere la bribona
¡llevarme ante el Juzgado!

Enrique Amaré

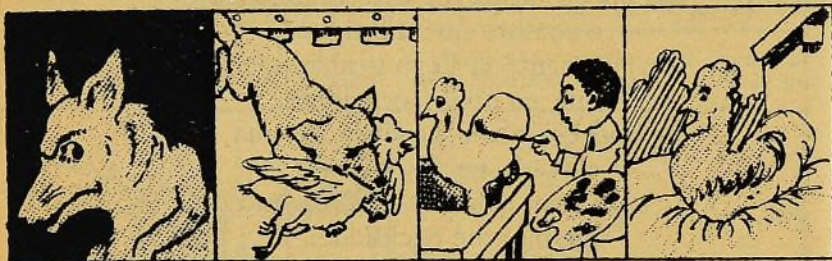


El castigo del zorro



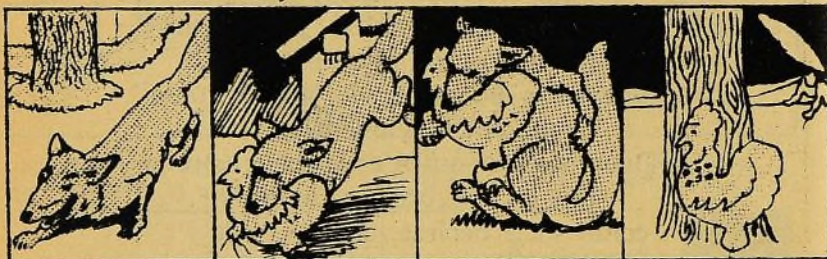
1 En no sé qué campanario
2 un ancla al gallo quitó,

3 el cual a un corral cayó
4 aunque sea extraordinario.



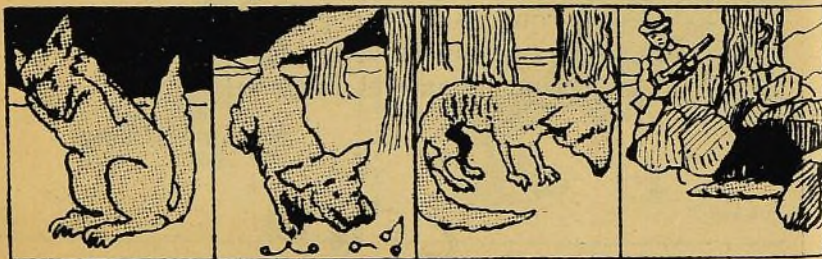
5 Como por allí había
6 un zorro cruel y fiero

7 lo pintó con tal esmero
8 que de verdad parecía.



9 Cuando la noche llegó
10 cogió al fingido animal

11 mas resultó por su mal
12 que sin un diente quedó.



13 Sin dientes, el pobre lobo
14 tiene hierbas que comer

15 y como ya no hace robos
16 tuvo al fin que fallecer.

ILUSIONES DE PRINCESA



En una limpia y modesta habitación se está ultimando con toda actividad la confección de un vestido de princesa.

Rosita, hermosa niña de ojos azules y cabello rubio, hija de honrados obreros, mira llena de satisfacción, siguiendo todos los detalles, mientras en su imaginación se forjan un sin fin de ilusiones producto de la vanidad y el orgullo.

Por la tarde se celebra el Baile Infantil, siguiendo la costumbre de todos los años, y Rosita se presentará vestida de Princesa, donde será recibida con los debidos honores al son de la orquesta, y ella seguida de un numeroso cortejo irá saludando al público que con verdadero respeto rayano a la sumisión admirará su belleza favorecida por la elegancia de su indumentaria, y al sentarse en la presidencia será frenéticamente aplaudida y el jurado al deliberar le concederá el primer premio.

A la hora de comer, Rosita apenas probó bocado, pensando sólo en la fiesta y no movía la cabeza por temor de deshacerse los rizos y bucles de su cabello. Levantóse de la mesa saltando de contenta y dirigiéndose hacia el espejo pasó más de una hora mirándose, arreglándose, que de tan nerviosilla que estaba cuanto más quería arreglar más lo desarreglaba.

Después, su madre y su tía, la vistieron y a cada momento Rosita daba muestras de aprobación, luego con toda clase de precauciones para que no se ensuciara la larga cola subieron a un coche de alquiler que las condujo al teatro donde tenía lugar el certamen y donde para Rosita debía ser teatro de desengaños.

Al entrar en el vestíbulo y al subir los cuatro o cinco peldaños, Rosita azorada y por la falta de costumbre de vestir faldas largas tropezó y cayó, haciéndose algunos rasguños y un descosido algo regular en el vestido que tuvieron que remendar con urgencia y con ayuda de imperdibles, en un rincón medio escondidas de las miradas de los concurrentes que iban entrando.

Luego entraron en la sala que ofrecía un efecto sorprendente. Artísticas guirnalda suspendidas del techo cruzaban el espacio, un sin fin de luces en caprichosas combinaciones iluminaban el local y en el escenario nutrida orquesta alegraba los oídos con airoso paso-dobles y en el centro o plateas un verdadero hormigueo de niños y niñas vestidos en la más heterogénea variedad formaban coros los unos, otros en parejas paseaban y los padres y familias desde los palcos miraban rebotantes de felicidad a los pequeñuelos.

Por todas partes reinaba la animación y el bullicio, y Rosita vió cómo sus ilusiones empezaban a tornarse desengaños, pues si ella iba vestida de princesa había allí muchísimos que le superaban en elegancia y riqueza, y sobre todo vestían con naturalidad, sin afectación, como si ya estuvieran acostumbrados a llevar trajes de valor, así como ella no podía andar un paso, que no podía saltar con la agilidad, que el vestido la aprisionaba, que sufría cuando le pisaban la cola, y sobre todo por la indiferencia que la miraban los demás.

Vino el desfile, formaron de tres en tres, y para colmo ¡horror! a Rosita le tocó ir entre una gitana y una campesina. Pasaron por frente al jurado que la obsequió como a todas con un sencillo recuerdo de la fiesta.

Terminada ya, regresaron a su casa y aunque decía a su mamá que se había divertido mucho quedó grabada en su mente una lección me-

Cuando menos se piensa salta la liebre



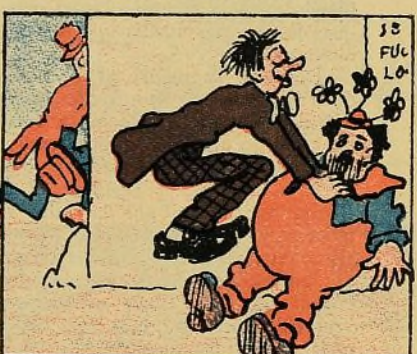
—Mira, tú, que martingala para pescar mil del alma.



—Hazte el loco, y yo en seguida cobro la prima ofrecida.



Entreténgalo, señor, mientras voy por un doctor.



De aquí no te moverás, porque sé que loco estás.



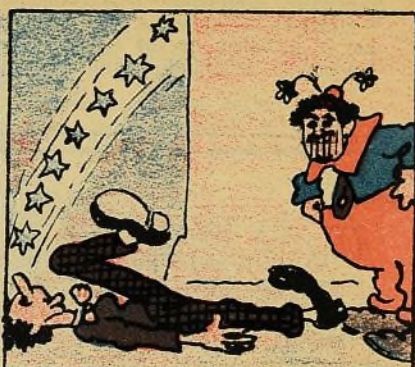
—¿Pero quién eres, guasón?
—¿Quién soy yo? ¡Napoleón!



—(Pues si es el loco este socio va a ser este el gran negocio!)



—Si sois el emperador
a gran señor, gran honor.



Lo tumbé con buenas tretas;
ya son mías las pesetas.



—¡Pero es cierto lo que veo?
¿a quién arrastra Mateo?



—Les traigo a este botarate
que está loco de remate.



Por haberlo usted traído
aquí tiene lo ofrecido.



—¡Mateo, piensa conmigo!
¡Mateooooo... que soy tu amigooo!

recida. El castigo a su orgullo y a su vanidad. Y al cambiarse el vestido de princesa por su sencillez vestido con el cual podía moverse, saltar y brincar, comprendió perfectamente que éste era el que le pertenecía, y alejando las ilusiones, el orgullo y la vanidad, procuró en los ratos que le quedaban de sus estudios ayudar a su madre en los quehaceres domésticos, reflejando siempre en sus actos la modestia y la humildad.

FRANCISCO BEL CORAL

DEZESIN



Maruja, la linda Marujita, recordaba con rubor el sueño que la noche anterior había tenido.

Su mag'n obsesionado por el dulce recuerdo, se lo iba presentando.

En vano intentaba la joven deshacerse de él. La visión aferrábase en su cerebro, como náufrago a una tabla.

Hasta que al fin, vencidos y agotados todos los artículos, dió rienda suelta a la fantasía.

Y allí, sobre el tocador, aspirando el olor que exhalaban exquisitos perfumes recordaba... recordaba...

El astro rey hallábase ya próximo al ocaso.

Los campos todos verdes, perdíanse entre la espesura de gigantes alamos. Infinidad de mariposillas revoloteaban en el aire, y de vez en cuando oíase el canto alegre de un ruiseñor.

Lejos, en las faldas de las montañas, entre floridos rosales y corpulentos árboles, encuéntranse envueltas unas casitas blancas, y en medio de ellas el esbelto campanario de la iglesia.

A su derecha, un riachuelo, dotadas sus riberas de mil variadas florecillas, seguía su curso, bañando la vega con su agua pura y cristalina. En la izquierda, una carretera que descendía desde las casitas blancas, detenía el rumbo para extenderse por el lado opuesto, dejando así paso a las tranquilas aguas del río.

Sobre éste había un puente de madera, carcomido ya por la acción del tiempo y de las lluvias.

Y por un ribazo oculto, caminaban dos enamorados.

Ella, joven, arrogante, bella; realizando aún más su hermosura con un elegante vestido que envolvía su gracioso y gentil cuerpecito, escuchaba en el silencio de la tarde, turbada a veces por el trinar de los pajarillos, las palabras fervientes y apasionadas que la dirigía su adorador.

El, mozaibete que justificaba tener pocos más años que ella, admiraba arrobado, el veneno inagotable de sus gracias.

Y así juntos, unidos, aspirando el lácter embriagador, sus corazones palpitaban de emoción y en sus ojos se advertía un fuego ardiente que la emoción no dejaba salir de sus labios.

El rostro de la joven, por el que se deslizaban coquetonamente algunos rizos de su negrísimo pelo, volvíase alguna vez que otra, ya para ocultar el rubor que la ocasionaban las dulces palabras del amado, o bien para contemplar el sublime espectáculo que ofrecía Natura.

El joven en medio de la plática, y sabiendo bien la pasión de su novia pide una prueba fahaciente que selle aquel dulce soquiloquio. Ante

esta pregunta un tanto inesperada, múdase el color de la joven, por su cerebro corren mil pensamientos y escenas, leídas acaso en románticas novelas, rezangándose al fin en un mutismo que la delata.

Insiste nuevamente el galán enamorado, y ella con voz débil y emocionante, a la vez que con zalamería, procura resistir. Pero el novio, deshaciendo todos los obstáculos que le presenta la joven, se abstiene en lo dicho.

Hay unos momentos de silencio. ¡Momento sublime, divino, en el que hablan los corazones! Al fin, ruborosa, pero enamorada, se decide. Y mirando apasionada a su novio le dice con los ojos lo que sus labios por la emoción callan.

El momento es de los que no se acierta a describir.

Dominado por un amor que le abrasa, la estrecha en sus brazos, y al sentir sobre el suyo otro cuerpo lleno también de amor, el latir de un corazón que se aproxima al suyo, en su rostro el roce de los blondos rizos, imprime sobre sus labios un ardiente ósculo de amor...

Y Maruja, la linda Marujita, sonreía ahora que había finalizado su obsesión. Sentíase poseída de un dulce bienestar, de una tranquila calma.

Pero ésta duró poco.

El sol de su rostro se volvió a obscurecer y un hondo suspiro resonó en el espacio. Seguramente, aquello que ella creía una obsesión, fuera una realidad, principio de una dicha inusitada o de un porvenir borrasco, donde la nave de su vida iría impulsada por la Fatalidad.

ISIDRO GONZÁLEZ DEL CASTILLO



—Le aseguro que no sé bailar...

—No es posible.

—Bueno, pues ya se convencerá por sus propios ojos...
de gallo.

El verano

¡Oh! delicioso verano

Hermosa estación del año,
aunque en rigor calurosa,
y en que anhela sudorosa
la gente tomarse un baño.

Estación abrasadora...
Igual que en su edad pristina,
vive el hombre en la piscina
o en la playa a toda hora.

Estación de los amores,
en que el mar es poesía,
y el melón y la sandía
resultan cosas mejores,

en que muy amarteladas,
se ven a las parejitas
tomando el fresco solitas
por las playas azuladas;
o por la verde campiña,
entre pinos undivagos,
que contemplan sus halagos
y, a veces, hasta una riña.

Mientras las suegras discretas,
al "mús" con el gato juegan,
o complacidas se entregan
al baño entre cuchufletas...

¡Grata estación...! A tu aus-
[picio,

¡cuánta niña descocada,
de ropas aligerada,
causó más de un estropicio!

La que aman los estudiantes,
porque trae las vacaciones,
se comen melocotones
y se beben refrescantes.

cual la horchata valenciana,
la parisien naranjada;
sorbetes y limonada,

y soda a la veneciana...

No importa que haya un pi-
[piolo

que reniegue de ti, y quiera
fletar una nao ligera
y patir con rumbo al Polo.

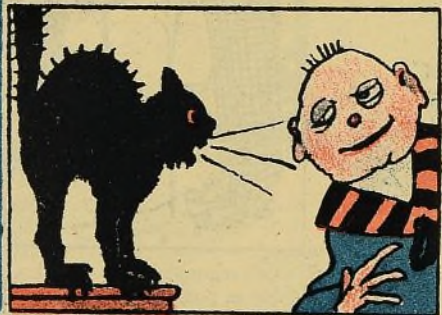
"Bella estación! Yo te admiro;
jamás te guardé rencor,
pues cuando siento calor...
¡de cabeza al mar me tiro!



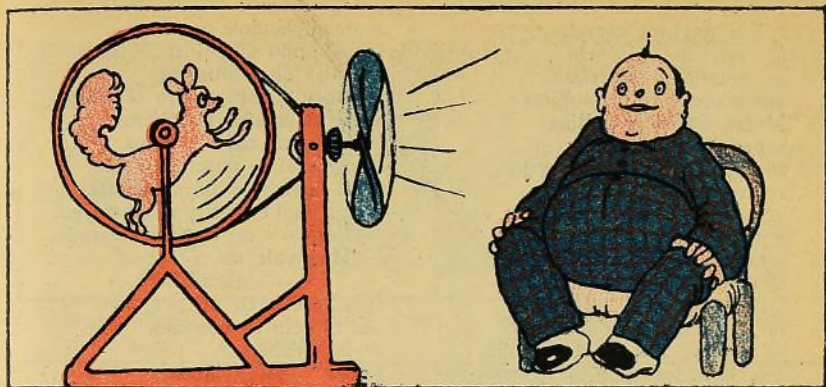
Con el traje bañera, consigue su inventor
aliviarse en verano de su mucho calor.



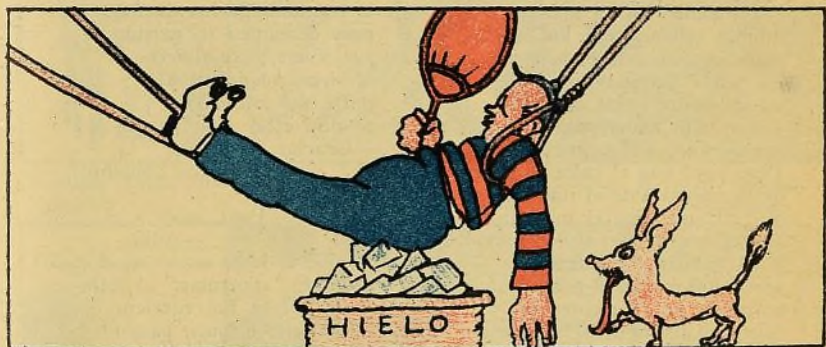
Del calendario los días, arranca este señor,
para ver si se acaba de este modo el calor.



Otro medio consiste, unque es de cuidado,
en hacerse soplar por un gato irritado.



También aprovechando la manía de una ardilla, se consigue con ingenio, refrescarse a maravilla.



Es cosa que causa dulcísimo consuelo, estar de este modo en contacto con el hielo.



Todo el mundo comprueba en la noche estival, que resulta el polo norte, ser el sueño ideal.

EL AUTOMÓVIL Y EL PERRO

Por angosta carretera
que va de un pueblo a otro pueblo
un automóvil marchaba
veloz como el pensamiento.
Mulas, gallos y gallinas,
cabras, ovejas, corderos,
todo, en fin, lo que a su paso
representaba un tropiezo
o en dispersión lo ponía
o lo arrollaba violento,
sembrando por todas partes
la desolación y el miedo.
Un mastín que, cuidadoso
de la hacienda de su dueño
se hallaba a la fresca sombra
(es claro, tomando el fresco)
nervioso (porque también
tienen los mastines nervios)
rápido saltó al camino
y arrogante, altivo y fiero,
lumbre echando por los ojos,
plantóse como diciendo:
—“Señor automovilista,
ya me atufé ¡vive el cielo!
y por aquí nadie pasa
sin permiso del portero.”
Pero ¡ay! que el valor no sirve
de la fuerza ante el imperio
que en esta vida el más bruto,
¡es el que se lleva el premio!...
Y el vehículo, avanzando,
arremetió contra el perro
cortando de su existencia
Nuestro distinguido “sportman”
el coche paró y volviendo
la cabeza con asombro
miró al cadáver sangriento
y al lado suyo un pastor

contemplándole suspenso,
mostrando en su faz visibles
señales de sentimiento.
—Buen hombre—dijo el señor—
deploro mucho el suceso,
mas yo no tuve la culpa
porque él se puso en medio
y él mismo se dió la muerte.
—Ya lo he visto; no lo niego.
—Pero soy un hombre honrado.
—Más vale así...

—Un caballero,
y si produzco un perjuicio
en el acto lo remedio.
—Eso debe ser.

—No ignoro
lo que valen estos perros...
—¡Mucho, señor!

—A ellos deben
la tranquilidad los dueños,
pues defienden su ganado,
sus viñas y su dinero...
Y si no puedo el valor
darte del animalejo
te doy estas cien pesetas...
—Gracias.

—¿Te quedas contento?
—Mucho.

—Pues, adiós.
—Adiós,
¡y que le halle usted en el cielo!
Subió el “sportman” al auto
y de allí se fué corriendo...
Entretanto el buen pastor
sonando alegre el dinero
exclamaba: “¡Quien demonios
será el amo de este perro!

S. A.



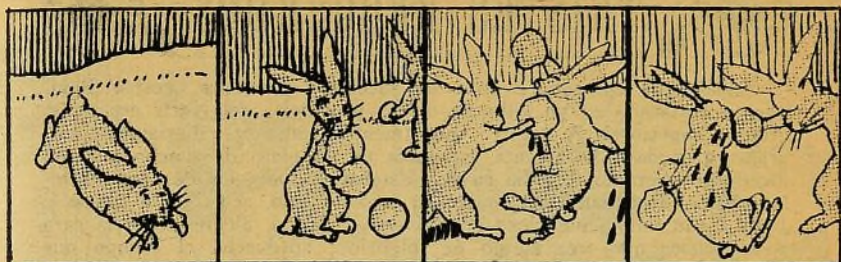
—Sí, señor; un servidor de V. no
se ha cortado el pelo hace 10 años.

—¿Será manía?

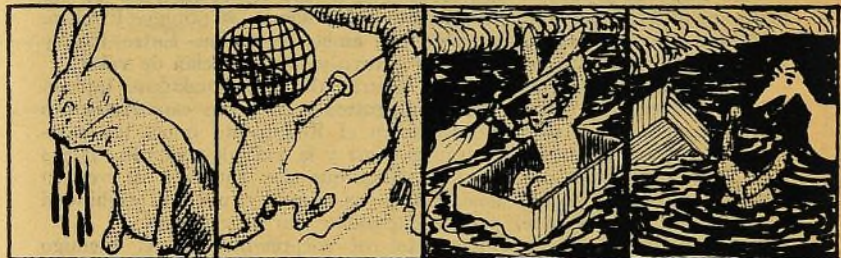
—No, señor; es... calvicie.

Ayuntamiento de Madrid

El conejo sportman



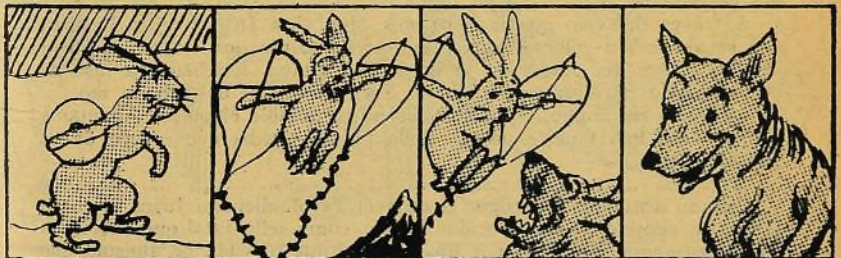
1 Aunque alguien no lo crea 2 aquí a un conejo presento 3 que es un sportman portento, 4 pues además que boxea



5 (aunque salga mal parado) 6 domina la esgrima bien 7 y sabe remar 8 pero siempre es desgraciado.



9 Mas un compasivo pato 10 siempre lo pone a secar; 11 luego, se pone a cazar 12 y a un zorro le da un maltrato.



13 También el disco lo lanza, 14 pero un día, por volar, 15 fué el conejito a parar 16 de un lobo en la negra panza.



TRISTES RECUERDOS



Andábamos entonces a caza de facciosos y estaba nuestro Regimiento destacado en un villorrio de las provincias del Norte esperando órdenes superiores. A nuestro campamento acudía casi diariamente una gitana greñuda y harapienta, en busca de un plato de rancho y algún mendrugo sobrante. Un día en que Esteban y Juan, los dos amigos inseparables, departían alegremente su rato de ocio, acercóse la gitana a Juan y con tono sentencioso le dijo:—Oye chaval, alegre tienes la cara y se conoce que eres amigo de jolgorios; aprovecha el tiempo que en este mundo te queda, por que pronto te darán el *pasaporte*.

—¡Anda allá, bruja! replicó el soldado. Y cruzando los dedos la gitana, los besó y dijo:—“Por éstas”, y el que te lo dará, ha de ser precisamente ese que tanto te quiere—señalando a su amigo Esteban.

Grande era en efecto la amistad que ambos se tenían. Entre Juan y Esteban todo era común y las palabras tuyo y mío, carecían de valor.

De todos eran queridos por su natural alegre y bondadoso que en más de una ocasión evitaron serios disgustos y no pocas camorras entre los compañeros de armas. No había en el Regimiento quien les igualara en destreza y en fuerza: eran el alma y la vida de todos los jaleos que armábamos para distraer la tristeza que nos aquejaba de vez en cuando, producida por la nostalgia de la *tierra* y por la posibilidad de perder el pellejo en el primer encuentro con el enemigo.

Una mañana nuestro campamento fué sorprendido por el enemigo y aunque éste fué rechazada después de tres horas de refriega, no por eso salimos nosotros muy bien librados; pues además de las sensibles bajas que sufrimos, el enemigo se llevó mucha parte de nuestros pertrechos y lo que es peor, consiguió atravesar un paso cuya custodia era nuestro objetivo.

Después de depurados los hechos y averiguar la causa de la sorpresa, sacóse en consecuencia que fué motivada por la poca vigilancia de las avanzadas y precisamente era Juan al que pusieron de centinela. Rendido o confiado, aquella noche se quedó dormido y el sino fatal lo arrastraba a cumplir la predicción de la gitana. Había quebrantado gravemente la disciplina y un día bastó para que el consejo de guerra condenara a muerte al pobre Juan.

Nunca podré olvidar la escena de aquel día. Yo en mi calidad de brigada formaba parte de la fuerza del cuadro que había de ejecutar la terrible sentencia. Aun me parece ver a Juan, tranquilo, sereno y sin alarde de temeridad, pero demostrando por su aspecto ser un hombre de corazón.

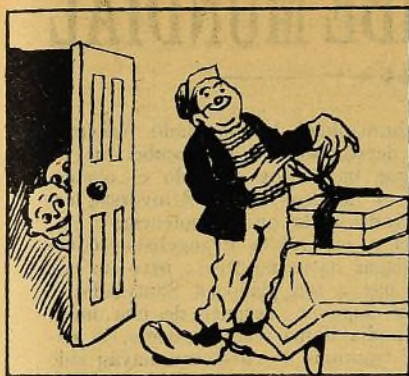
A través del velo que nublaba mis ojos vi a Juan y vi a Esteban que se abrazaban emocionados y entonces recordé que iba a cumplirse las dos partes que integraba la predicción gitana. Esteban era uno de los designados por sorteo para hacer fuego sobre el desdichado reo.

—Si eres mi amigo... procura que no te tiemble el pulso. Apúntame bien, porque una muerte pronta es la última prueba que espero de tu amistad!

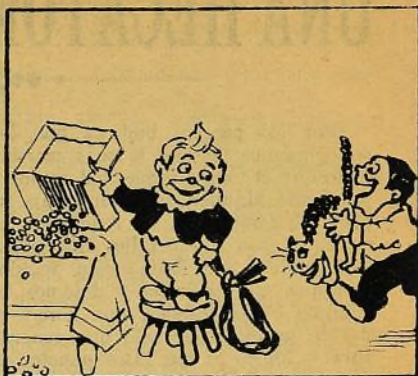
.....
Cuando acudimos a recoger el cadáver del desdichado Juan, vi en su frente un agujero de ennegrecidos bordes, como sello fatal que rubricaba aquel “pasaporte” firmado por una bala, última ofrenda de amistad que pudo tributarle su infortunado compañero.

R. TOLOSA

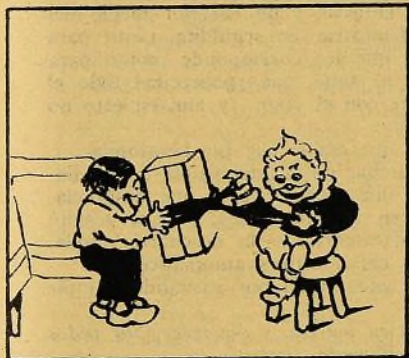
GATADA



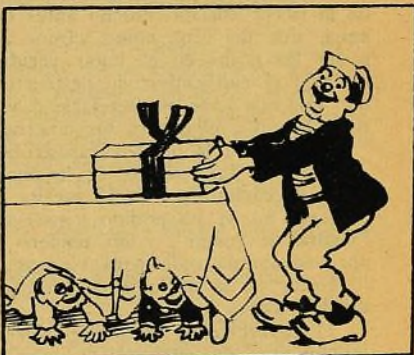
Quiere a Pepona, Vicente
hacerle un rico presente.



Pero este par de chiquillos
que parecen dos diablillos



El contenido han cambiado
del presente preparado.



Vicente, sin saber nada,
ignorando la trastada.



El obsequio ha presentado
con aire de enamorado.



Pero al abrirlo ¡qué horror!
salta el gato con furor.

CHICHO

UNA HECATOMBE MUNDIAL

Por los papeles bíblicos que la humanidad ha heredado, tenemos conocimiento de que la más terrible derrumbosis u hecatombe que ha padecido el mundo que habitamos (que habitamos pagando el correspondiente alquiler, naturalmente), fué el famoso Diluvio Universal, especie de temporales de Andalucía elevados a la quinta potencia.

Estos son los detalles que gracias a venerables evangelistas como San Juan y San Mateo, han podido llegar hasta nosotros; pero no nos metamos en honduras y dejemos en paz a tan piadosas Santidades y veamos otros papeles, que como cabe suponer, después de una inundación general, que más que general podía llamársela *mariscala*, lo natural y lógico es que estos papeles que tratamos de curiosear, hayan sido *papeles mojados* antes de llegar a nosotros, a consecuencia de tanta agua, y de aquí nuestro interés en demostrar que no fué el agua precisamente quien tuvo la culpa, pues la más horrible de las devastaciones de la tierra sucedió mucho antes del Diluvio, y no fué por medio del agua, sino del aire, como vamos a demostrar en seguidita, tanto para poner las cosas en el lugar verídico que les corresponde, como para quitarle el calificativo de destructora al agua, que ¡pobrecita! todo el mal que nos hace es mezclarse a veces con el vino... y aun en esto no tiene la culpa ella, sino los taberneros.

Y vamos a la historia catastrófica, que esa sí que fué hecatombe.

Un gran fakir indio, de la pura India, de la mismísima India, llamado Mecachundi, la dejó escrita en una piedra, piedra que desgraciadamente no se ha podido conservar en ningún museo, porque resultó "piedra de fuego", y un tendero norteamericano la descuartizó toda, aprovechándola toda para piedras de encendedores automáticos.

Decía así la antiquísima escritura, encontrada por casualidad al pie del Himalaya.

"Estupefaciente catástrofe ocurrida en martes, y día trece, por todos los ámbitos de esta maleta cósmica llamada tierra."

Se conoce que en aquél entonces la tierra sería más pequeña que ahora; no había aún llegado a la categoría de *mundo*.

Seguid, seguid la lectura, como dicen en el tercer acto del *Tenorio*.

"La *zambra* empezó en el firmamento. Era una noche serena, muy serena; clara y serena como el ojo de las merluzas del Cantábrico. Una noche cálida del mes de Julio, de aquellas que convidan a subirse al terrado a hacer verbena con un plato de *churros* y el cántaro debajo de la silla.

"Inútil decir, pues, que todos los vecinos se hallaban en sus respectivas azoteas tomando el fresco.

"En la bóveda celeste fulguraban millares de estrellas con una esplendidez y un tintilleo que más que cielo parecía aquello la chaquetilla de Belmonte cuando sale en traje de luces.

"De pronto, en la calma infinita de las 24 horas que estaban a punto de dar en la Catedral, oyóse de un ámbito al otro de la *tierra*, un cuchicheo extraño, sobrenatural y sobrehumano que venía de arriba, de la atmósfera, como llevado por las ondas sonoras de un inmenso fonógrafo suspendido en el punto más alto del espacio.

"Era que los grandes planetas se hablaban los unos a los otros. El viejo *Júpiter* le decía a *Venus*;

—¡Anda, salerosa, que no sé que te traes que hoy estás más cachonda que nunca!

Y *Venus*, haciendo un remilgo de desdén le respondía:

—Vete al diablo, so pelma, que yo no admito chinitas de los vecinos que chochean como tú.

—Ya sé que tú quieres a *Marte*, que es más joven; pero, ¿no sabes que él se pirra por la *Osa Mayor*?...

—Bueno, déjame en paz; y retírate, abuelito, que viejo por viejo prefiero a *Saturno*, que tiene mejor tipo y es más torero.

—Entonces *Saturno*, poniéndose el anillo de canto, como si fuese un sombrero de picador, pidió la palabra por alusiones y dijo:

¡Callarsus!... A mí no me metáis en amoríos planetarios, que yo tengo familia y no quiero compromisos.

—Entretanto la *Luna* le hacía guiños a *Urano*, y por estas y otras coqueterías *Neptuno* sentía unos celos de mil demonios.

—Aquello iba a acabar como las disputas de *La Verbena de la Puñaloma*, a estacazo limpio, cuando a *Venus* se le ocurrió aplacar la cólera de los planetas por medio de la penetración pacífica simbolizada en una juerga sideral del género infimo. Acompañada de todas las estrellas, empezó por cantar unas seguidillas que entusiasmaron a los satélites que acudieron a presenciar el espectáculo, corriendo a más no poder por la Granvía Láctea, que aquello parecía la salida de la "Monumental" en un día de fenómenos.

—En seguida se puso a bailar un "garrotín", luego una "rumba" y aquello fué el acabóse cómico, el despiorren interplanetario. Locos de entusiasmo, los planetas perdieron la gravedad y hasta la seriedad. El viejo *Júpiter* se peinaba las barbas con los dedos y sonreía picarescamente; *Marte* tiró su espada al aire en señal de admiración; *Neptuno* también lanzó por los espacios su forca de tres puntas; y *Saturno* valiéndose de un pequeño satélite, que hacía las veces de "botones", le regaló el anillo.

—Y ahí fué la catástrofe, la inmensa hecatombe de que aún no hemos hablado.

—Ante un espectáculo tan extraordinario y tan poco edificante, naturalmente, la Tierra, curiosa como mujer, se paró a mirar; y al pararse, es claro, todos los humanos, todas las criaturas vivientes todos los seres de la creación, acostumbrados a ir hacia adelante siguiendo maquinalmente el movimiento de rotación del mundo, sufrieron las consecuencias de la parada en seco. No quedó títere con cabeza. Fué un topeazo brusco, horroroso, semejante al que reciben los pasajeros del tranvía cuando el conductor se ve obligado a frenar con el freno eléctrico. Y todo, personas, animales, plantas, edificios, todo quedó enteramente arrasado sobre la faz de la tierra, que en menos de un segundo se vió pelada y lisa como el *mingo* de un billar.

No quedó más que el fakir indio Mecachundi y aun por casualidad; porque, para contemplar mejor la "rumba" que bailaba *Venus*, se había elevado pocos minutos antes en el pico más alto del Himalaya.

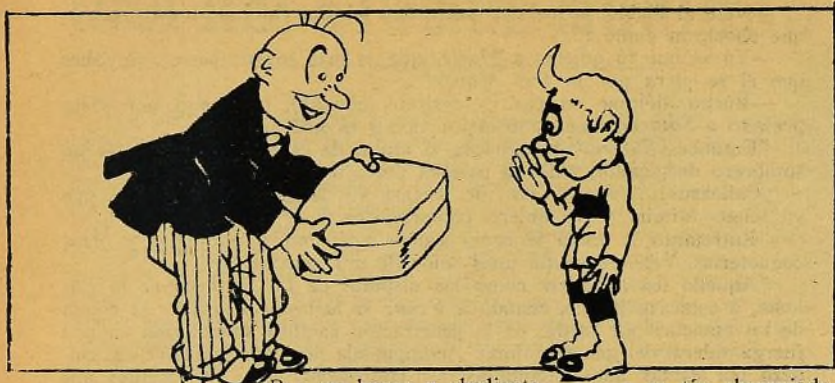
—¡Ande el movimiento!—dijo lleno de indignación el Gran Arquitecto.

Y al decir esto, dió un soberbio puntapié a la Tierra, víctima de su curiosidad. Entonces el mundo, nuestro viejo mundo volvió a rodar sobre su eje como si tal cosa.

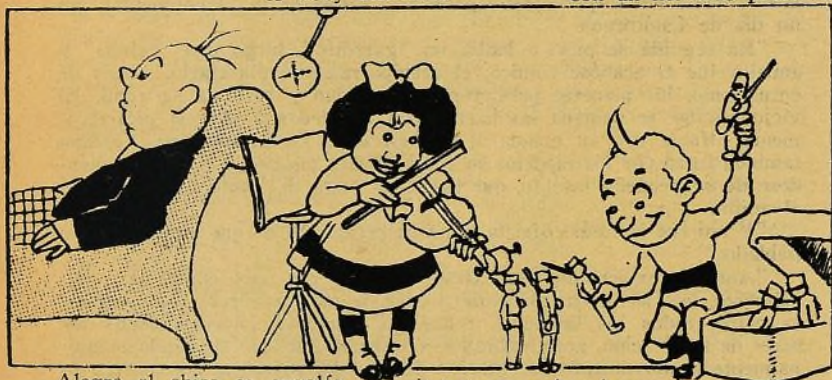
CAROLÍN



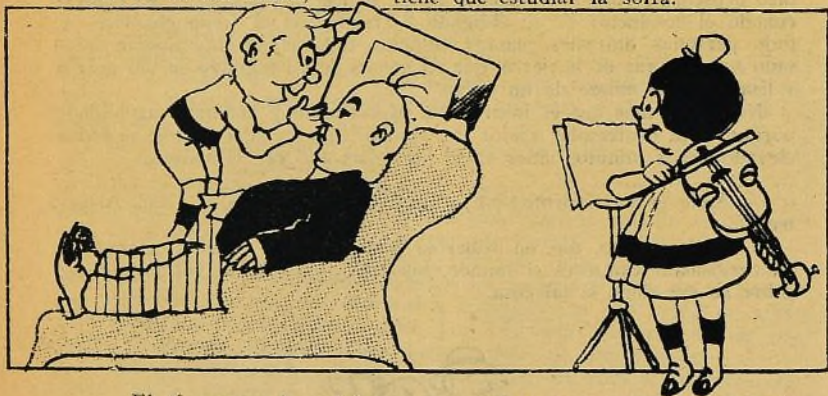
El violín misterioso



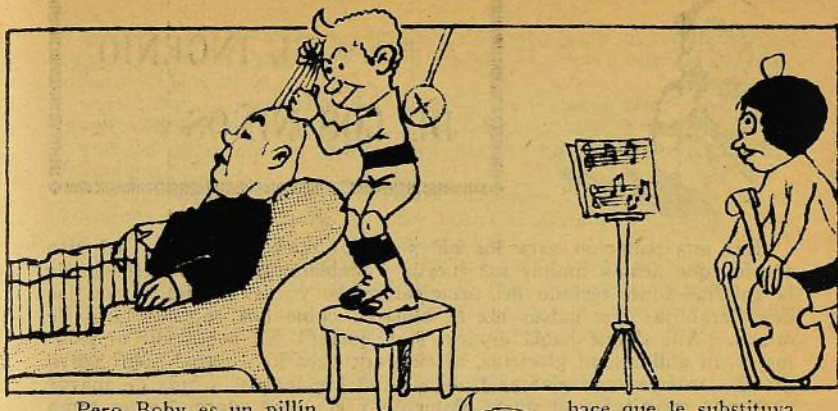
Por ser bueno y obediente y por su tío obsequiado
es Bobby felicitado con un hermoso presente.



Alegre el chico se engolfa en distracción tan bonita,
mientras su pobre hermanita tiene que estudiar la solfa.

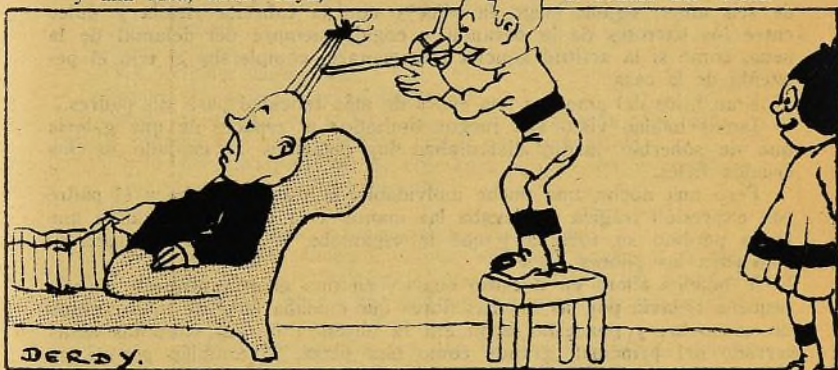


El tío es un bonachón quiere estar siempre presente
mas, como ejemplo prudente, mientras dura la lección.



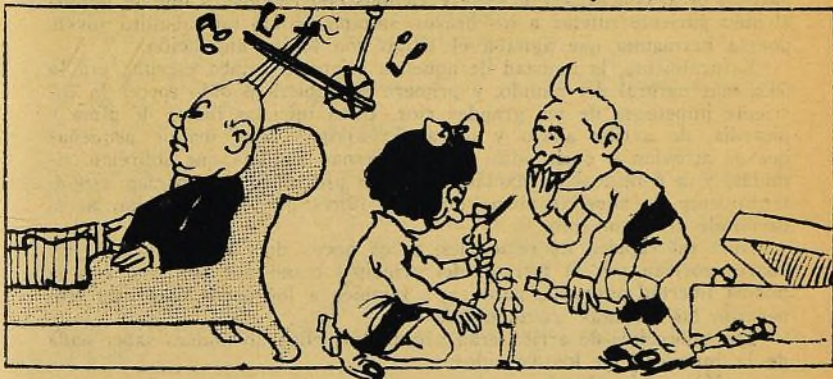
Pero Bobby es un pillín
y una idea, como suya,

hace que le substituya
el sonido del violín.



Ata al péndulo oscilante
el arco del instrumento,

y en aquel mismo momento
vibra sonoro y brillante.



Consiguiendo finalmente
Boby, con su picardía,

que en una suave armonía
pase el tiempo dulcemente.

— 47 —



* * * * EL INGENIO DE LOS NIÑOS * *

Era una tentación para los niños de los nuevos inquilinos del piso cuarto—que debían limitar sus juegos y diabladuras al poco espacio de la galería—aquel terrado del principal ancho y casi cuadrado, con las dos claraboyas que daban luz al almacén como dos enormes ojos de cristal. ¡Allí sí que había espacio para correr! No había allí ni palomares, ni gallinas, ni glorietas, ni rincones para los tiestos. Sólo cuatro grandes macetas con plantas tropicales en los ángulos y una de mayor en medio constituían el único obstáculo y el único adorno. Eran como unos diablillos prisioneros los de arriba. El mayor era un hombrecito de seis años; seguía luego la niña y con la cabecita rizada y dulce entre los barrotes de la baranda y cogido siempre del delantal de la nena, como si la actitud aquella le espantara, completaba el trío el pequeño de la casa.

Eran hijos del amor en una época de más felicidad para sus padres...

Jamás habían visto sus juegos limitados al espacio de una galería que de soberbio jardín disfrutaban los pequeños al cuidado de los criados fieles.

Pero una noche, una noche inolvidable, la madre lloraba y el padre con expresión trágica se llevaba las manos a la cabeza sollozando que había perdido su fortuna y que le espantaba la miseria, no para él sino para los pobres hijos.

Y hételes ahora en un piso cuarto, en una galería pequeña, y más pequeña todavía por las muchas flores que cuidaba la triste madre como un consuelo; y por esta razón era la obsesión de sus cabecitas aquel terrado del principal, grande como una plaza. Y también porque en él veían dos hermanitos—una niña delgadita y ágil, lindamente autoritaria y un muchacho pariente y bueno—que jugaban todo el día de una parte a otra, con aros y pelotas y riendas con cascabeles que se dejaba el niño pariente sujetar a los brazos, saltando como un caballito joven, por la hermanita que agitaba el látigo con lógica animación.

Naturalmente, la amistad de aquellas criaturas estaba escrita; era la cosa más natural del mundo, y primero se hubiera podido torcer la corriente impetuosa de los grandes ríos. Unas miradas llenas de alma y picardía, de arriba abajo y de abajo arriba; unas manos pequeñas que se atrevían a decir adiós y unas tiernas mejillas que sonreían, tímidas, y a continuación exclamaciones y preguntas que nacían espontáneamente de aquellas almas dulces y libres que no se habían acostumbrado al fingimiento.

Ante tal rapidez de relaciones, a los pocos días los niños del piso cuarto corrían por el terrado del principal como por su casa, con la misma libertad adorable, pero ¡ay!, también a los pocos días más empezaron las disputas irreductibles.

Los pobrecitos de arriba eran orgullosos: ellos no podían saber nada de la humildad de los vencidos.

—¡Mira qué pelota!

—¿Esta pelota? ¡Bien, qué! Nosotros teníamos una de mayor y más bonita. ¿Esto? Nosotros teníamos dos en el jardín.

La niña del principal se impacientaba ante tanta insolencia y obligaba al hermanito paciente y bueno a sentir la ofensa inferida a su dignidad de niños ricos.

Los otros—a excepción del pequeñín que comúnmente dejaban en casa—no deponían su actitud. Las palabras se hacían vivas y violentas, y acababa todo con un reñido para siempre que les encendía los ojos de indignación.

Al día siguiente volvían a hacerse amigos. Pero llegaron un día a amenazarse y la señora del piso principal decidió separarlos, puesto que no era posible la armonía entre ellos.

Dos días después de la ruptura empezó ya un punto de añoranza.

El niño del principal salió al terrado sigilosamente, obedeciendo una orden de la hermanita, y miró arriba. Los del piso cuarto se asomaban y las pequeñas caras, enérgicas en las discusiones, se volvían en la separación tristes y lacias.

Al fin salió también al terrado la niña, y para saludarlos levantó el brazo y movió con una prematura distinción de mujer los dedos correctos de su mano de muñeca.

Los amiguitos de arriba no esperaban otra cosa.

—¿No jugáis?

—No.

—No podemos bajar más.

—Mamá no quiere que os llamemos.

¡Cómo la sentían en el alma la cruel separación, los unos y los otros! Aquello era un desencanto, era el paraíso perdido.

Pero todavía una pregunta de esperanza bajó de arriba temblando.

—¿Jamás podremos jugar juntos?

—Jamás.

Se prolongó entonces un silencio de desolación.

—Oye,—dijo inopinadamente el niño del piso cuarto a su amiguita, la niña delgadita y ágil lindamente autoritaria—Vosotros en el terrado y nosotros desde aquí abajo, ¿no podríamos jugar a alguna cosa?

—¡...!

—¿No?—volvió a preguntar con una insistencia triste que invitaba a aguzar el ingenio. Calló la nena. Con un esfuerzo de toda su personita esbelta movió las espalditas débiles y la cabeza gentil y dejó luego vagar la mirada penetrante por aquel cielo de tarde, rojizo, que levantaba un incendio sobre las casas de enfrente.

Pronto rompió a gritar, batiendo palmas:

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!...

—¡Di! ¡Di a qué!...—gritaban a un tiempo las vocecitas alegres de los condenados de arriba.

—Podemos jugar a procesiones.

—¿Cómo?

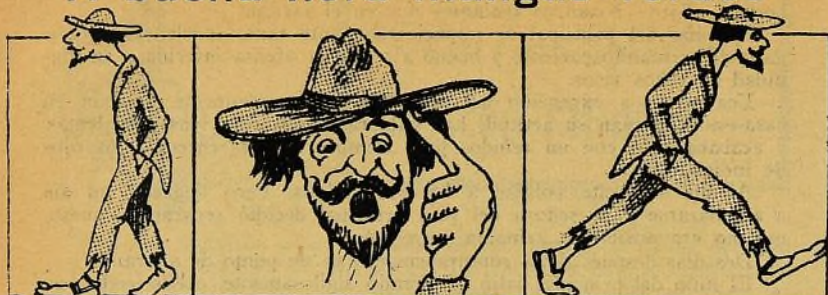
—Nosotros haremos aquí abajo la procesión y vosotros desde ahí arriba en la galería nos podéis echar flores y confetti.

Y el hermanito obediente, con una escoba de la que colgaba un gran periódico, como si fuera el pendonista, y la niña siguiéndole ahuecando la voz con una seriedad adorable, iban dando vueltas por el terrado.

Y los niños del piso cuarto les echaban papeles y flores y risas y besos, excitados alegremente con el triunfo del ingenio de su linda amiguita.

R.

A buena hora mangas verdes

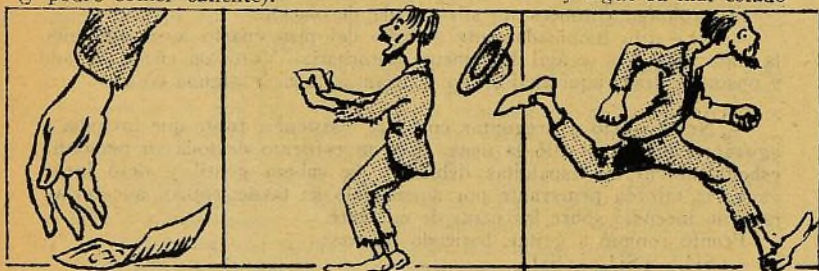


Por la calle anda este tío Como el trance le es muy Y busca con gran porfía
muerto de hambre y de frío duro quiere salir del apuro a los de la policía



-¡ Prendedme, que estoy demente!
(y podré comer caliente).

Pero no ha sido escuchado
y sigue su mal estado



De pronto encuentra un papel Ve que es del Banco un billete Echa a correr en seguida
en el suelo y junto a él. y se emociona el pobrete. en busca de una comida.



En una fonda se atraca
v el vientre de penas saca.

Mas el camarero dice
—“¡ Mil claudias un infelice!

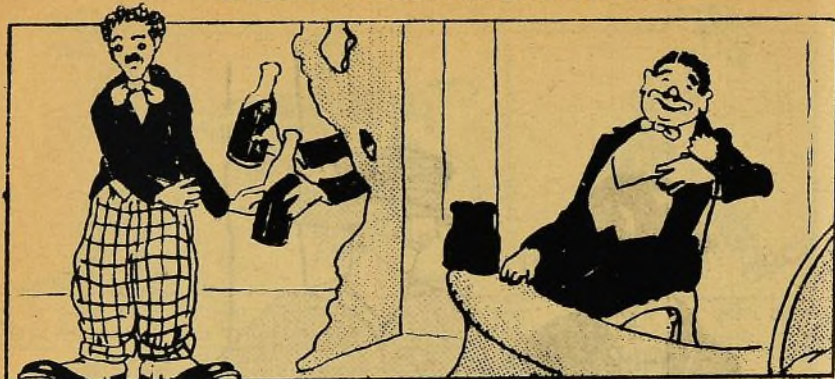
Y cuando ya era dichoso,
va preso por sospechoso.



—... Y no estando segura de la calidad de los medicamentos, el médico me
 ece tó un emplasto de miga de pan.

—Pero... ya estás segura de la calidad del pan.

Una distracción



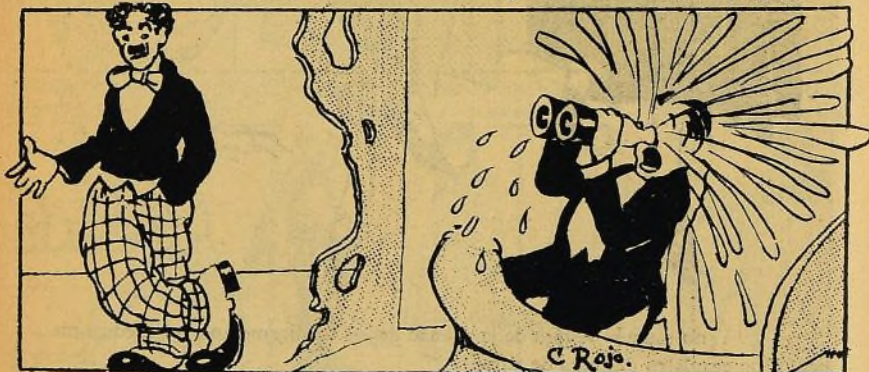
En el teatro le dan
dos botellas de champán.

En tanto, está haciendo el oso
en un palco este gomoso.



Y Charlot que es muy guasón
hace una combinación.

El otro esá distraído
y en el cambio no ha caído.



Charlot se queda por ver
lo que allí va a suceder.

—¡Caracoles y que extraño!
¿Son anteojos de baño?

— 52 —

Haz bien, pero mira a quien



1. Viajaba en un tren expreso Charlot y un señor obeso.



2. Al llegar a una estación bajó el gordo del vagón.



3. El tren ya había pitado y aun no había regresado.



4. Quedó el gordo en el andén y el equipaje en el tren.

(Continúa en la página 56)

— 53 —

EL VELADOR DE CAFÉ

—¡Mozo!

—¿Qué desea?

—Un doble de cerveza.

—Voy al momento.

A los breves instantes tenía Charlot lo pedido, que iba absorbiendo, sentado en un velador de café.

Era el Bar Retina uno de los más conocidos y concurridos de la capital, pero cuando se sentó Charlot, estaban desiertos los varios veladores que en la acera tenía el dueño, usando de su derecho, obstruyendo el paso de los transeuntes obligándoles con tal derecho a torcer el suyo y pasar por el arroyo.

El silencio de la noche convidaba a la meditación y lo bochornosa de la temperatura convidaba también a una placidez soñolienta.

En tales condiciones disponíase Charlot a meditar y a dormir, cuando oyó cierta conversación que le distrajo y preocupó, pues no podía conocer de dónde venía, hasta que por fin vió con la natural extrañeza, que los que hablaban era su velador con el velador vecino.

—¿Qué tal, amigo?—le decía—¿cómo has pasado el día?

—Sin descansar un momento. El primero ha sido el barrendero que, según costumbre de todas las mañanas, se ha puesto a almorzar, perfumándose de esencia de basura.

—También la sentí yo.

—Luego se ha sentado un estudiante que ha pedido papel y tinta para escribir una carta.

—Alguna misiva amorosa.

—Ca, no, según he podido comprender por el cosquilleo que me hacía en el mármol con sus rasgos de escritura, era una carta para sus padres pidiéndoles dinero.

Después ha venido un caballero que ha consumido medio vermuth sin aceitunas, y dos botellas de agua de Seltz. Ha leído los diarios de la casa, desde el título al pie de imprenta, y cuan ha visto que era hora de comer ha pagado y se ha largado.

—Era aquel que daba en pago un duro sevillano.

—El mismo y que aún me duele la cabeza de tanto saltar la moneda para comprobar el sonido. Menos mal que me han distraído un poco la Peña de dependientes que vienen a tomar café todos los días. Con sus discusiones de los asuntos de actualidad hay para partirse de risa, pero yo me aguanto, pues calcula tú, si me partiera, donde iría a parar todo el servicio que con resignación sostengo.

—A trizar.

—Pero lo más notable ha sido el terceto de esta tarde.

—Que por cierto tocaban bastante bien.

—No me refiero a los músicos, sino al joven aquel que acompañaba a su novia y a su mamá.

—Ah, sí, ya los recuerdo.

—El compromiso que le metía su futura suegra con su continuado pedir consumaciones, yo lo miraba compasivamente, como, con gran disimulo, introducía las manos en los bolsillos del chaleco echando cálculos de su "stok" monetario con el importe del gasto. Eso me aliviaba algo de los sufrimientos que me causaban pisándome, pues todo el rato estuvieron los dos jóvenes dale que dale con los pies, sin tener en cuenta mis férreas patas.

—Nuestra misión en este mundo es muy digna de compasión,

—Cuánto envidio yo el fin trágico de mi hermana.

—¿Qué fin tuvo?

—Pues en la casa donde prestaba sus servicios, se armó una bronca tan fenomenal que volando sillas, botellas y demás utensilios, como en concurso de aviación, destrozáronla de tal modo que no hubo otra solución que darle el retiro y ahora sus patas sirven de palanganero y los fragmentos de mármol están colocados en muy buenos empleos.

—Eso sí que es suerte.

—Por lo menos no tienen que aguantar las inclemencias del tiempo y de los parroquianos. Ahora mismo de buena gana mandaría a paseo a este que está medio dormido y que me quita el descanso hasta que vengan el sereno y el vigilante, que me ponen al corriente de todos los líos de la vecindad.

—Sí no duermes; nos está escuchando.

—Curioso. Hasta después, amiga.

Charlot da una palmada que es contestada con un ¡voy! del camarero y a lo lejos, por otro del vigilante, pero sólo comparece el primero.

—Cobre—dice Charlot, dándole una moneda de plata.

El camarero se la mira con detención, no sé si para convencerse de si es cobre o plata, o para ver si efectivamente es plata de ley.

Le devuelve el cambio, circula una propina y Charlot se marcha a su casa pareciéndole oír que el velador decía:

—Adiós, tú. ¡Por fin solas!

FR. CEBOLLA

AL MUNDO

Ríe carátula inmensa
sumida en profunda ironía;
ríe la mi dicha rota
en un acto de cruel paganía.
Impulsóme Amor en su senda,
y extasiado en su bella sonrisa
manché un honor, rasgué una honra
y ceñíme corona de espinas.
Humillado y vencido, impotente,
incliné aquella frente mía
que procaz se erguía orgullosa;
que procaz miró siempre altiva.
Y troqué en llanto angustioso
de su boca la tan pura rima
ahogando el pudor en vergüenza
y anulando, voraz, una vida.
La quiero aun cuando sea impura;
mi cariño rebasa ignominias
que nacieron al calor ardiente
cuando a mí rendíose sumisa.
El orde señala inclemente
una hora por siempre perdida.

Mas no.

Ríe carátula inmensa
sumida en profunda ironía.
La quiero; me ama. Vergüenza
unió para siempre dos vidas.

FERMIN GUTIÉRREZ MURO

A UNA FEA

Dicen que es oro tu cabello 12
y tus dientes perlas orientales,
que tu pie es un capullo bello
y que tienes por labios dos corales.

Dicen que cuando a alguien miras
con tus bellos ojos de gacela,
le subyugas... ¡eso son mentiras!
¡Qué se las cuenten a tu abuela!

Dicen que tu alegre risa
abre tus labios de rosa,
y en tu boca se divisa,
tu dentadura preciosa.

¡Qué ganas de fastidiar,
con decirte esas sandeces!
¡Y te deben ya cansar
el oír las tantas veces!

No te quiero entristecer,
pero te quiero avisar,
que es prudente precaver
y es inútil lamentar.

No llores ni te enfades,
pues te pones fea si suspiras.
Bien dicen que las verdades
amargan, no como la mentiras.

Amargan, dijo cierto poeta,
recuerdo que cuando yo era chico,
todos me decían:—¡Ay, qué rico!
Y nunca tuve una peseta!...

PORTHOS

Haz bien, pero mira a quien



5. Mas Charlot, por compasión, se lo dejó en la estación.



6. Mientras esto sucedía el gordo quehacer tenía.



7. Y ¡claro! cuando acabó, a su coche regresó.



8. Aquí termina el sainete y el drama la pata mete.

Mi vecina

Vive en mi vecindad una muchacha
que ha ganado un concurso de fox-trot,
que habla el chino, el latín y el esperanto
y que tiene una voz de ruiñeñor.

Sabe tirar al blanco; y el florete
lo maneja con suma habilidad,
y ella misma es el *chófer* de un hermoso
automóvil que tiene su papá.

Juega al tennis, al golf y a los patines
y hasta domina el arte de remar;
monta a caballo prodigiosamente
y hasta sabe guiar un side-cars.

Hace prodigios cuando toca el piano,
la pianola, el armónium o el violín,
se pinta hondas ojeras pasionales
y se hermosea el rostro con carmín.

Ha tenido un sinnúmero de novios
y con todos monea sin cesar...
con el del turno se enfadó ayer tarde
y hoy le toca a un aguerrido militar.

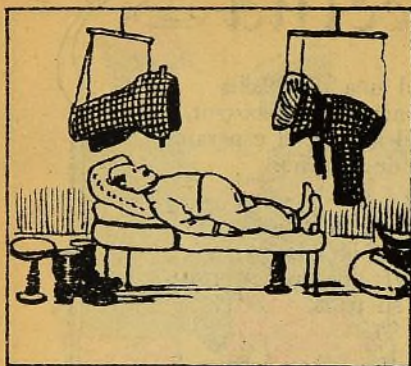
Padece el feo vicio de hacer versos,
de cantar a la luna, de fumar;
dice que es neurasténica y a veces,
sin saberlo porqué, rompe a llorar.

Por las tardes se pone en los balcones
de su hermoso y florido camarín
y contemplando al sol que languidece
va matando las horas de su splín.

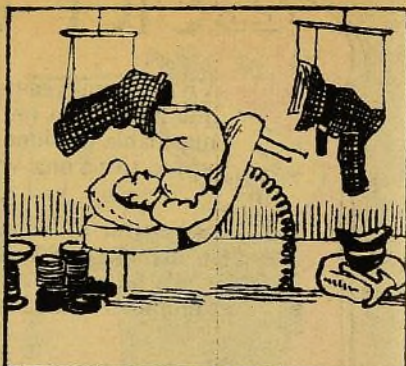
Y se cansa mi musa. Ya es bastante
lo que acabo, lectores, de contar,
Y como fin diré que esa muchacha
¡no sabe ni barrer ni remendar!

PASCUAL MARTÍNEZ SURROCA

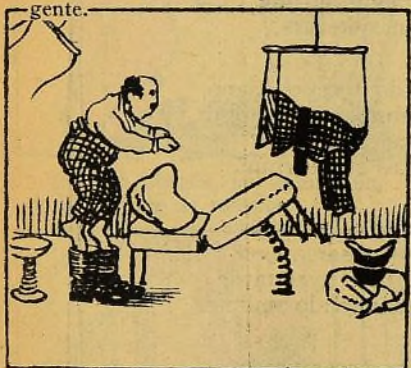
El tiempo es oro



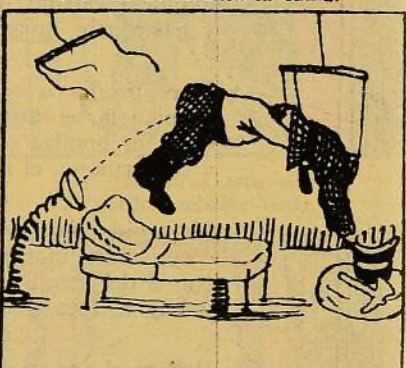
Timoteo; aunque siempre está durmiendo no por eso deja de ser diligente.



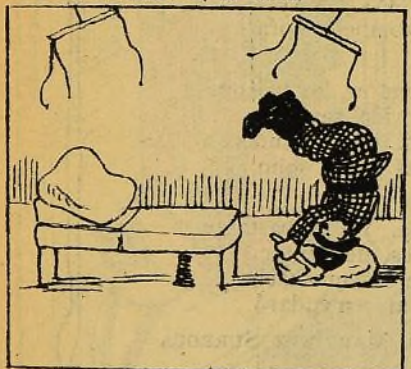
Si le avisan que hay un incendio el timbre mismo levanta la cama.



Y ya puestos los pantalones, gracias a un mecanismo, se calza.



Después, otro resorte, lo lanza como dentro de la chaqueta.



Y además, al caer se pone el casco de una manera singular.



Enviado por
Tomás Sánchez

Terminando por salir disparado hacia el lugar del incendio, pues él dice que el tiempo es oro.

La fuerza de la costumbre

El tío *Calabaza*, un hombre de fuerte corpulencia y más bruto que un cerrojo (dicho sea con perdón del célebre dibujante), pero con tanta y tan buena voluntad como poco talento, va arreando a su pobre y débil borrico que sube por una cuesta que le *cuesta* mucho trabajo subir, con una carga tan pesada, que no se *hace cargo*—cosa muy natural en los burros,—que el tío *Calabaza* va cantando una copla que enteramente parece cardíaca:

¡Ay, ay, ayayayay...!

¡Ay, ay, ayayayay...!

Al mismo tiempo, no cesa de gritar:

—¡Arre, burro!

Mas, la fuerza del jumento es insuficiente para arrastrar la pesada carga y el tío *Calabaza* se desgaña los pulmones cantando y chillando:

“Tengo que *icirte* una cosa,
que no la querrás creer;
que *tiés* la cara más sucia
¡que la planta de los pies!”

—¡Arree, burro! ¡Recontrafresa, y que burro *más animal*!

Convencido al fin, que todos cuantos esfuerzos haga para *mover* al asno que todavía no ha subido ni dos palmos de la empinada cuesta, el tío *Calabaza* quita los aparejos, le saca de entre las varas del carro lleno de melones y después de darle una soberana paliza con una vara de fresno le ata por el ronzal detrás del carro.

Luego el tío *Calabaza*, se mete en lugar del burro, entre las varas y sudando la gota gorda y pronunciando un *selecto* vocabulario de “palabras finas”, comienza a tirar del carro cuesta arriba; pero, como la costumbre de gritar es muy grande, aún continúa chillando:

—¡Arreee, burro...!

PORTHOS



EL TRÓPICO



Disputaban mano a mano
si la octava maravilla
era la Habana o Sevilla,
un andaluz y un cubano.

Ponderando su fortuna,
con verbosidad que aterra,
cada cual puso a su tierra
por los cuernos de la luna.

El cubano, adicto a Baco,
se rindió a la manzanilla;
el andaluz dió a Sevilla
primacía ¡hasta en tabaco!

Y por fin, a medios pelos,
sin cansarse los malditos,
establecieron a gritos,
deliciosos paralelos.

Entre el jaleo y el tango,

y la barbiana y la niña,
y la naranja y la piña,
y el melocotón y el mango.

—¡Si a frutas nadie nos gana!

—¡Que ze caye osté, so guasa!...

—Pero ¿no mira que pasa
el Trópico por la Habana?

—Dise osté que pasa, ¿quién?

¡Ah! que pasa el... pues el... ¡eso!

¡Ay, camará! ¡dió osté en güeso!

¡Y por Zeviya también!

—¿Qué me dise? ¿Está soñando?

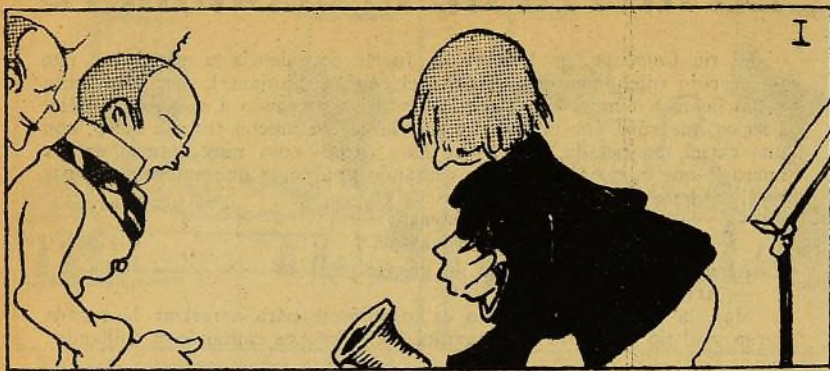
—¡Que si pasa, qué porfias!

No diré todos los días...

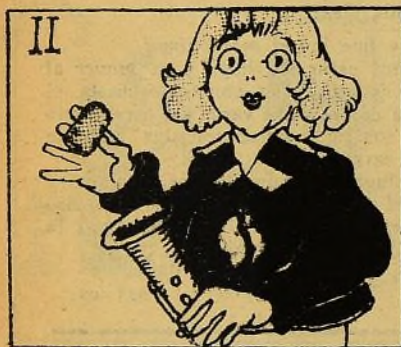
pero... asin... ¡de vez en cuando!

JOSÉ CAMPORREDONDO

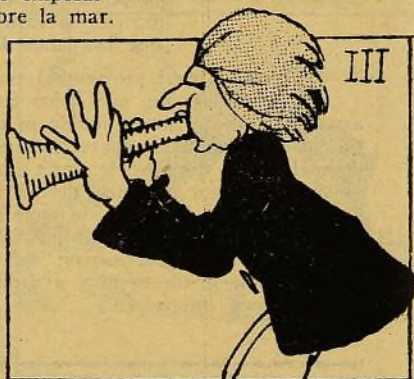
Manolín y el clarinete



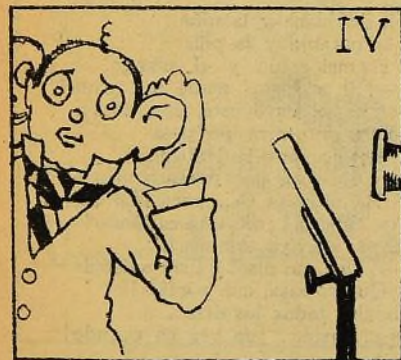
I
El concierto al empezar
saluda el hombre la mar.



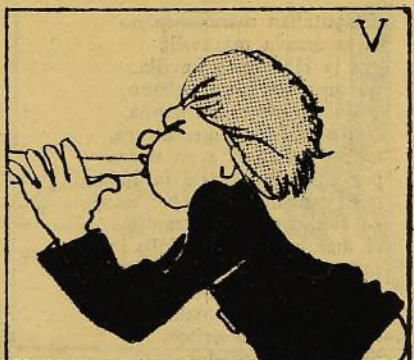
II
Manolín un corcho mete
dentro un claro clarinete.



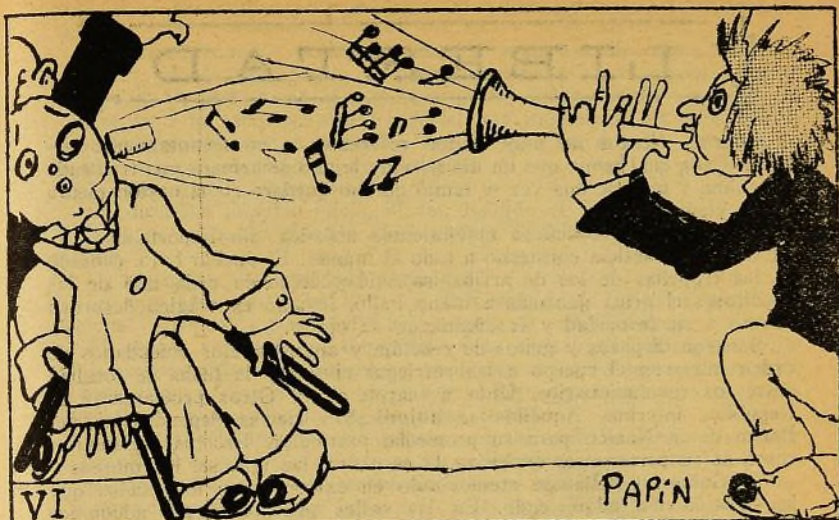
III
Y ciertamente con pena
nota el hombre que no suena.



IV
Y aunque el público está atento
no oye en nada al instrumento.

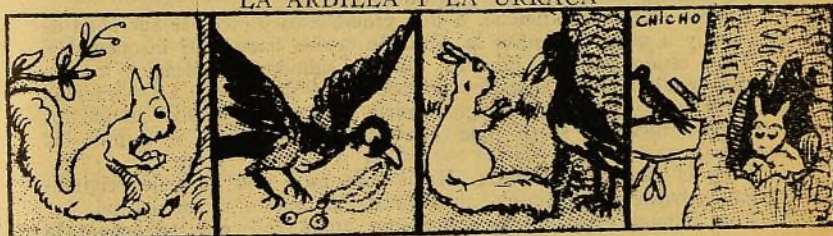


V
Y soplando con vehemencia
se le acaba la paciencia.



Desatáscalo por fin
y así concluye el festín.

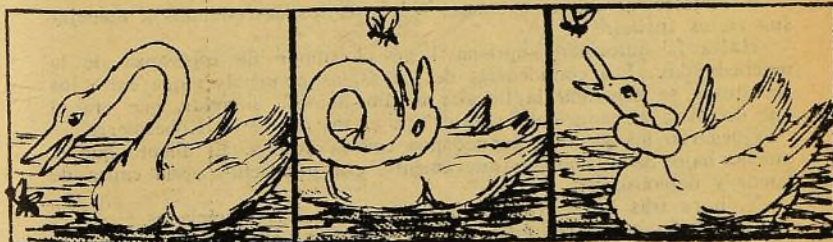
LA ARDILLA Y LA URRACA



1. Recogía una ardilla las bellotas que encontraba al pie de una encina... 2. Mientras una avariciosa urraca iba amontonando los objetos relucientes que pillaba.

3. Llegó la época de escasez y atormentada por el hambre, recurrió a la ardilla... 4. La cual le contestó: —Haber procurado para la despena, pues no es la riqueza la que da la felicidad.

VAYA UN NUDO



—¡ Un bichito!

—¡ Y no se espanta!

—¡ Se me anudó la garganta!

— 61 —

LIBERTAD

Corrían vientos no muy santos referentes a un levantamiento general. Cada cual temía que un día no muy lejano se armara una tremenda tremolina y más de una vez se temió que no quedara en la nación piedra sobre piedra.

Pero todo se reducía a movimientos aislados, sin importancia.

Un día la noticia consternó a todo el mundo. El pueblo bajo, cansado de las tropelías de los de arriba, se unió y cogiendo cada uno de los revoltosos el arma que más a mano halló, invadió en trágico desorden cuanto a su ferocidad y ensañamiento se opuso.

Sonaron disparos y gritos de rebeldía y angustia. Los ciudadanos de orden hurtaron el cuerpo a las refriegas civiles y la lucha se localizó entre los revolucionarios. Unos evocaron el 93. Otros proclamaron la República interina. Aquéllos se adjudicaban ciertas dependencias del Banco de la Nación para su propiedad particular. Esotros reclamaron como de su pertenencia exclusiva la escuadra, las iglesias, los museos...

El Gobierno hallábase atemorizado en extremo con los vuelos que la cuestión iba adquiriendo. En las calles principales los adoquines habían sido quitados de su lugar para construir enormes barricadas, a cuya protección los sublevados ponían en grave aprieto a las tropas leales.

Se pensaba hacer uso de la guillotina.

La cosa trascendió mucho. Y días y días unos y otros se zurraban de lo lindo y a unos y a otros la situación se les hacía casi insoportable.

Todo estaba parado; fábricas, talleres, sumidos en silencio; los comercios y almacenes saqueados no podían ya dar de sí. La voracidad de la plebe no previó que luego llegaría el hambre. Y sólo cuando los estómagos hicieron sentir que estaban desalquilados, se impuso la reacción.

Pero el pueblo no cedería. Había empezado una obra de reivindicación y hasta concluir la no abandonaría su puesto ni su actitud.

Los ánimos decaían. El entusiasmo aquel con que se acogió la causa de redención para el oprimido se iba poco a poco apagando. Y sonaron gritos de descontento.

Además las tropas no tiraban con corcho, y la masa revolucionaria contaba con no pocos muertos y heridos.

La situación era el caos...

Una noticia conmovió a la multitud. La directiva de aquel movimiento aseguraba que, si durante tres días más, el pueblo se sostenía firme, la victoria era suya.

Y fortalecidos con la promesa, volvieron los descontentos a manejar sus viejos fusiles.

Hasta la autoridad suprema llegó el rumor de esperanza de la muchedumbre. Las confidencias de los espías anunciaban que entre los revoltosos se esperaba la llegada de un hombre singular, que era el que decidiría el sangriento pleito. Era el tal un nuevo Robespierre.

Quedaron los grandes anonadados con la noticia. El aliento que el pueblo bajo había cobrado nuevamente, era para ellos sería causa de temor y desconsuelo.

Y, hora tras hora, transcurrieron los tres días anunciados.

La nación entera se puso a la expectativa. Unos, por conocer al hombre aquel que habría de guiarles al triunfo sobre el opresor; otros,

por ver el desarrollo fatal de los sucesos que habían de constituir su ruina.

Los únicos que se hallaban perplejos eran los directores del movimiento. Habían prometido al pueblo presentar a un hombre que le salvara, y ese hombre no aparecía por parte alguna. Hasta que...

Frente a la mansión real avanzaba una imponente ola humana. A la cabeza y agitando sus brazos, era llevado en marcha triunfal un hombre de cara bobalicona que gritaba:

¡Comunismo! ¡Anarquismo!

La directiva popular había, al fin, hallado el hombre que buscaba. Y éste era un beodo que, sin darse cuenta de lo que hacía, seguía gritando:

—¡Amistad! ¡Fraternidad! ¡Igualdad!

La manifestación llegó ante los balcones de la primera autoridad nacional. Asomados estaba el Rey, rodeado de sus ministros.

El pueblo, iracundo y sintiendo ya la satisfacción de la victoria, había exigido, casi a la fuerza, que salieran a los balcones. Y salieron y, temerosos, aprestáronse a presenciar el acto aquel, de cuyo resultado dependía la seguridad de tan augustas testas.

El apóstol-cuba hizo un movimiento con objeto de no caerse y guardar el equilibrio, que todo el mundo creyó pedía silencio para que le oyese.

El infeliz salvador iba serenándose ya y veía absorto todo aquello. Pronto comprendió lo que le sucedía, pues cosa de sueño no podía ser, y entre emocionado y temeroso aprestóse a desempeñar su papel.

En la amplia plaza abarrotada de gentes patibularias que asían armas de todos los calibres, se podía oír crecer el musgo.

El hombre extraordinario creyó llegada la hora de demostrar sus arrestos y mirando fijamente a su Rey y señor, quien a su vez le contemplaba atemorizado y convulso, dudó si empezar dando un viva a la Libertad o a la Revolución.

La duda, el vino, la emoción influyeron a la vez y armándose el mayor galimatías que suponerse puede, abrió la boca y con una voz que hizo temblar a los circunstantes, dijo:

—¡Viva... la Pepa!—y se quedó tan satisfecho, mirando al pueblo con aire de triunfo.

FERMÍN GUTIÉRREZ MUÑO



—Si su marido nos sorprendiera conversando, me provocaría a un desafío.

—¡Cal! ¡No señor!... ¡Mi marido sabe respetar a los ancianos!...

DON PÍTIMA

Es Don *Pítima* persona
de fama tan renombrada
que cuando pilla una *mona*
toda la gente pregona
su graciosa *charlotada*.

Y aunque otros ven con respeto
que es grave su enfermedad,
yo opino que este sujeto
ha perdido por completo
el centro de gravedad.

Casi estuvo en la agonía
por beber en clara fuente
agua fría, cierto día:



Hoy ya no bebe agua fría,
se pasa con *aguardiente*.

Como bebe no se inquieta
ni por trabajar se afana;
es su dicha tan completa
que si una peseta gana
pronto *cambia la peseta*.

Es pescador, y es un tío
más sagaz que una lechuza
pues ya en el mar, ya en el río
se pesca cada *merluza*
de padre y muy señor mío.

Habla el griego y el latín
con tal perfección que al fin
no hay nadie que lo comprenda
y es fama que su magín
tiene una *chispa* tremenda.

Cuando llueve no se mueve
de las torrenciales aguas
y a resistirlas se atreve
¡Tiene razón! cuando *llueve*
no necesita paraguas.

Con un pie sobre otro pie
trazando curvas allá
marcha el hombre tan a fe
que no va por donde ve
y no ve por donde va.

Pero juzga un desatino
que las calles donde pasa
vayan corriendo sin tino
y aunque no vino su casa
a él le parece que *vino*.

Y dice que le alborota
una bota porque nota
que al andar da tropezón;
y si cae ¡Tiene razón!
es por culpa de la *bota*.

Hasta en su casa hay que ver;
al ir a la cama, llama
y le dice a su mujer
que ate los pies de la cama
no vaya a echar a correr.

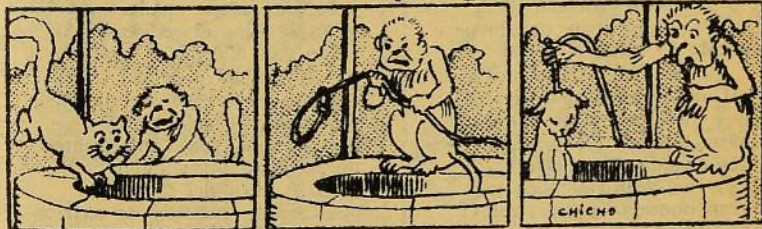
Ya el sueño le va rindiendo
y ronca como un piporro
que mete un ruido tremendo;
y sueña que está bebiendo
de un botijo el fino chorro.

Para el viñedo se espera
un remedio singular
que cuando el *Pítima* muera
ya se puede asegurar
que se fué la *filoxera*.

Joaquín de Arteche.



El mono y el gato



1. Corriendo y saltando un gato
cayó a un pozo al poco rato. 2. Al
ver que el gato se hundía, un
mono así le decía:

3. —Atate esta cuerda al cuello
porque va tu vida en ello. 4. Mas
tan malo fué el consejo que sólo
salvó al pellejo.

DIÁLOGO DE PATIO

—¡Doña Paca! ¡Doña Paca!

—¿Quién me llama?

—Yo, Consuelo.

¿Tendría por un casual perejil?

—Voy al momento

¿tendrá suficiente así?

—Sí, señora; ya lo creo.

—Tenga pues, alargue el brazo no se caiga al entresuelo pues no tendría razón el muy truán del tendero, que las subsistencias suben, y él las rebaja de peso mientras sin mirar la tasa y bajo cualquier concepto, lo cuenta todo más caro.

—No me hable V. de eso.

Antes mi marido y yo, íbamos muy satisfechos todos los días festivos al teatro, y cuando el tiempo lo permitía salíamos al campo a tomar el fresco comiendo opíparamente en la fonda o merenderos: ahora vamos y ¡gracias! a darnos algún paseo por el muelle, y nuestro gasto, no pasa de los diez céntimos de cacahuetes y chufas que alargan y da alimento. Si llueve, vamos al cine para no mojarnos

—Esto

Si no pasa lo que a mí

—¿Qué le pasó?

—Mi Silverio quiso obsequiarme una tarde viendo a "Charlot".

—Buen obsequio.

—Con las luces apagadas nos costó encontrar asiento hasta que por fin vi uno desocupado y me siento, sí, y me siento al poco rato gran humedad y era ¡cielos! que algún nene chiquitín había allí...

—Ya comprendo.

—Mi fino y nuevo vestido

quedóseme como nuevo y no para aquí el conflicto lo peor es que no encuentro bencina para la mancha que luce como recuerdo.

—Ay ¡Doña Paca! Los niños son distintos de otros tiempos.

Antes éramos más dóciles, hoy son la mar de traviesos, hasta parece que tengan más desarrollo en los sesos y a los pocos años saben tanto o más que su maestro.

Mire lo que me sucede con mi hijo ¡qué talento! No ha cumplido los seis años y suma y resta corriendo.

—Pues el mío es más precoz tiene dos años y medio y no obstante multiplica y divide al mismo tiempo con el trompo, los ladrillos con la pelota, el espejo, cristales, botellas, platos, y una escultura de yeso que figuraba un payaso, un recuerdo de mi suegro que puesto encima la cómoda producía buen efecto.

—¿Su suegro?

No, la escultura

—Estuve un mes si le pego o no le pego...

—¿A su hijo?

—La nariz que cayó al suelo pues el pobre sin nariz estaba la mar de feo, pero por fin me apañé, y no se nota el remiendo. ¿Qué dan ahora?

—Las doce.

—Jesús, cómo corre el tiempo y aun vamos adelantado de una hora, ¡vaya un cuento! no le quepa duda alguna; todo es obra del gobierno pues siendo cuestión de cuartos...

—¡Voy! Me llaman.

—Hasta luego.

Paco V.

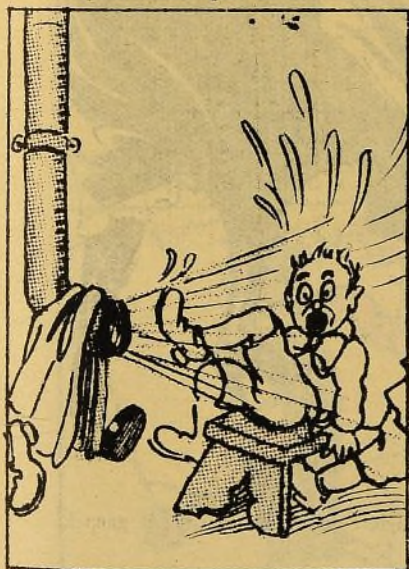
El retrato



Son Periquillo y Antonio
más traviesos que el demonio.



—Veréis en que poco rato
os hago vuestro retrato.



—¡Una! ¡dos! ¡tres! ¡agua va!
¡Socorro! ¡papá! ¡mamá!



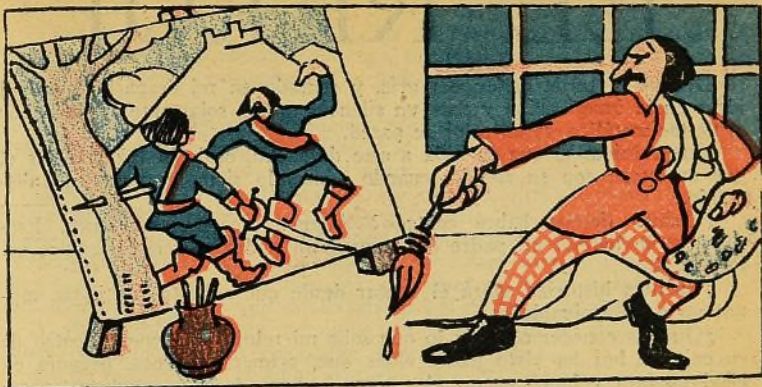
Y... que cuenten a su tía
lo de la fotografía.

ENTRE ELLAS

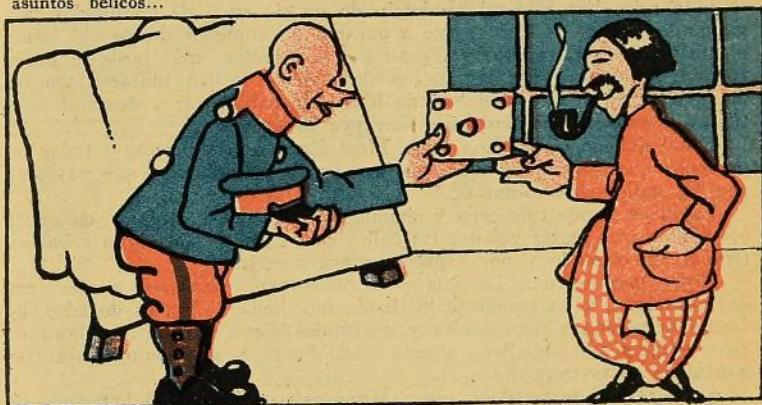


— ¡Pobre papá de Enrique!... ¡si supiera que el dinero que él gana lo he de gozar yo!...

Cebollino pinta...



1. El insigne pintor "Cebollino" pintaba con tanta verdad toda clase de asuntos bélicos...



2. ...que el Gobierno le encargó fijar en el lienzo para edificación de las generaciones futuras la carga de Alfonso XII en Taxdirt.



3. Valiéndose de su maña y gran paciencia intentó pasarse sin modelos "de verdad" que le costaban caros...

(Continúa en la página 72)

— 69 —

EL RELOJ

Declina la tarde de un día gris, y sentado en mi despacho con mil ideas en la imaginación y ante un silencio grave, solamente turbado por el tic-tac metálico de mi reloj de pared.

Este reloj es el que da vida a este despacho, casi sin luz, y él es el que me atrae con su sonido, cuando pensando siempre me quedo abstraído.

¿Cuánto tiempo habrá contado? Algunas veces monologeo. Este reloj ya lo heredó mi padre del suyo y mi padre dice que siempre así lo conoció.

¿Cuántas historias sabrá él contar desde que empezó su tic-tac monótono e interminable?

¿Queréis conocer algo de lo que sabe mi reloj? Prisionero dentro de su caja de boj ha visto pasar vidas que, primero jóvenes, después en edad madura y luego encorvadas como espigas de trigo maduras, pasaron ante él como fantasmas y se extinguieron más tarde.

Este reloj heredólo mi bisabuelo de un tío suyo de apolillados pergaminos y rancia nobleza y fué a parar a un comedor donde vió largamente yantares exquisitos y digestiones sofocantes; más tarde le pusieron en una sala donde las noches de invierno solían juntarse señores de luengos años, que hablaban de libros de caballerías y desafíos políticos... También vió él desafiarse... ¡ya lo creo!

Erase una noche de luna llena. Mostrábase ésta sonriente a todas las personas que dormían y daba un beso en la frente a las que paseaban por las callejuelas solitarias.

Fuera en tiempos de capa y chambergo, de espada y honor, cuando a los amaneceres grises veíanse las calles casi siempre con algún caballero tendido en el suelo y por espada certera muerto.

Erase una noche... La sala tenía una reja y estaba a una casa de infanzones, y en aquella casa, había una bella de bucles dorados, de frente despejada y ojos azules y profundos como un lago; su boca de ricos pétalos aún caballero alguno pudo besar, y su aliento tenía fragancia de rosas exquisitas.

Sería al filo de las doce, pues así marcaba mi viejo reloj, cuando de la esquina más cercana apareció un caballero envuelto en su capa y calado su sombrero de anchas alas hasta los ojos. Picó con los nudillos de la diestra en la reja de la mansión infanzona y a poco habiéndose la ventana con rechinar alegre y coquetón y una voz cristalina se dejó oír en medio del silencio de la noche. Erase la cuitada que iba hacer gala a su galán...

No bien pasó un cuarto de hora cuando por la esquina opuesta apareció otro embozado. Paróse al ver que había caballero nocturno y cortador, engañando a su dama y fuese derecho hacia el comprometedor de honras.

Cuenta el reloj, que hubo disputa, que sonó una bofetada y que se cerró la ventana con estrépito y que la luna hizo brillar dos espadas con filos de Toledo templados a conciencia, también los vió mi reloj que tembló dentro de su caja de boj y oyó sonar los filos con canto fúnebre.

Lanzábanse estocadas maestras que eran paradas por ambos con gran facilidad, pero el último caballero era más maestro en el arte de esgrima pues paróle cuatro que pusieron en peligro su pecho de roble y dirigióle una a su adversario que fué a hundirse en el costado izquierdo

para exterminar una vida. Cayó el caballero y oyóse un grito de mujer salido de una garganta de cristal y presto el caballero vencedor huyó sin dejar rastro de sí.

Vino la ronda con faroles y lanzas en riestra y no vieron nada más que un cadáver. Cubriéronle con una manta y por todas las bocacalles corrieron a ver si encontraban al violador de la orden de desafíos... ¡No le encontraron!

Deliberaron largo rato y marcháronse luego. La luna se ocultó como cubriéndose de luto y mi reloj dejó oír un canto funeral. El sabe quién fué el matador pero no lo quiso decir...

Sabe cosas alegres y tristes. El vió caer de ojos de mujer lágrimas que eran perlas; él oyó risas argentinas llenas de pureza y castidad y también oyó musiquero de palabras que enamorados en completo idilio se dirigían, mutuamente, palabras que no daban tiempo a salir de una boca para ir a otra... También oyó promesas de amor eterno y la música inefable de besos que estallaron en labios llenos de fiebre amorosa.

Y sigue con su tic-tac monótono: él ya se cansa de vivir, pero tiene miedo de morir en un rincón de mugriendo desván.

Sigue midiendo el tiempo, precioso reloj, y cuéntame esas historias que sabes de tiempos allá, historias centenarias, historias bohemias, pues hoy ya no hay historias románticas que contar y la vida se hace más monótona.

A esto el reloj parece que acelera su tic-tac como protestando de su vida o riéndose de mi charla... y siguió con su tic-tac monótono e interminable...

PEDRO SANZ



MADRIGAL



Tus ojos son claros, serenos
como los del madrigal
de Cetina, inmortal,
claros, dulces y muy buenos;
tan buenos, dulces y claros,
que el alma te asoma en ellos,
— oh divinos ojos bellos,
cuánto os amo y he de amaros.—

Tus ojos son buenos, fieles;
tus ojos son resignados,
húmildes, enamorados,
risueños como vergeles.
Tus ojos son puros, claros
reflejos de un alma buena,
— por su mirada serena
cuánto os amo y he de amaros.—

Tus ojos son celestiales,
elocuentes en mujer
que sabe lo que es querer
con un cariño a raudales.

Tus ojos son limpios, claros,
veneros de caridad,
— por su celeste bondad
cuánto os amo y he de amaros.

F. SANTANO

Cebollino pinta...



4. ...pero ni con todo su saber lograba darles vida en la tela...



5. ...que logró desesperarse...



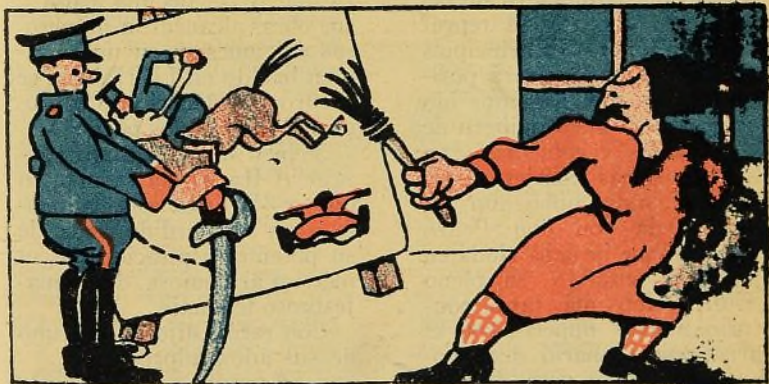
6. ...y llegar al paroxismo de la rabia y viendo la inutilidad de sus esfuerzos pensó en suicidarse, en suprimirse...



7. ...en todo menos en echar mano del calcetín en que guardaba sus ahorros. Ya apretaba el gatillo fatal de un trabuco que perteneció a Isabel la Católica cuando



8. ...Cebocino vió el cielo abierto de par en par. Su sobrino Papito acababa de ingresar en un Rgto. de Caballería y venía a ver a su tío para pedirle monedas.



9. Ante la ganga que se le ofrecía en figura de sobrino, aflojó Cebocino la plata y rogó a Papito que le sirviese de modelo lo cual redundaría en honor y provecho propio.

(Termina en la página 76)

— 73 —

Gertrudis Gómez de Avellaneda

"Tula", como familiarmente la llamaron sus contemporáneos, es una de las figuras más gloriosas de la poesía lírica española del siglo XIX. Hermosísima mujer, hija ejemplar, esposa excelente, buena y constante amiga, es según las autorizadas opiniones de don Juan Valera, de don Juan Nicasio Gallego y de Pastor Díaz, la más grande entre las poetisas de todos los tiempos, y uno de los escritores que más realzaron la majestad del habla castellana.

De familia cubana, nació en Puerto Príncipe (Camagüey), donde con el seudónimo de "La Peregrina" empezó a publicar, siendo todavía una niña, infinidad de versos que durante largos años vieron la luz en diarios y revistas.

Llegada hasta nuestra España su fama, se hicieron numerosas ediciones de sus poesías, que fueron prologadas por los más eminentes literatos de la época y se representaron (era esto a principios del siglo pasado: ¿será posible, Señor, que hayamos ido para atrás?) buen número de sus dramas y comedias, con los éxitos más lisonjeros.

Casó, muy niña aún, la Avellaneda con don Pedro Sabater, que la dejó viuda en plena juventud y en pleno triunfo; años más tarde contrajo nuevas nupcias con el aristócrata canario don Domingo Verdugo, pasando también por la pena de verle mo-



Gertrudis Gómez de Avellaneda.

rir a los pocos años de matrimonio.

Ha sido doña Gertrudis Gómez de Avellaneda una de las pocas mujeres que han llegado a verse glorificada por su arte sublime: fué apodada con epítetos tan bellos y halagüeños como la "Safo americana" y la "décima Musa"; sus obras alcanzaron numerosas ediciones, y en un certamen habido en La Habana se la coronó de laurel y se la proclamó reina de los poetas.

Y bien mereció tanto agasajo. A través del tiempo, su poesía—la lírica especialmente—no ha perdido nada de su potente inspiración, de su métrica armoniosa, de su majestuoso lenguaje.

Con razón dijo de ella uno de sus admiradores:

—¡Es mucho hombre, esta mujer!... LIGHT

SOFÍA CASANOVA

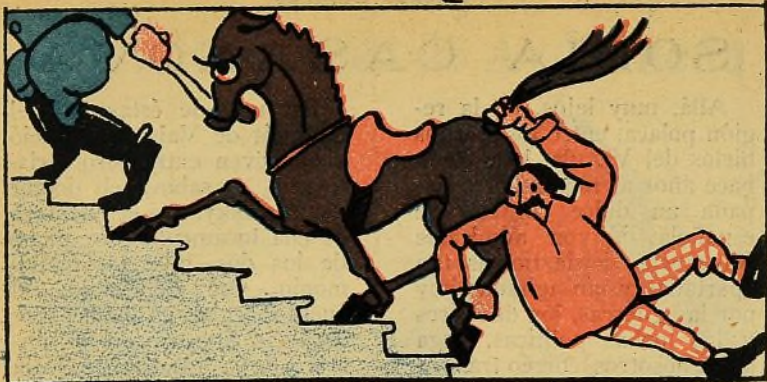
Allá, muy lejos, en la región polaca, entre los eternos hielos del Vistula, late desde hace años al recuerdo de España un dulce corazón de española. Y con admirable constancia, desde tierras tan apartadas y tan agitadas hoy por las guerras, los desastres y las luchas políticas, llega hasta nosotros, correo tras correo, en cartas, crónicas y en versos, el sonoro, inefable, ecc de ese latido.

Es ella, Sofía Casanova, gallega insigne, nacida en esa región de España, privilegiada por sus paisajes y por sus mujeres ilustres: — Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Rosalía de Castro, Sofía Casanova, Narcisca Pérez Reoyo y otras mil. Perteneciente a una ilustre familia, quedó huérfana muy joven y fué a vivir a Madrid, donde, muy pronto, su delicada belleza le hicieron distinguirse en los círculos aristocráticos y su extraordinario talento le dió acceso a la agitada y espinosa vida de la literatura. No había cumplido aún veinte años cuando editó su primer libro de versos, que fué su primer y bien merecido triunfo; colaboró durante una larga temporada en "La Ilustración Ibérica", revista hoy desaparecida — desgraciadamente, pues elevaba a un alto nivel la altura de nuestra clase media — y fué durante unos años la *niña mimada* de las tertulias literarias.

En una de éstas, la del marqués de Valmar, conoció a un joven extranjero, aristócrata y sabio; el doctor Lutoslawsky, que se enamoró de ella locamente. Por dicha de los dos, pues su matrimonio fué felicísimo, el cuento acabó en boda: por desdicha nuestra — pues nos privó de la estancia de Sofía en nuestra patria — Sofía Casanova ha vivido desde entonces alejada de nosotros; París, Berlín, Londres y por último Polonia, la lejana patria de su esposo la han hospedado y han acabado de formar su recia personalidad literaria.

Al principio se temió que la ausencia y el amor nos la hicieran perder para España y para el arte: ¡los que tal creían — como dice otra muy distinguida escritora — no conocían la tenacidad femenina ni las profundidades del alma gallega! Sofía Casanova, en su largo destierro no ha dejado nunca de pensar y escribir en español, de tomar parte activa en la vida literaria española, de colocar muy alto, aquí y en toda la Europa que ha recorrido de punta a punta, el pabellón de España... y de la mujer española. Periódicamente, aun en la agitación profunda que conmueve — como ya hemos dicho — a su patria de adopción, ha enviado siempre cartas a sus amigos, cuartillas a sus editores, en que hemos ido advirtiendo paulatina-

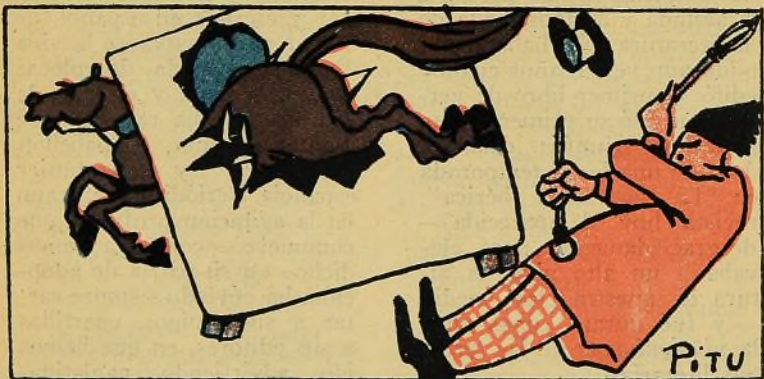
Cebollino pinta...



10. Hizolo así Papitu con vistas a otra suscripción y el cuadro adelantó a ojos vistos. Ya estaba casi completo el asunto cuando Cebollino creyó conveniente tener modelo de cuatro patas, para lo cual convenció a su sobrino de que llevase su caballo al estudio al siguiente día.

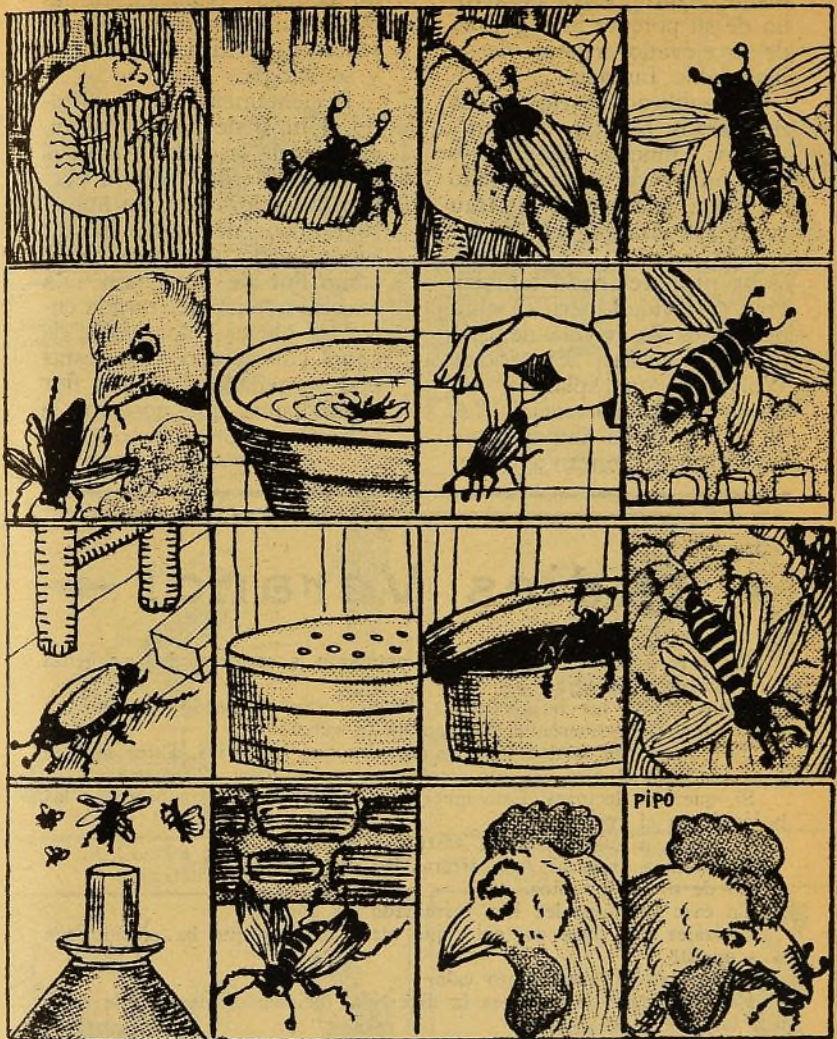


11. Después de vencer no pocas dificultades llegó el día grande, y Cebollino advirtió a Papitu la conveniencia de que "Fulminante" caracolease...



12. La misma verdad del asunto perdió a Cebollino, porque "Fulminante", como buen caballo de guerra, no pudo contenerse al ver a sus compañeros cargar... y a todo galope fué a buscar su sitio en el escuadrón.

Las desdichas de un insecto



1. Cierta día una larva se cansó de comer raíces. 2. Y después de transformarse, subió a la tierra. 3. Le dió por pasearse por las tiernas hojas... 4. volando sin cesar y comiendo a su antojo. 5. Mas un gorrión lo atrapó por una pata; 6. pero de un estirón se salvó y fué a caer a una olla de leche. 7. Se iba a ahogar cuando la cogió un muchacho... 8. que le ató un hilo a la pata y le obligó

9. a arrastrar un pequeño carro de papel. 10. Por la noche lo encerraba en una cajita donde casi no podía respirar. 11. Al fin, logró escaparse 12. y se dirigió de nuevo al campo donde vió una luz. 13. Fuese a ella, y tanto se acercó, que se le quemaron las alas. 14. Y fué a caer a un corral, 15. donde le vió un gallo 16. que se le zampó tranquilamente.

— 77 —

mente el progresivo desarrollo de su potente inteligencia, de su elevado criterio, de su inagotable fantasía.

Ha publicado varios tomos de versos a cual más inspirados; muchos de ellos — raro honor para ser recibido en plena juventud — figuran ya en las Antologías. Su tomo de cuentos “El pecado” le ha proporcionado también gran celebridad, pero su obra magna es su novela de costumbres rusas “El doctor Wolsky”, que plantea un hondo problema social. “A B C” y otros importantes periódicos se honran a menu-

do con sus crónicas, en las que afronta los más elevados temas de crítica, de política y sociología.

Recientemente ha publicado el libro de poesías “Cancionero de la dicha”, para el cual en vez de hacer el prólogo un solo autor, un numeroso grupo de poetas ha enviado, cada uno una rima, como flor de homenaje a la excelsa poetisa desterrada entre las nieves y los hielos de aquel país lejano. Sean estas mal pergeñadas líneas la flor humildísima que nosotros le ofrecemos.

LIGHT

❁ ¡Adiós Verano! ❁

Ha refrescado el tiempo y ya empiezan a morirse de vergüenza los sombreros de paja.

Estos, como las hojas de los árboles, van perdiendo el color, se tornan tostados, mueren y se caen de la cabeza.

Pero tienen un final más vil y prosaico que las hojas. Estas mueren y se las lleva el aire... a los sombreros se los lleva el traperero.

Sí, queridos lectores. Esto quiere decir que con los sombreros y las hojas se va el verano.

Y vuelta a sus tareas los sastres y modistas.

Y vuelta a preparar sus carteras los padres y maridos.

Lo de todos los años.

En casa de González han terminado de comer.

González está más contento que otros días porque ha comido con más apetito.

¡Claro, ya no hace tanto calor!

Pero su mujer le estropea la digestión, diciéndole, mientras le sirve una taza de café.

—Ya sabes que las chicas están desnudas... yo estoy desnuda...

—Y a mí me vais a dejar en cueros.

—Tú tienes el abrigo color marrón que, en mudándole el cuello, ya está listo.

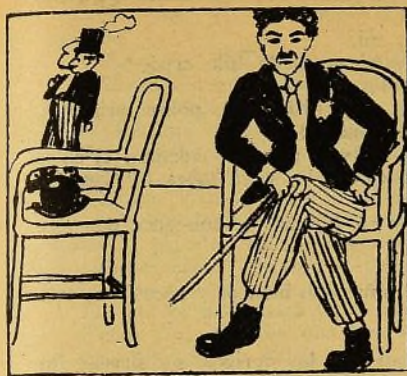
—Pues, haced lo mismo vosotras; que os muden el cuello o que os lo corten... pero dejadme en paz.

—¡González, eres un imbécil! ¡Oh! Ya me decía mi madre que no había un González bueno.

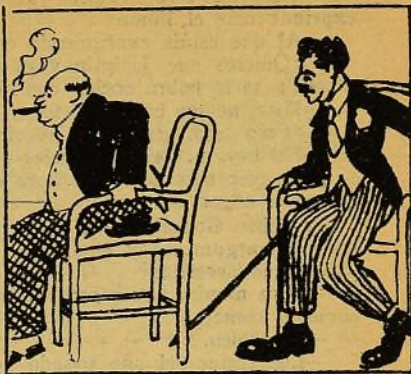
—Pero hubo un González Bravo; y ese voy a resucitarlo en esta casa.

—Hombre del demonio, vente a razones. ¿Quieres que las chicas se presenten en público con los trajes de limón, mustios?

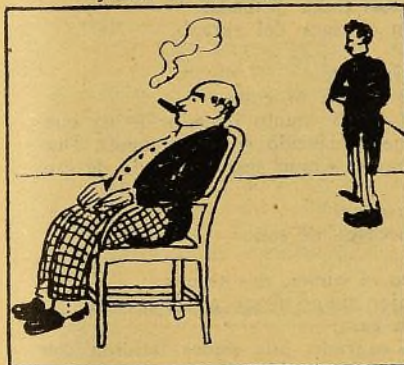
El sombrero de Charlot



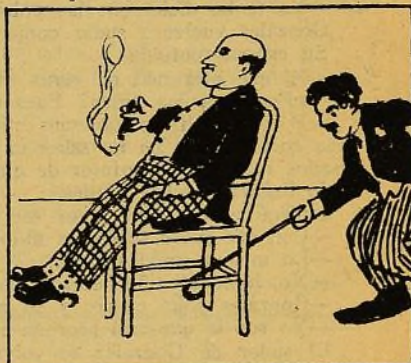
Estaba Charlot un día
oyendo la sinfonía.



Pero llega un invitado
y el sombrero le ha chafado.



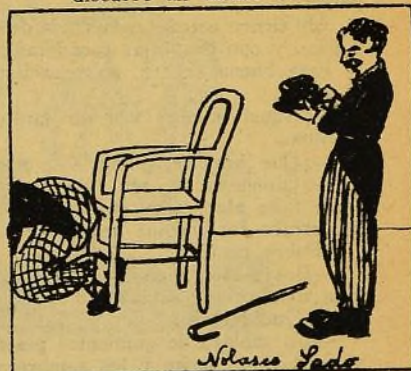
A Charlot le desespera
el quedarse sin montera



Y para alzar aquel peso
discurre un medio travieso.



Valiéndose del bastón
saltar hace el gordinflón.



Y Charlot muy placentero
recupera su sombrero.

Nolasco Lado

—¿No me dijiste que eran de la última moda?
—Claro que lo eran; pero ya se han pasado todo el verano. ¿Quieres exprimir más el limón?

—Al que estáis exprimiendo es a mí.

—¿Quieres que Jacintín vaya con el terno de hilo crudo?

—Ya se le habrá cocido con el calor.

—Mira, no me hagas chistes, y ten más cariño a las pobres criaturas.

—¡Pero hija, atiende a las circunstancias!

—No hay más circunstancias que el buen parecer. Además, el chico se pasó ayer más de media hora estornudando, y ya sabes lo propenso que es a coger catarros...

El pobre González, que delira por su familia, se convence con este poderoso argumento y exclama:

—¿Qué necesitas?

—Mira monín. Los zapatos de las niñas son blancos y necesitan otros como el comer.

—Está bien.

—Los trajes del año pasado no sirven; los abrigos, no sirven; los sombreros, no sirven.

—Pues di que no tienen nada.

—Ya te he dicho que las pobrecitas están desnudas.

González vuelve a sudar como en el rigor del verano.

Su esposa continúa:

—El que está mal de veras es Jacintito.

—¿Peor que las niñas? Pues no tendrá ni cutis.

—Poco le falta. ¡Pobrecito mío! Todo cuanto tenía se le ha quedado corto. ¡Oh! Tú no sabes lo que ha crecido en estos meses. Días pasados me dijo el profesor de gimnasia: Como siga creciendo de este modo llegará a echar dátiles.

—¿Qué gracia debe tener ese profesor!

—Con que ya lo sabes; el niño necesita de todo.

—Lo mismo que las chicas.

—No, hijo. El niño necesita, como el comer, dos ternos.

—González soltó cuatro y su mujer siguió firme en la brecha.

—Yo soy la que está peor en esta casa.

El sudor de González se volvió engrudo, sus sienas latieron con violencia y se cayó debajo de la mesa, sin sentido.

Estos pasos de una estación a otra, originan trastornos en todas partes.

Ahí tienen ustedes a la viuda de Careto. Una señora con sus cincuenta y pico, y con dos hijas casaderas, que son un par de esfinges.

Esta buena señora, no se acuerda de su difunto más que en estos días.

—¡Aquel hombre era un santo!—suele decir, queriendo llamar las lágrimas.

—¿Qué hombre, mamá?—le preguntó una de las niñas.

—¿Quién ha de ser ¡vuestro padre! ¡Pobre Aroldo! Cuando nos hacía falta algo, salía de casa como un podenco y no volvía hasta que encontraba los medios necesarios.

¡Pobre papá!

—Dos meses antes de morir, cogió a uno de sus buenos amigos y le atizó el primer sablazo...

—¿Qué horror!

—Un sablazo de quinientas pesetas, con cuya cantidad os compré los abrigos color aceite y los sombreros de *fracando*.

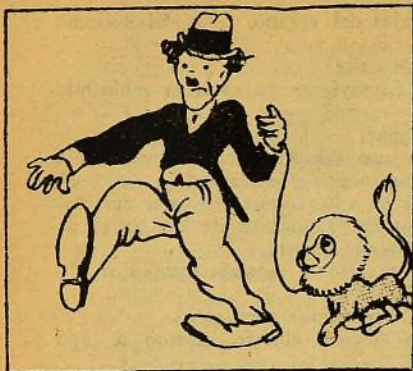
—Que, por cierto, están inservibles.
 —Ya lo sé, hijas mías... pero las cosas están muy mal...
 —Hable usted con la modista.
 —No puede ser, le debemos los trajes del verano, y los del invierno pasado.
 —Entonces, ¿no podremos salir a la calle?
 —Eso me temo. ¡Pobre Aroldo! Si vivieras ya estarías sableando por esas calles...
 —¡Lástima de sable... digo, de papá!
 Aquí se levantó la viuda, prepara una lamparilla, y, encendiéndola debajo del retrato del esposo, junta las manos y exclama:
 ¡Aroldo, Aroldo mío! ¡Ilumínanos en este trancel... Dame un medio para que las chicas y yo podamos desprendernos de los trajes de verano... ¡Hazlo, hazlo pronto, o te apago la luz!
 ¡Pobre señor! ¡Ni aun después de muerto lo dejaban tranquilo!
 Y vean ustedes lo que son las cosas.
 Lo que es malo para unos resulta beneficioso para otros.
 Tengo unas vecinas que han visto al cielo abierto, cuando se tapó el otro día con los nubes.
 —¡Se terminó el verano!—oí que decía una.
 —¡Gracias a Dios!—añadía otra.
 —Si llueve un poco se echará encima el fresco y podremos variar de trajes...
 —¡Ay! qué ganas tengo de soltar estos trapos veraniegos:
 —Y yo más que tú. Ya me han dicho que nos llaman las lechuzas, por el maldito color de nuestros trajes.
 —Claro, no hemos variado...
 —Mañana me coloco el traje de pañete azul.
 —¿Y si no llueve?
 —Aunque no llueva... a mí no me llaman más lechuza.
 Total, que en estos días hay revolución de cómodas y roperos en todas las casas... y detrás de la revolución, vendrá la guerra.
 ¡Guerra a las carteras de los padres y maridos!

JOAQUÍN ARQUÉS

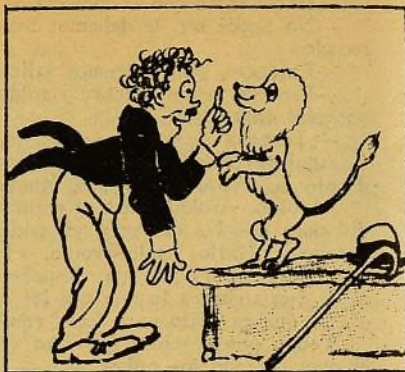


¡Oh, qué hermoso enlace para una mantelería! ¡Si lo viese mi señora!

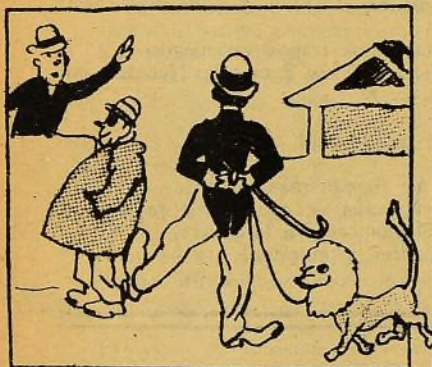
La rara transformación de un perro chico en león



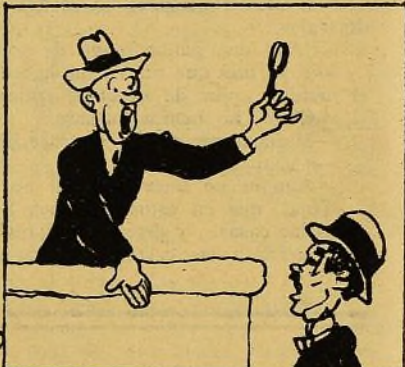
1. Charlot se compró un perrito muy chiquito y muy bonito.



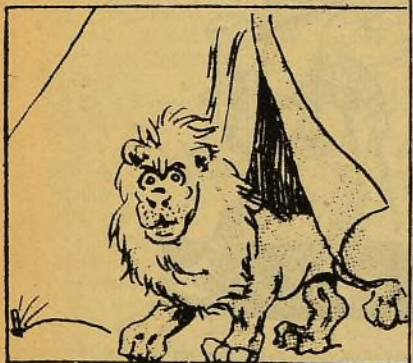
2. Y era un perro sorprendente por lo dócil y obediente.



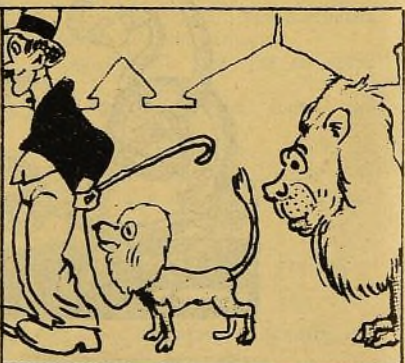
3. Para darle buen recreo Charlot lo sacó a paseo.



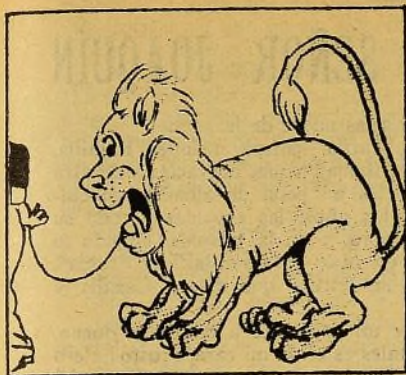
4. Pero un charlatán que había a la gente detenía.



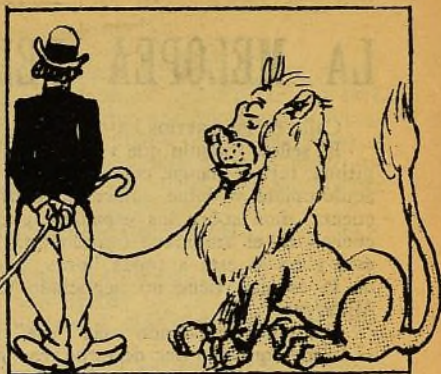
5. Cuando de un circo cercano salió un león africano.



6. Que al encontrar al perrito lo miraba de hito en hito.



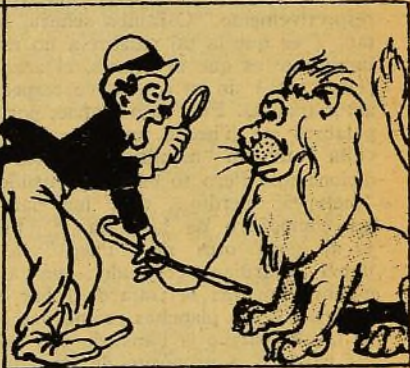
7. Después de haberlo mirado se lo zampó de un bocado.



8. Charlot, siempre distraído, No se fijó en lo ocurrido.



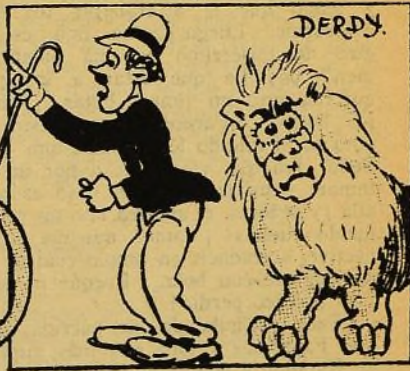
9. En aquel mismo momento se compró un cristal de aumento.



10. Y claro, él se admiraba de lo mucho que aumentaba.



11. —¡Qué sorprendente ilusión!
¡Es más grande que un león!



12. Y Charlot está creído, que es su perro que ha crecido.

LA MELOPEA DEL SEÑOR JOAQUÍN

Calle de los barrios bajos de Madrid a las nueve de la noche.

El señor Joaquín que viene con una "curda" chispa, melopea, toquilla, pítima, tajá o manga, como más te guste llamar a una borrachera de alza aculúmpiate y dame quince pá chufas. Es un peón de albañil con cincuenta años sobre las espaldas, y con los años, las espaldas y todo su cuerpo en el amoniaco cuando está de obra, y en la taberna, cuando lo está y no lo está a todas horas, pues en casa "Massantini" la "tasca" de la esquina tiene un negociado con un letrado que dice: "Cazalla y Monovar".

Joaquín.—(Haciendo más "ese" que un aspirante a ciclista.) Bueno, si no me equívoco uno de estos tres portales es el de mi casa, ¡justo! Pero bueno, es el caso que yo no sé si es este... este... o este (este "o este" no es mi punto cardinal ni mucho menos). Por que, según el juicio de un humilde servidor, me paece, que yo no puedo vivir en los tres portales, respectivamente. "Caramba señora, he aquí un respectivo que m'ha gustado. Y es que la tal palabreja no es pa menos. La prueba talmente vislumbrante es que ni Maura, el académico la coloca en sus chismes... y ¡claro está! sin su respectivo respectivo, pues la frase resulta díscola al autor (pausa). Pues la h'apaño, porque o estoy errao o con las presentes palabras me h'hecho un lío, cosa que no se debe d'hacer una persona culta como un "menda", pues, las palabras no sirven más que p'hacer diccionarios. Pero tó es comprensible, no es porque me figuro que estoy "melopea" perdió... cosa mu natural, ca vez que uno se topa con un compañero de la Casa el Pueblo viene una ronda de copas... y al poco otra de "Pacos" a los que el público sin cultura llama guardias, creyendo que al hablar de toros y mentar el nombre Fortuna se trata de robar el Tesoro Público. Y es que la poli se tira muchas planchas ¡cómo que ella nunca ha tenido Pestaña! (pausa en la que parece la llama de una vela en día de viento, que oscila "pa" tos laos). Y a propósito de Pestaña, esto del sindicalismo lo tengo yo, pero que m'ñaño. No sirve pa na, absolutamente pa na. La prueba talmente vislumbrante de la penumbra, está en que yo estoy sindicao... y tengo que ir a trabajar tos los días lo mismo que antes de colocarme. Luego como uno es un misérrimo peón d'arbañil, y esto de misérrimo es una palabra un chic completamente "getlemen" pos tie que estar a los pies de too el mundo lo mesmo que fua uno un limpia botas. ¡Amos que un arbañil como un limpia botas...! Parece talmente esto cosa del Blanco y Negro. En la obra to el mundo le manda a uno. Joaquín ves a por un cuartillo vino. Señor Joaquín, vaya usted a por un librito papel. Abuelo, trágame un tomate y un panecillo, el caso es que siempre está uno de aquí para allá ¡y señores, el que sea uno un peón no es motivo pa que esté siempre dando vueltas! ¡Vamos, que me creo yo! (pausa). Bueno y en lo respectivo, a traducir en limpio cuál es el portal de mi casa, estoy político, no doy pie con bola... Porque no sé si es este... o este... o es aquél. ¡Na político perdió!

Paca.—(Chula de los barrios castizos con dos ojos más asesinos que Fantomas y toda ella más interesante que un melodrama policiaco de Rambol, y más bonita que una encuadernación en raso con los cantos dorados). ¡Pero, Dios mío, señor Joaquín! ¡ya está usted tajá?

Joa.—¡Calla princesita del Dolar, que no es na! Total una miajilla de cazalla. Te juro por mi serenidad que no ha llegao a tres cuartillos. ¡Pa decirte yo que no ha sido más que una miaja!

Pac.—¡Jesús, también a su mujer le ha caído trabajo.

Joa.—La Pacífica ¡arrea! la Pacífica Virgen del Carmen, que mujer. ¿Qué si tie trabajo? Pues ni es ná, que en cuanto penetro por mi casa respective, la falta tiempo pá empezar a tirarme cacharros a la cabeza. ¿Por qué crees tú, sino que en mi casa los platos son de porcelana y las tazas las tenemos blindás? ¿Pero calla chica, espera qu'arreparo un poco! ¿De dónde has esos pies tan respectivos? ¿Son los mismos de siempre?

Pac.—¡Ay mi madre, que "toquilla" que tie este hombre! ¡Ande, ande que está usted fresco!

Joa.—¡Quiá! ¿No ves que la toquilla... es dabrigo?

Pac.—¡Bueno, bueno, que le den dos duros!

Joa.—¡Qué prenda, Duquesita del Tabarín! ¿Me podías decir por qué portal se pasa a mi casa respective?

Pac.—¿En su casa? ¡Vamos hombre, usted en ese estado no puede pasar más que a la Casa de Socorro! ¡Abur! (mutis).

Joa.—¡Oye prenda... Paquita... pero chica! ¡Bueno, si el asunto del portalito se lo doy a resolver a la Compañía de Tranvías, no tarda tanto! ¿Será el de la derecha... o quizá el del centro... o el de la izquierda?

Pacífica.—(Sale del portal hecha una tromba) ¡Canalla, sinvergüenza!

Joa.—¡Arrea, la Pacífica! (corre por la escena seguido de su mujer que le tira zarpazos).

Pac.—¡Ladrón, borracho, canalla, mal hombre! ¿Te parece decente volver a casa como una merluza? ¡Sinvvergüenza, golfo!

Joa.—Pero mujer arrepara, que el maltratar a un hombre que se encuentra en mi estado es una mala acción! En toavía si estuviese en estado normal... ¡pero así que no te puedo endiñar los puñetazos respectivos! ¡Mujer no seas furia!

Pac.—¡Canalla, pelanas! ¡Míalas, por éstas, que esta noche no entras en casa!

Joa.—¡Arrea esta h'encontrao solución al conflicto de los portales! No pasar por ninguno. Pero atiende mujercita ¿me piensas dejar aquí al fresco lo mismo que si fuese un grillo o un botijo?

Pac.—¡Arrastraos que me vas a matar a disgustos! (tirándole un último zarpazo hace el mutis.)

Joa.—Tengo una mujercita que es talmente un sueño dorado. ¡Y se llama Pacífica, señores, Pacífica! Bueno, el que la butizó es capaz de confundir una máquina Gillette de rasurar con un tomo de la biblioteca Colpel! ¡Qué genio, que genio! (pausa). Y que cuando ella lo ha pronosticao hoy no me queda otro remedio que dormir como una clase de pinturas que yo me se; al fresco. Dirigirá mis pasos a los Salones del Prado... y verán ustedes lo que son las cosas ¿se apuestan algo a que no me aluda el "ujiere" (iniciando el mutis)?

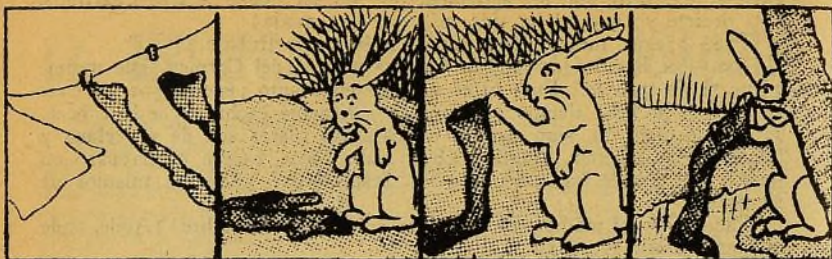
Alza pá riba
pulichinela
arsa catapún, catapún,
catapún.
Arsa catapera
pun, purrum, pun pun.

Mariano.—(Por la calle.) Pero padre ¿ya está usted ajumao?

Joa.—¡Hola hijo! Ya lo penumbrarás. Total na unas copitas de cazalla.

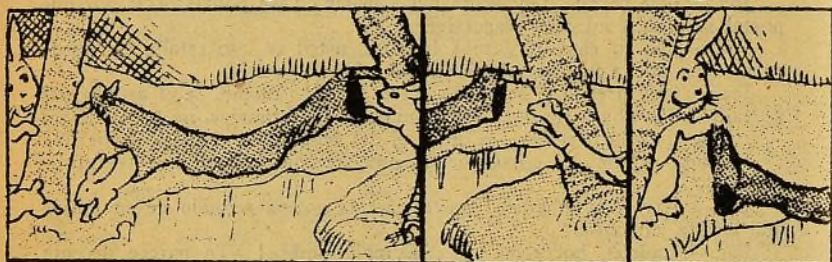
Mar.—¡Pero usted no se corrige padre!

La media



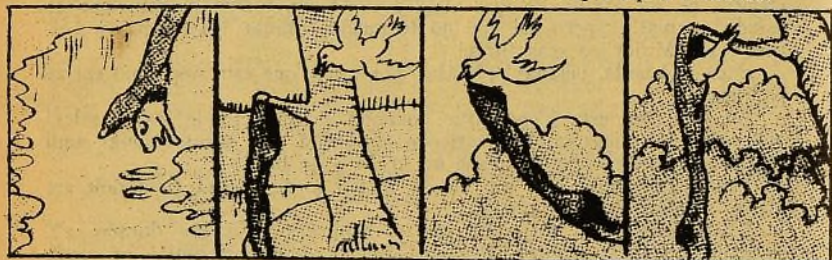
Un día de ventolera
voló una media algo vieja.

y al hallarla una coneja
la llevó a su madriguera.



De alegre entretenimiento
a los gazapos servía,

hasta que un hurón, un día
interrumpió aquel contento.



Quedóse el hurón chascado,
y al pasar una paloma,

por suya la media toma
y un refugio ha improvisado.



Después de mil desazones
sirvió de nido colgante;

estuvo un tiempo vacante...
y hoy la habitan los ratones.

Joa.—Hago lo posible por no beber, pero to inútil, hijo mío. Ya llevaba cinco días sin ir a la taberna.

Mar.—Pues usted venía bebido.

Joa.—Sí, pero era de la bodega, que no es lo mismo. Pero hoy he pasao por la taberna de Pepe, esa que se retula el África, porque perteneció a un negro, y tan antiguas amistades que uno tié le impulsan a pasar... y pasé aunque para vencerme cerré los ojos. ¡Cómo sino, iba con los ojos cerrados!

Mar.—¿Pero a qué demonios tuvo usted que ir al África?

Joa.—A la vista está hijo, a coger una mona.

Mar.—Bueno, padre, usted es incorregible. Ande vamos pa casa.

Joa.—¡Pa casa! ¡Quiá, no quíe tu madre! Bonita s'ha puesto con migo. Parecía talmente Doña Juana la Loca luchando con los indios comanches en la batalla del Marne.

Mar.—°Vaya una melopea de tamaño! Ande, ande que viniendo conmigo no le dirá nadie ná.

Joa.—No hijo, si lo que diga no me importa, si lo que temo es lo que haga.

Mar.—Ande, vamos.

Joa.—Pero...

Mar.—Vamos, padre.

Joa.—Bueno, vamos; ¿pero oye, tú sabes cuál es el portal de esos tres?

Mar.—Sí padre, es el de enmedio.

Joa.—¡Por fin! ¡El de en medio! ¡Bueno, eso ya lo sabía que era uno de los tres! ¿Este, ése, aquél? No, eso no lo podía precisar... y no era cosa de pasar por los tres al tiempo!

Anda hijo, vamos pa casa... y en tus manos encomiendo mi cabeza (al público).

Señores:
Aquí está el fin
de la melopea
del señor Joaquín.

MARIO LEÓN



—Dice que la novia estaba muy mona.

—Sí, y el novio también... pero él, después de los brindis.



—Señorito: compadézcase de un pobre cargado de familia...
—Ya lo veo: estará usted *cargado* de ella ¿verdad?

La mariposa



1. Luciendo sus bellos colores, volaba de flor en flor una linda mariposa. 2. Pasó cerca de una col y exclamó con orgullo: —¡Oh, vulgar hortaliza! "Qué pretensiosa eres al tomar las hechuras de una rosa!

3. Y la col respondió: —¿Ya no te acuerdas de cuando sólo eras un sencillo gusano? 3. Moraleja: "No olvidemos hoy lo que fuimos ayer".

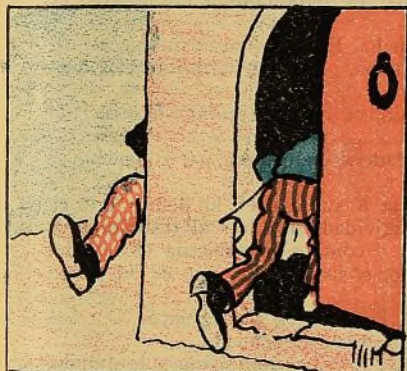
Equivocación



Con no muy buena intención
suená el chico el aldabón.



Abre un vecino la puerta;
pero a ninguno allí encuentra.



Se vuelve a entrar el señor
con tremendo malhumor.



Pero en aquel mismo instante
llega Charlot muy campante.



Y empieza pronto a llamar
sin saber qué va a pasar.



El viejo con él la toma
y Charlot paga la broma.

EL CONSEJO DE PAQUITA

CUENTO

Era el señor Francisco el hombre más bondadoso, honrado y trabajador del pueblo.

A fuerza de constancia y economía, ahorró para comprar una casa; en cuyo bajo instaló el comercio, donde iban a comprar, no sólo los aldeanos, sino también los pocos señores que habitaban el pueblo.

Este pobre Francisco, a pesar de ser reflexivo y modelo de cordura, cometió una ligereza (quien en este mundo no contara alguna).

Se casó con una mujer presumida, tonta y llena de pretensiones, que creyéndose superior a él, no sólo no le ayudaba en el comercio, sino que jamás estaba contenta con la posición desahogada que su buen marido la proporcionaba.

Cualquier cosa en aquella que debía ser feliz familia era motivo de riña o de disgusto.

Francisco no había nacido para la lucha. Excepto muy raras veces, oía a su mujer disparatar y paciente aguantaba. ¡Era tan hermosa! ¡La quería tanto!

A pesar del loco amor que la tenía, se hubiese sentido desgraciado si Dios no le hubiese dado una hija.

¡Ah! la niña: la niña era su verdadera compañera, su consuelo, su encanto.

Paquita, sola en la casa, se parecía a su madre; lo demás era él, él mismo; con su carácter igual, su actividad, su amor al trabajo.

A los cuatro años barriá la tienda, y contaba una docena de botones a quien viniese a comprarlos; quitando, si hacía falta, uno de su delantal para completarla.

Vamos a abrir la tienda, dijo un día: ya es tarde, papá.

Francisco no la oyó; estaba, hacía tiempo, preocupado.

En el balance que diariamente hacía, notaba que siempre le faltaba dinero.

Sin atreverse a decir nada a su mujer, por miedo de que de descuidado la culpaba, observaba y no podía comprender cómo en una tienda donde sólo él y la niña despachaban pudiese pasar tal cosa.

Mucho vendimos hoy—dijo la niña a las doce de aquel mismo día, y cogiendo a su padre de la mano, subieron los dos al primer piso para comer.

La madre los esperaba sentada ya a la mesa, con el ceño fucido. Pronto empezó a quejarse de la vida. Era imposible resistirla... la carne había subido, todo, todo inaguantable... los géneros... ¡Para hacerse un buen traje! ¡Ay!—aquí suspiró profundamente.

—Vaya—dijo Francisco cariñoso, dándole un golpecito en la espalda. —¡Qué trajes! Para tu marido, qué necesitas tú, si estás más guapa con esa bata clara, que estaría ninguna con los mejores trajes de este mun...

Su mujer no dejó que terminara. Le había oído, sofocada por la rabia, volviéndose a él y furiosa le dijo: Que vulgar eres, para ti todo es bastante, Francisco. La seda—prosiguió alzando la voz—eso desean otros maridos para sus mujeres. ¡Esos son hombres!, que si no lo tienen lo buscan, lo sacan de cualquier sitio, de donde lo haya...

—Pero, ¿dónde lo hay?

Loca—dijo el pobre Francisco fuera ya de sus casillas y casi sin ocurrírsele otra cosa.

¿No trabajo todo el día?

¿Acaso lo gasto en vicios?

Lo poco que ahorro, no lo hago por si algún día, a ti y a la niña, os pudiera yo faltar; porque bien ves que mientras yo vivo...

—Pues no guardes nada, o gana más, para que yo viva como deba...

—¿Ganar más? Hace poco no teníamos nada: piensa, recapacita. Dolores, no disparates... Te has olvidado ya de otros tiempos peores... Cuando la casa que vivíamos, la teníamos que pagar... cuando la tienda...

—Pues así y todo si tú fueses otro, si tuvieses como yo más aspiraciones, más energía, lo sacarías de otro sitio, más que del comercio de otros negocios...

—Pero si trabajo más de lo que puedo. ¿De qué negocio? ¿De qué trabajo? ¿De dónde? ¿De dónde lo voy a sacar?

—De donde otros lo sacaban para sus mujeres—prosiguió ella, soberbia.—¿De la tierra, del suelo!

—¿Del suelo?—gritó él ya furioso dando una fuerte patada en el pavimento.

Tú me dirás de dónde, de qué suelo lo saco.

La inocente Paquita, asustada, empezó a llorar, y echándose sobre su padre le dijo al oído:

—Papá, por Dios, no te enfades tú también. Mira, sácalo del cajón de la tienda. De allí saco yo dinero todos los días para que mamá no me riña. Porque ella me lo pide, ¿sabes?

UNO, DE TANTOS....



Le felicito, es V. un gran artista, pero teniendo tanta disposición para la música, aun como no se dedica a tocar el acordeón?

Incidentes Charlotescos



1. Desde Barcelona a Olot
va paseando Charlot.



2. Un río quiere pasar
pero no sabe nadar.



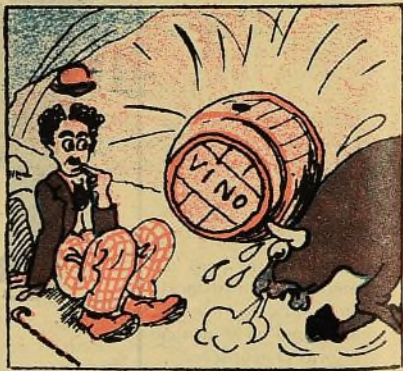
3. Mas, como es tan mañoso,
halla un medio prodigioso.



4. Se sienta en la carretera
porque tiene soñarrera.



5. Entre el toro y la barrica
su situación se complica.



6. Pero tiene tanta suerte
que se libra de la muerte.



7. —¡Adiós, torito valiente!—
dice Charlot sonriente.



8. A un arqueólogo vió
y al instante le ocurrió.



9. Una idea al majadero
para sacarle dinero.



10. —Auténtica del Sudán:
la trajo aquí un huracán.



11. Por tan gran descubrimiento
está el hombre muy contento.



12. Pero una autoridad
le hace ver la realidad.

EL RAPTO DE DOÑA SABINA

¿Ustedes han visto alguna vez una fiera con falda? ¿No? Pues aquí tengo el gusto de presentarles a doña Sabina Llena, esposa de don Canuto Granos, una mujer que vista desde lejos la confundes con un elefante y desde cerca... bueno, desde cerca no la veas porque fallaces repentinamente.

La señora Llena de Granos, por una equivocación, pertenece al sexo débil, pues hay que verla cuando zurra a su marido, lo cual es casi diario.

Y ¡claro está!, don Canuto está hasta el cogote de ella y no sabe cómo librarse de tal energúmeno. Tan harto estaba de su media naranja, que pensó deshacerse de ella, pues como la señora pesaba 120 kilos, vendida como carne de vaca, 24 reales el kilo, se sacaría unas cuantas pesetas.

Y lo hubiera hecho a no ser porque la diosa Casualidad le dió otro medio más pacífico que ahora os contaré.

Don Canuto y doña Sabina tenían una hija llamada Tecla, que a la sazón estaba en la edad de las ilusiones, que dicho en plata, quiere decir que tenía novio.

Era éste un pianista, más pobre que una rata. Cuando se enteró doña Sabina empezó a gritar a su hija:

—¡Pero qué se habrá creído ese zascandil!... ¡Tú, hoy mismo, riñes con él o te caliento!

—¡Mamá!—suplicó la hija.—¿No ves que si nos casamos nuestro matrimonio tendrá mucha armonía?... ¡El es músico y yo me llamo Tecla!

Pero la mamá no hizo caso a las razones musicales de su hija, porque le dió un puntapié y la acostó sin cenar.

A los pocos días de esto vino el pianista a pedir la mano de su adorado tormento, pero en vez de obtener el consentimiento, tuvo, *con sentimiento*, que huir de la presencia de doña Sabina, pues ésta cogió una escoba y por poco se la hace tragar.

Los jóvenes no por esto se arredraron. Se veían de *ocultis* cuando podían.

Don Canuto no decía nada a todo esto, porque un día que quiso exponer sus opiniones, por poco le deja su mujer más vacío que a su nombre.

Un día, el dichoso matrimonio fué al cine con su hija. Entraron y se colocaron en primera fila, sin que los papás se dieran cuenta de que el pianista de aquel cine era el novio de Tecla. Esta, como es natural, empezó a mirar a su adorado. Pero por desgracia doña Sabina se dió cuenta de lo que ocurría. Se quitó un zapato y lo lanzó con fuerza al cogote del pianista, el cual creyó que se lo había tirado su novia como recuerdo, para corresponder se quitó una bota y se la tiró a Tecla con tal mala suerte que la señora Llena de Granos recibió el proyectil en la nariz. Bueno, la que se armó fué gorda. Doña Sabina se lanzó sobre el pianista y empezó a bailar un zapateado sobre él.

—¡Señora, por lo menos deje las teclas!



—¡Eso quisieras tú, que te dejara a Tecla!

—Digo las teclas del piano, que respecto a la otra Tecla, ya me las arreglaré.

—¡No te casarás con mi hija! ¡Antes monja!

Desde el día que esto ocurrió les fué imposible a los novios el verse ni dos minutos, pues la mamá tenía encerrada a la hija. El pianista se desesperaba y hacía una colección de chichones que doña Sabina le producía con cualquier objeto cada vez que le veía rondar la casa.

El infeliz muchacho escribió a la iracunda señora participándole que se iba a suicidar si no se casaba con Tecla; pero la mamá le contestó esta lacónica misiva: "Buen viaje y escríbame".

El muchacho siguió tan enamorado de su Tecla, sin hacer caso de las cariñosas demostraciones de la mamá, a la cual cada día le aumentaba el mal genio.

Hartó ya el pianista de tantas inconveniencias pensó tomar una determinación enérgica que ablandara el corazón de doña Fiera, digo, de doña Sabina.

Y efectivamente. Una noche, ayudado por varios amigos, raptaron a la señora Llena de Granos. Metida en una jaula la llevó a su casa y le dijo:

—Doña Sabina, estará usted aquí secuestrada hasta que no me dé permiso para casarme con su hija.

El pianista había hecho esto figurándose que aquella mujer escribiría a su esposo, ordenándole que viniera con Teclita para efectuarse el rescate y la boda. Y así fué. Pero don Canuto, al enterarse, contestó con esta carta al mancebo:

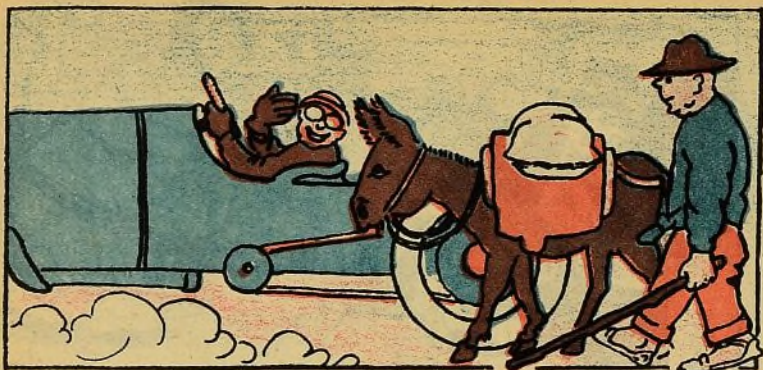
"Amable joven: Me ha hecho usted un gran favor librándome de la pesadilla de mi mujer. Quédese con ella y le agradezco su valerosa acción. Suyo afectísimo, Canuto Granos."

El chasco que se llevó el pianista fué morrocotudo. Y viendo que aquella mujer le era una carga y arrepentido de su acción, pidió perdón a la señora y le abrió la jaula.

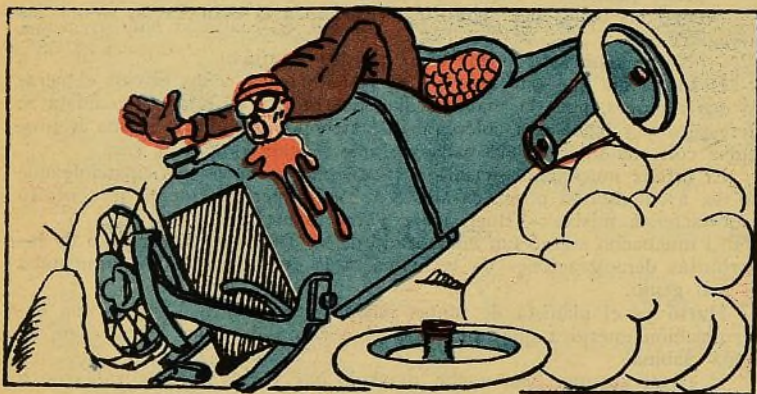
Doña Sabina perdonó al pianista y le dió el permiso para casarse con su hija; pero a su marido, por lo de la carta, le condenó a beberse, durante diez años, una botella, diaria, de aceite de hígado de bacalao.

Esto enseña que en este mundo jamás se logra nada por medio de la violencia.

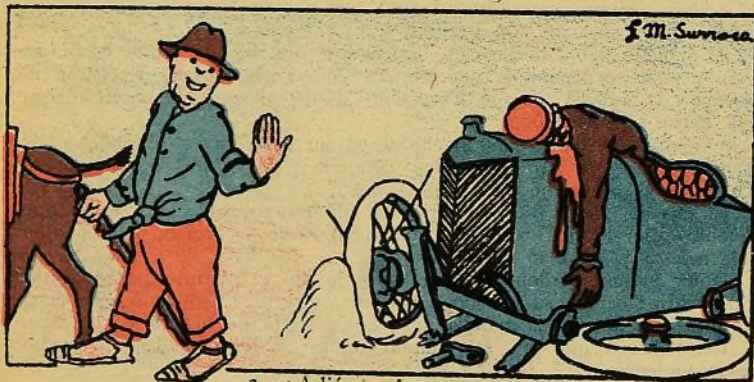
No por mucho madrugar...



1. ¡Buenas tardes, tío "Jalea"!...
¿Quiere usted algo pa la aldea?



2. (Paréntesis natural
en toda marcha triunfal.)

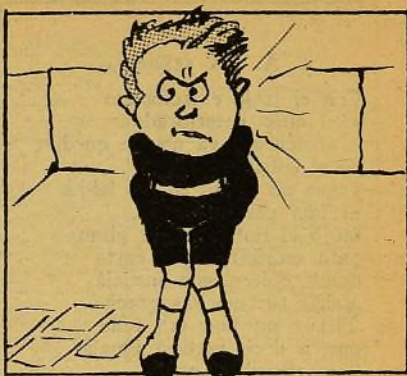


3. ¡Adiós, cofer encumbrado!...
¿No quiere ningún recado?

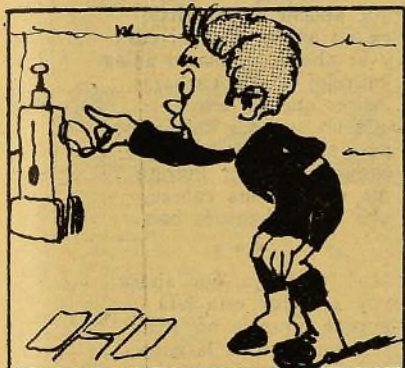
DIABLURA DE BOBY



Porque Bobby no estudió su maestro le atizó.



Se le hinchó pronto el carrillo a aquel holgazán chiquillo.



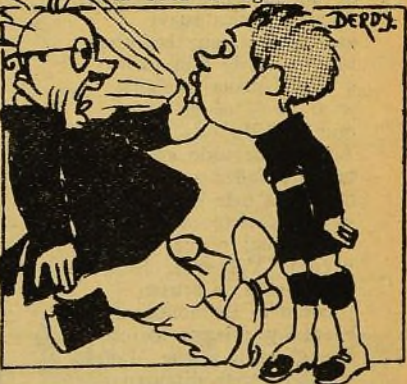
Pasa cerca de una fuente y piensa un plan de repente.



Y con intención no buena la boca de agua se llena.



Y sin haber estudiado al colegio se ha marchado.



Le atiza otro bofetón, mas, se lleva un remojón.

CARTA CHARLOTESCA

A UNA SEÑORITA.

Con el traje emocionado
y el alma deteriorada
y al ver que ya no me quedan
en el bolsillo palabras
y que no tengo en los labios
ni una peseteja falsa,
mojo el tintero en la pluma
para escribirte esta carta
donde quiero, con justicia,
alabar tus muchas gracias.
Tienes un fino tan talle
que, a decir verdad, igualas
a los flexibles oasis
que en las palmeras se hallan.
Tus pies son dos ojos negros
que lanzan bellas miradas
capaces de esclavizar
al mundo que hay en las almas;
y ¡oh!... ¿qué voy a decir
de tus ojos cuando andas,
ya que tus ojos son pies
llenos de sal y de gracia
que cuando pisan el suelo
parece que tienen alas?...
los suspiros de tus manos
son suspiros que aletargan,
y los dedos de tu boca
son de piel rosada y blanca;
las hileras de tus labios
parecen hechas de nácar
y tus dientes son tan rojos
como una fresa lozana.
El sonido de tu rostro
es un sonido que encanta,
es una música suave
que fascina, que embriaga;
tu voz es de fina piel
y tiene forma ovalada
y su perfil es de esos
que Murillo nos pintara...
Además de todo esto
tus cualidades son tantas
que, para más honor tuyo,
voy a decirte otras cuantas:
Pintas mejor que Cervantes,
y como Velázquez hablas;
toreas como Caruso
y como el Belmonte cantas;
barres y friegas mejor
que Cicerón y que Maura
y sabes echar discursos

como una buena criada;
y en fin; es tu ingenio tal,
que sabes más matemáticas
que un bailarín consumado,
y mucho mejor tú bailas
que aquellos sabios de Grecia,
que Descartes y Pitágoras...
Yo, por esto, te idolatro
y en mi volcán tengo un alma
con más sol que tiene el fuego
y no te exagero en nada.
Cuando en las noches oscuras
está encima de mí la cama
no puedo dormir siquiera
pues dudo si tú me amas,
y la cama, entristecida,
lanza tan copiosas lágrimas
que anoche se convirtió
en un ancho mar mi casa
y se ahogaron cuatro sillas
un reloj y dos cucharas...
Así es que yo deseo
que no me des calabazas,
pues si conmigo te portas
como una mujer ingrata
me disparo una cabeza
que me deshago la bala.

* * *

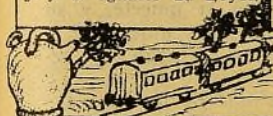
Mas, basta ya por ahora;
voy a acabar esta lata
porque la sopla no Musa
y porque me da la gana.
Y en fin, termino la tinta
porque se acabó la carta
y porque me bebí el papel
creyéndome que era agua.

PASCUAL MARTÍNEZ SURROCA



JULIO

- 1 m. s. Casto, ob.
- 2 m. Ven. de Ntra. Sra.
- 3 j. s. Eulogio, mr.
- 4 v. s. Laureano, ob.
- 5 s. sta. Filomena, vg.
- 6 d. Prec. Sangre de J.
- 7 l. s. Fermín, ob.
- 8 m. sta. Isabel reina.
- 9 m. s. Zenón, mr.
- 10 j. s. Cristóbal, mr.
- 11 v. s. Pío I, papa.
- 12 s. sta. Marciana, vg.
- 13 d. s. Anacleto, papa.
- 14 l. s. Buenaventura.
- 15 m. s. Enrique, emp.
- 16 m. Ntra. Sra. Carmen
- 17 j. sta. Marcelina, vg.
- 18 v. s. Federico, ob.
- 19 s. s. Vicente de Paul.
- 20 d. s. Elías, prof.
- 21 l. s. Daniel, prof.
- 22 m. sta. María Magdal.
- 23 m. s. Liborio, ob.
- 24 j. sta. Cristina, mr.
- 25 v. SAN JAIME, APÓST.
- 26 s. sta. Ana, m. N.ª S.ª
- 27 d. s. Pantaleón, mr.
- 28 l. s. Nazario, mr.
- 29 m. sta. Marta, vg.
- 30 m. sts. Abdón y Senén
- 31 j. s. Ignacio de Loyol.



AGOSTO

- 1 v. s. Eusebio, ob.
- 2 s. Ntra. Sra. Angeles
- 3 d. s. Esteban, mr.
- 4 l. Trasl. S. Severo.
- 5 m. Ntra. Sra. Nieves.
- 6 m. Transig. del Señor
- 7 j. s. Cayetano, conf.
- 8 v. s. Ciriaco, diác.
- 9 s. s. Marcelino, mr.
- 10 d. s. Lorenzo, diác.
- 11 l. s. Tiburcio, mr.
- 12 m. sta. Clara de Asís.
- 13 m. sta. Concordia, mr.
- 14 j. s. Eusebio, pbro.
- 15 v. ASUNC. DE N.ª S.ª
- 16 s. s. Joaquín.
- 17 d. s. Jacinto, conf.
- 18 l. s. Agapito, mr.
- 19 m. s. Mariano, conf.
- 20 m. s. Bernardo, abad.
- 21 j. sta. Juana Franc.
- 22 v. s. Saturnino, mr.
- 23 s. s. Felipe Benicic.
- 24 d. s. Bartolomé, ap.
- 25 l. sta. Patricia, vg.
- 26 m. P. Cor. de Maria.
- 27 m. s. José de Calasanz
- 28 j. s. Agustín, ob.
- 29 v. sta. Basilisa, mr.
- 30 s. sta. Rosa de Lima.
- 31 d. s. Ramón Nonato.



SEPTIEMBRE

- 1 l. stos. Gil y Arturo.
- 2 m. s. Antolin, mr.
- 3 m. N.ª S.ª de la Cinta.
- 4 j. s. Moisés, prof.
- 5 v. sta. Rosalía.
- 6 s. s. Eugenio, mr.
- 7 d. s. Paulino, ob.
- 8 l. NATIV. NTRA. SRA.
- 9 m. s. Pedro Claver.
- 10 m. s. Nicolau, conf.
- 11 j. stos. Proto y Jacinto
- 12 v. s. Leoncio, mr.
- 13 s. stos. Felipe y Julián
- 14 d. Dulc. Nomb. María.
- 15 l. s. Nicomedes, mr.
- 16 m. s. Cipriano, m.
- 17 m. Imp. Ilag. S. Franc.
- 18 j. s. Tomás de Villan.
- 19 v. s. Genaro, ob.
- 20 s. sta. Susana, mr.
- 21 d. Dol. Glor. Ntra. Sra.
- 22 l. s. Mauricio, mr.
- 23 m. sta. Tecla, vg.
- 24 m. NUESTRA SEÑORA DE MERCED.
- 25 j. s. Fernando, mr.
- 26 v. s. Ciprián, mr.
- 27 s. s. Damián, mr.
- 28 d. s. Wenceslao, rey.
- 29 l. s. Fraterno, ob.
- 30 m. s. Jerónimo, fund.



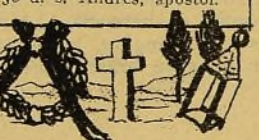
OCTUBRE

- 1 m. Sto. Angel Custod.
- 2 j. s. Leodegario, ob.
- 3 v. s. Maximiano, ob.
- 4 s. s. Francisco de A.
- 5 d. N.ª S.ª del Rosario
- 6 l. s. Bruno, fund.
- 7 m. s. Marcelo, mr.
- 8 m. s. Demetrio, mr.
- 9 j. s. Dionisio, ob.
- 10 v. s. Francisco de B.
- 11 s. stos. Fermín y Germ.
- 12 d. Ntra. Sra. del Pilar
- 13 l. s. Eduardo, rey.
- 14 m. sta. Fortunata, vg.
- 15 m. sta. Teresa de Jesús
- 16 j. Pureza de N.ª S.ª
- 17 v. sta. Eduvigis, duq.
- 18 s. s. Lucas, evang.
- 19 d. s. Pedro de Alcánt.
- 20 l. s. Feliciano, ob.
- 21 m. stos. Asterio y Cayo
- 22 m. sta. María Salomé.
- 23 j. s. Pedro Pascual.
- 24 v. s. Rafael, arcángel.
- 25 s. s. Genaro.
- 26 d. s. Evaristo, papa.
- 27 l. sta. Cristeta, mr.
- 28 m. s. Simón Cananeo.
- 29 m. s. Narciso, ob.
- 30 j. s. Serapio, ob.
- 31 v. sta. Lucila, vg.



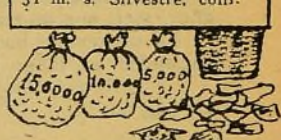
NOVIEMBRE

- 1 s. F.ª Todos Santos.
- 2 d. Conmemoración de los Fieles Difuntos.
- 3 l. s. Valentín, pbro.
- 4 m. s. Carlos Borromeo.
- 5 m. s. Zacarías, prof.
- 6 j. s. Severo, ob.
- 7 v. s. Florencio, ob.
- 8 s. s. Severo, mr.
- 9 d. Patroc. de Ntra. Sra.
- 10 l. s. Andrés Avelino.
- 11 m. s. Martín, ob.
- 12 m. s. Renato, ob.
- 13 j. s. Nicolás, papa.
- 14 v. s. Serapio, mr.
- 15 s. s. Leopoldo, emp.
- 16 d. s. Rufino, mr.
- 17 l. sta. Gertrudis, vg.
- 18 m. s. Máximo, ob.
- 19 m. sta. Isabel, r. de H.
- 20 j. s. Félix de Valois.
- 21 v. s. Honorio, mr.
- 22 s. sta. Cecilia, vg.
- 23 d. s. Clemente, papa.
- 24 l. sta. Flora, vg.
- 25 m. sta. Catalina, vg.
- 26 m. s. Conrado, ob.
- 27 j. s. Facundo, mr.
- 28 v. s. Valeriano, mr.
- 29 s. s. Saturnino, ob.
- 30 d. s. Andrés, apóstol.



DICIEMBRE

- 1 l. sta. Natalia, mr.
- 2 m. s. Silvano, ob.
- 3 m. sta. Hilaria, mr.
- 4 j. sta. Bárbara, vg.
- 5 v. s. Dalmacio, ob.
- 6 s. sta. Dionisia, vg.
- 7 d. s. Ambrosio.
- 8 l. PURIS. CONCEP.
- 9 m. sta. Leocadia, vg.
- 10 m. N.ª S.ª de Loreto.
- 11 j. s. Daniel Estilita.
- 12 v. sta. Emma, vda.
- 13 s. sta. Lucia, vg.
- 14 d. s. Nicasio, ob.
- 15 l. s. Valeriano, ob.
- 16 m. sta. Adelaida, emp.
- 17 m. s. Lázaro, ob.
- 18 j. N.ª S.ª Esperanza.
- 19 v. s. Nemesio, mr.
- 20 s. sto. Domingo de Silos
- 21 d. sto. Tomás, apóstol.
- 22 l. s. Demetrio, mr.
- 23 m. sta. Victoria, vg.
- 24 m. s. Luciano, mr.
- 25 j. NATIV. DE N. S. J.
- 26 v. s. Esteban, mr.
- 27 s. s. Juan, apóstol.
- 28 d. Santos Inocentes.
- 29 l. sto. Tomás Cantur.
- 30 m. s. Mansueto, mr.
- 31 m. s. Silvestre, conf.



Los fuegos eternos

En Slaptones, cerca de Osmotherly, una aldea de Jorkshire, se encuentra un modesto albergue llamado *The Chequers*, el cual puede vanagloriarse de poseer un tesoro, consistente en un gran fuego que arde continuamente desde hace un siglo. El único rival, en la Gran Bretaña al fuego eterno de Slaptones es en mucho inferior a éste; es un fuego que un habitante del Donegal, llamado Holloran, se alaba de no haber dejado extinguir nunca desde hace veinte años.

Pero en otras partes del mundo hay fuegos que han durado siglos.

Los antiguos adoradores del fuego, en Persia, custodiaban los fuegos, ardiendo durante miles de años; y aun actualmente algunas sectas idólatras conservan esta costumbre.

En el África Oriental portuguesa, la superstición local exige que cuantas veces se apague debe sacrificarse una vida humana. Mientras que, por el contrario, si un hombre enciende un fuego, y deliberadamente deja que luego se extinga, se la castiga con la muerte, y su muerte, no solamente expía el delito, sino que evita otras muertes.

La tribu Samanita de la Siberia Occidental, vigila el fuego con superstición semejante, y su extinción les produce excesivo terror.

También en Italia, hace pocos siglos, era ésta una de las más extrañas costumbres de Sicilia.

Si un siciliano debía cumplir una venganza, tenía encendido siempre el fuego, hasta que aquélla se había cumplido; y cuando partía de su casa con el fin de vengarse de su enemigo, recomendaba a su esposa la custodia del fuego, al objeto de que no fracasara su empresa.

Cuando, después de cumplida la venganza, volvía a su casa, tomaba uno de los carbones encendidos, se chamuscaba un poco el cabello, y pisoteaba el fuego hasta que se apagaba.

Cerca de Debreczin, en Hungría, existe un fuego que ha permanecido encendido durante 45 años, en armonía con una vieja costumbre existente en la familia de M. Avyari, un gran propietario de terrenos de aquel lugar.

Cuando M. Avyari nació, hace 37 años, se encendió el fuego, que se extinguirá el día de su muerte.

En la misma casa existe un fuego encendido desde hace 8 años, el día que nació el primer hijo del dueño de la casa, y que se tendrá encendido hasta el día su muerte, y se encenderá un tercero cuando le nazca un sobrino.

En el siglo XVIII llegaron a tenerse encendidos cuatro fuegos a la vez; el más antiguo se había encendido para el bisabuelo y el más reciente para el segundo sobrino.

En 1797 un incendio subterráneo prendió en una mina de carbón del distrito de Pohets. Cuantos esfuerzos se intentaron para extinguirlo resultaron inútiles.

En Siam existe un fuego, que no solamente dura desde hace varios años, sino que se transmite en herencia.

En un templo budista de Bangkok, los sacerdotes, cada cuatro años, encienden un fuego en un gran brasero. Este fuego se mantiene vivo

durante cuatro años y es apagado después que un tizón ardiendo aproximado al primero ha encendido a su sucesor. Esta costumbre se practica en el templo desde hace dos siglos; por esto el fuego de Bangkok es el más antiguo del mundo.

En Sarhard, Persia, se ha apagado un fuego después de haber ardiendo continuamente durante setenta años.

Para terminar: en algunos puntos se tiene siempre encendido el fuego por razón de economía. "Los esquimales de la Siberia Septentrional—dice M. Probatoff, que los visitó en 1889,—encuentran grandes dificultades para encender fuego, para disminuir los inconvenientes, aquellos, a pesar de la escasez de la leña, mantienen el fuego encendido durante todo el año. He visto un fuego que había ardido muchos años, que se transportaba de un punto a otro, en un cubo viejo agujereado por muchas partes."

LOS SUEÑOS

En este mundo es notorio, queridos lectores, que todos soñamos. Pero lo que en realidad no sabemos, es de qué provienen.

Hay quien dice son realidades imaginativas de muy vehementes deseos; otros, que es debido a la siedad del *estógamo*, y, por lo tanto, con ricino se evitan; muchos opinan deber ser por la constante vigilia—forzosa, claro está,—de esos mismo *estógamos*; y los más aseguran es de dormir del lado izquierdo o con el abdomen hacia arriba, cuando no en otras posturas más o menos incómodas.

Como se ve, nadie afirma, en resumen, categóricamente de qué provienen.

No obstante, lo que yo sí puedo aseguraros, es que todos soñamos. ¡Ay! ¡Y qué sueños algunas veces! Estos—y los del todo el mundo—pueden dividirse por la forma de ser y sus supuestos efectos, en tres clases. A saber:

DELICIOSO, cuando el sueño es agradable, dulce, tranquilo, v. gr.: si has llegado a ser Ministro de Hacienda; te ha tocado el *gordo*—no Fatty, sino el de los 15 miserables millones—o estás casado con una señora que, además de no tener madre, es una cándida... paloma.

TRÁGICO, aquel donde impera siempre la emoción, la angustia, el terror, v. gr.: si le apuntan a uno con cierta pistola "Star", o le casan con un miura, que para colmo de desgracias tiene una madre de la misma ganadería.

FANTÁSTICO, todo al que sale de los límites de lo inconcebible, absurdo e inverosímil, v. gr.: nombrar a Millán de Priego director de Orden Público; creer—aun en sueños—en la paz de Marruecos, y pensar que yo escribo bien.

Hay, además, otra clase de sueño, el cual, a pesar de no poseer ninguna de las cualidades ya apuntadas, suele traer, sin embargo, peores resultados. Me refiero a ese cuyo único, pero grave defecto, consiste en soñar en alta voz todo lo que se ha hecho y dicho en el transcurso del día.

Y si da la casualidad que el "paciente", entre otras cosas, es un poco juerguista y mujeriego, y la esposa de aquél un tanto también celosa, resulta que ese matrimonio estará siempre como el perro y el gato: en arañazo continuo.

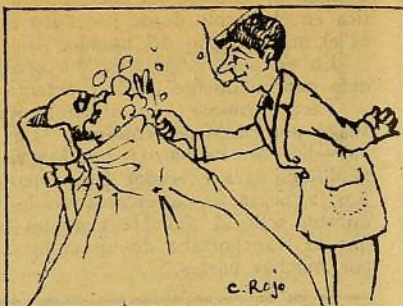
"Dios os libre de este último sueño, lectores!

ISIDRO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

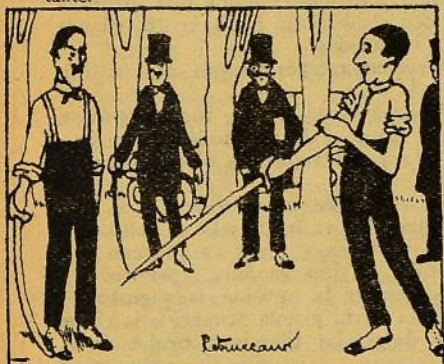
CHISTES



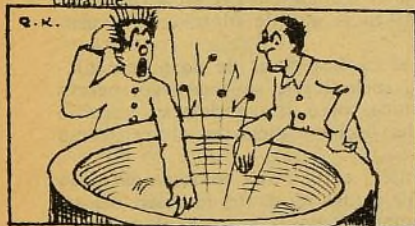
— Señor maestro; quisiera que mi chico aprendiera las letras. ¿Cuántas son?
— Veinticinco.
— Son muchas, para pobres labradores; yo creo que con seis o siete tiene bastante.



— ¿Qué le parece el nuevo jabón?
— De buen sabor y muy alimenticio.



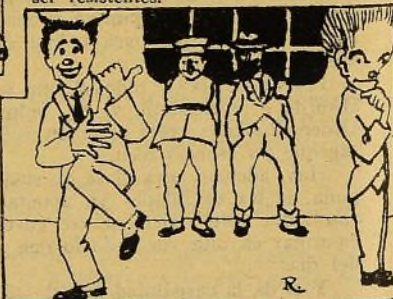
— Caballero... Hágame una heridita aquí, pues quiero aprovecharla para vacunarme.



— ¿Pero no me dijo usted que tenía una torre en su huerta?
— Sí, señor; ¿pues qué es un pozo sino una torre al revés?



— Ahora me explico por qué siempre me han dicho que los neumáticos deben ser resistentes.



El director. — Este loco es un pobre diablo que ha perdido la razón porque amaba a una mujer que se casó con otro.
El visitante. — ¿Y este otro, que está más lejos y que parece que está furioso?

El director. — Ese es el otro que se casó con la mujer a quien amaba el primero.

CHISTES



—Y, dígame: ¿el robo lo hizo usted solo?

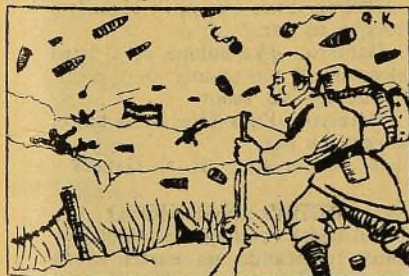
—Solito... Jamás he tenido socios... Con los tiempos que corren hay que desconfiar siempre de la honradez ajena.



—¡Tenga compasión de un pobre ciego!

—Si usted no es ciego...

—Yo no, pero el perrito sí.



Grito del corazón.—¡Me parece que ha llegado el momento de traer a mi suegra!



El cobrador.—Desearía hablar con el dueño de esta casa.

El inquilino.—Si usted hiciera el favor de volver dentro de cinco minutos, tal vez podremos indicarle con quien tiene que entenderse precisamente ahora estábamos resolviendo el punto.



—¡Cómo es, Melchor, que siempre se te olvida de quitar el polvo de la parte alta de todos los muebles?

Melchor.—Perdone; pero como el señorito es tan pequeño, no creía que se iba a fijar en este detalle.

CHISTES

Y

COLMOS



COLMO

El de un automóvil. Quedarse inmóvil.

JUAN BADÍA CASAJUANA

CHISTE

Un andaluz y un extremeño discuten.

—No sé por qué razón a tu país le llaman Extremadura: lo mismo le podrían llamar Extrema... blanda.

—Pues, por la misma razón— contesta el extremeño—que al tuyo le llaman Andalucía en lugar de Anda... a la porra.

ROCAMBOLE

EN UN CASTILLO FEUDAL

—¿Puedo visitar las antigüedades?

—Lo siento, caballero, pero las señoras han salido.

AMAURY

OPINIONES DOCTAS

(En el estudio de un pintor)

—¿Qué te parece este cuadro?

—Admirable. Sin embargo, ese cadáver del fondo parece que tiene poca vida.

AMAURY

PROVERBIOS BRETONES

¿Quieres ser feliz un día? ¡Emborrachate!

¿Quieres ser feliz tres días? ¡Cásate!

¿Quieres ser feliz toda la vida? ¡Hazte cura!

AMAURY

SORPRESA

Una señora, que acaba de tomar una nueva cocinera, entra en la cocina y, al abrir el armario, encuentra oculto en él un soldado.

—¿Qué es esto, Gaspara?—pregunta la señora a la sirvienta.

—Yo no tengo nada que ver con ese hombre. Se lo habrá dejado olvidado mi antecesora,—replica tan fresca.

F. M. S.

CONFESIÓN BATURRA

Padre.—¿Ha pecado usted contra el primer mandamiento?

Baturro.—Sí, señor, pero nuy pecan contra el segundo, conque en paz.

Padre.—¿Ha pecado usted contra el tercer mandamiento?

Baturro.—No señor, pero y pecan contra el cuarto, conque en paz.

Padre.—¿Le absolvió el año pasado?

Baturro.—Sí, señor.

Padre.—Pues éste no le absuelvo, conque en paz.

Baturro.—¿Le bulqué yo a usted el garito el año pasau?

Padre.—No, señor.

Baturro.—Pues éste se lo bulco, conque en paz.

E. G. GARCÍA

MEDIO INGENIOSO

Un bedel ve al Director del Instituto colocando un cartel en la puerta del aula en el que pone CAFÉ Y BILLARES.

CHISTES Y COLMOS

Bedel.—¿Para qué pone usted eso ahí?

Director.—Es, que apelo al último medio, para ver si entran los alumnos en clase.

FERMÍR GUTIÉRREZ

EN EL CUARTEL

—¿Sabe usted la orden del día? Que a las doce se haya mudado todo el mundo de camisa.

—Bueno, mi capitán, pero, ¿y los que tengan solo una?

—No importa, que se las cambien unos con otros.

DÍAZ

—Buenos días, don Benito; le estaba esperando.

—Pues, ¿cómo sabías tú que iba a venir, chiquilla?

—Porque el día que viene usted, mi hermana está toda la tarde pintándose.

PULGA

GOLPE GITANO

Mataron a un gitano llamado Jesús, y llamaron a varios de su raza a declarar.

Cuando estuvieron ante el juez, éste preguntó a uno:

—Vamos a ver, ¿qué sabe usted de la muerte de Jesús?

—Zefío jué—dijo el gitano,—yo he venido aquí a declarar no a que uzía me pregunte la doctrina.

L. TORRES

CHISTE

Pregunta el maestro a un baturo.

—De seis a seis, ¿cuántas van?

—Doce.

—¿De seis a seis no va nada, hombre!

—¡Ridiós! Si estuviá usted cavando desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, sacaría mejor la cuenta.

ANTONIO CARRASCO

SIN NOMBRE

—¿Viene usted a Bilbao con frecuencia?

—No, señor, vengo con mi señora.

JOSÉ VALLOJERA

¡LO QUE ES LA CIENCIA!

Un médico que va muy de prisa se encuentra a un amigo, y le dice que va a ver a un señor que se ha tragado una moneda de cinco duros.

A los dos días se vuelven a encontrar.

—¿Y aquel señor de la moneda?

—Ya le he sacado dos duros.

—Pues, ¿no decías que era una moneda de cinco?

—Sí; le he sacado dos duros de dos visitas que le he hecho.

L. TORRES

ENTRE AMIGOS

Un individuo pregunta a otro:

Y qué, ¿cómo quedó aquello de tu tío?

—Pues, bien; me lo llevé a casa, lo metí en una habitación, y le di nada menos que cinco sablazos.

—¿Qué barbaridad! Lo dejarías sin vida.

—Quiá, lo que lo dejé fué sin una peseta.

SIN TÍTULO

—Siempre me acuerdo del cuento del cerdo que me contó usted el año pasado.

—¿Tanto le gustó?

—Mucho. Desde entonces no puedo ver un cerdo sin acordarme de usted.

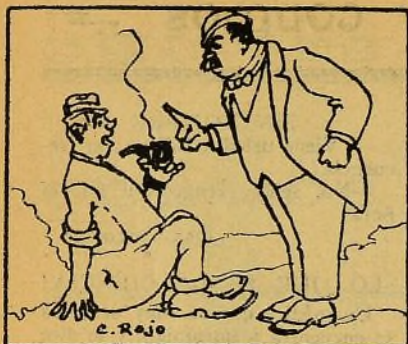
ANASTASIO GARCÍA SACRISTÁN

COLMO

El de un carterista.

Apoderarse de la cartera de Gobernación.

CHISTES



—¿Qué significa esto? ¿Por qué lo encuentro fumando en lugar de estar trabajando?

—Porque no lo he oído venir.



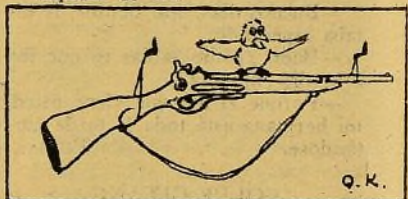
—Tal como tú me ves, no siempre he estado tronado. Hubo aun una época en que me rascaba los piojos con un raspador de oro.



—Diga usted. ¿Podría facilitarme unos cuantos diccionarios?

—¿De qué lengua?

—De cualquiera: son para sentarme encima, con objeto de llegar a la mesa.



¡Qué contenta se pondría mamá si me viera tan valiente!



El empresario.—Vamos a comenzar y el teatro está vacío.

El primer actor.—Me extraña, porque nosotros jamás hemos trabajado en esta ciudad.



—¿Cómo quiere el bigote; a lo Charlot?

—Sí, y el cabello también.

CHISTES Y COLMOS

¿POR QUÉ...?

Los toreros son perezosos. Ponnen banderillas en sillas, dan pases de muleta sentados en el estribo, dan una estocada acostándose en el toro y los sacan en hombros de la plaza.

YORÚ

EN EL DESPACHO DE UN ABOGADO

—¿Ha presentado el pagaré a su deudor?

—Sí.

—¿Y qué le ha dicho?

—Que me fuera al diablo.

—Y entonces, ¿que ha hecho usted?

—Venir a verle inmediatamente.

E. E. DE VERA

OBSERVACIÓN JUSTA

Charlot, que se dedica ahora a la estadística judicial, decía el otro día:

He observado que todas las mujeres acusadas de adulterio son casadas.

EL AMERICANO

CHISTES

Un escritor de escaso mérito encontró días atrás a un amigo suyo y le dijo:

—¿Es verdad que en una casa donde me atribuían algún talento has dicho que no lo tenía?

—No es cierto. No he estado en mi vida en ninguna casa donde hayan dicho que tienes talento.

R. REBOLLO M.

EN EL CAFÉ

¡Oiga, camarero! le he mandado que me traiga un huevo pasado por agua y una botella de vino añejo, y me ha traído usted el huevo añejo y el vino pasado por agua.

LOS CUATRO

¡.....!

El médico.—¿Ha seguido el paciente la prescripción que le mandé?

—El paciente.—No, señor; porque si la hubiera seguido se rompe la crisma.

¡...!

—Sí, porque la tiró por el balcón.

SUINA TEJERA

QUISICOSA

Andrés Micho por capricho, Mecha la carne de macho,

Y ayer decía un borracho

Mucho macho mecha Micho.

MANUEL MONTES LARRODER

ES PARA TRANQUILIZAR

—¡Ay, doctor! Lo que me aterra cuando estoy enfermo, es si me entierran vivo.

—¡No tenga usted esa aprensión, hombre!

—¿Olvida usted que le asisto yo?

JULIÁN YARZA

BUENAS PÍLDORAS

Un médico envía una caja de píldoras a un enfermo y media docena de conejos a un amigo. Pero el criado se equivoca y entrega la caja al enfermo y las píldoras al amigo. El paciente se queda estupefacto cuando con los conejos recibe la instrucción siguiente.

(Tragarse dos cada media hora.)

EN EL JUZGADO

—¿Ha abierto usted con ganzúa la puerta de esa platería?

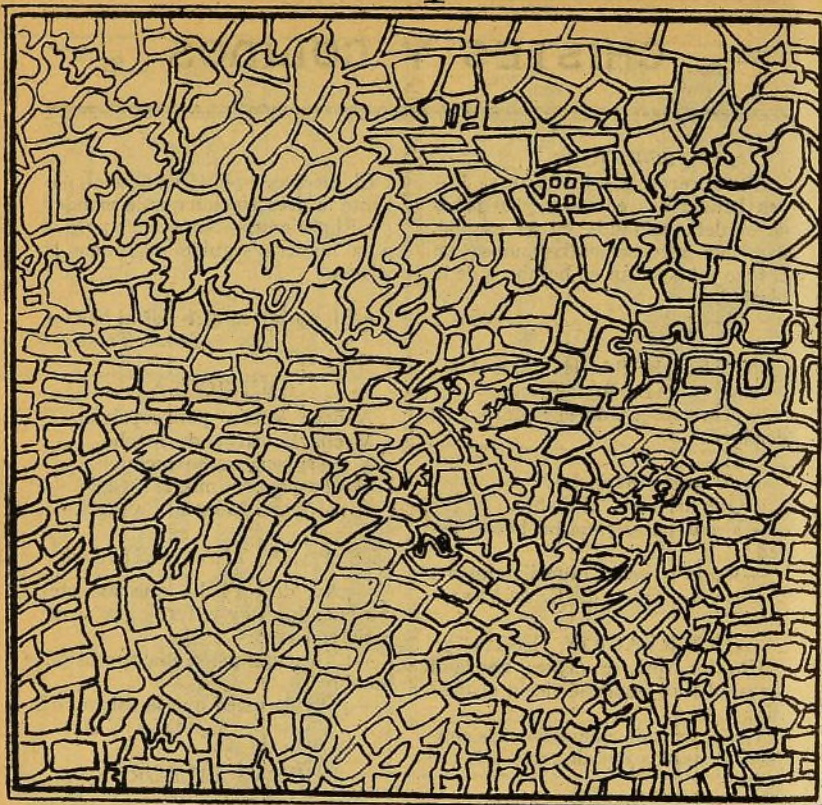
—Sí, señor juez. No he querido morirme sin cumplir el encargo de mi pobre madre.

—¿Y cuál era su encargo?

—Que abriese una tienda de platería.

E. FUSTEL

Concurso para 1924



Solución que envía D.

que habita en

calle

En el próximo *Almanaque* para 1925, publicaremos los nombres de todos los solucionistas del presente concurso a los cuales agradeceremos su ingenio.

SOLUCION AL CONCURSO DEL AÑO ANTERIOR

—¿Qué le falta a este almanaque para estar completo?

Solución. — Le falta el dibujo cabecera de la pág. 104.

—¿Y por qué causas?

Por haber sufrido error el cajista, al recibir orden de corregir dicha página, suprimiendo el redactado de la cabecera en el que anunciaba la concesión de cinco premios en metálico y dejara solamente el dibujo lo que ejecutó viceversa.

Han acertado la solución los señores siguientes:

Don Mariano Alcubillas, de Málaga; Josefa Romero, de Barcelona; Juan Andrés, de Barcelona; Eusebio Martínez, de Melilla; José Alcuria, de Cartagena; Victoriano Riosco, de Sevilla; Marcelino Ruiz, de Barcelona y Doña Rosita Miracle, de Madrid.



Almanaque

1924

1 pt



Charlot